

INFORME INFORMATIVO

10

TRANSFORMACIONES

EN EL PAPEL SOCIAL

DE LAS MUJERES.

ANÁLISIS CUALITATIVO

EN EUSKADI



TRANSFORMACIONES
EN EL PAPEL SOCIAL
DE LAS MUJERES.
ANÁLISIS CUALITATIVO
EN EUSKADI

EMAKUNDE
INSTITUTO VASCO DE LA MUJER

Vitoria-Gasteiz 1995

TÍTULO: "Transformaciones en el papel social de las mujeres. Análisis cualitativo en Euskadi"

EDITA: EMAKUNDE/Instituto Vasco de la Mujer
C/ Manuel Iradier, 36. 01005 - Vitoria-Gasteiz

COORDINA: Ana Rincón

FECHA: Noviembre 1995

N.º PÁGINAS: 208

DESCRIPTORES: Situación social de la mujer, roles sexuales, trabajo doméstico, relaciones familiares, trabajo, ocio

DISEÑO GRÁFICO: Ana Badiola e Isabel Madinabeitia

FOTOCOMPOSICIÓN: RALI, S.A.
c/ Particular de Costa, 8-12. 48010 Bilbao

IMPRESIÓN: Gráficas Santamaría, S.A.
Bekolarra, 4. 01010 Vitoria-Gasteiz

ISBN: 84-87595-39-1

DEPÓSITO LEGAL: VI-476-95

ÍNDICE

	Págs.
PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA	9
1. EL PROCESO FEMENINO	13
1.1. Autopercepción de las mujeres del proceso femenino	16
1.2. Opinión de los hombres del proceso femenino	26
1.3. Valores y valoraciones de género	32
1.4. Referentes sociales del proceso femenino	40
2. MUJERES Y ÁMBITO DOMÉSTICO	43
2.1. Mujeres y tareas domésticas “limpieza”	50
2.2. Mujeres y maternidad	58
2.3. Mujeres y relaciones conyugales	68
3. MUJERES Y ÁMBITO LABORAL	75
3.1. Percepción y valoración del mundo laboral	77
3.2. Análisis intergeneracional: evolución	79
3.2.1. Evolución de la situación social	80
3.2.2. Evolución generacional de las mujeres	81
3.3. Situaciones de conflicto	84
3.3.1. Maternidad	84
3.3.2. El sistema de valores	86
3.3.3. Actitud de las mujeres	89
3.4. Los hombres frente al trabajo de las mujeres	90
4. MUJERES Y ÁMBITO DEL TIEMPO LIBRE	93
4.1. Percepción y valoración del tiempo libre	95
4.2. Análisis intergeneracional	97
4.3. Situaciones de conflicto	100
4.4. Los hombres frente al tiempo libre de las mujeres	102
5. RESUMEN	105

P **PRESENTACIÓN**

E MAKUNDE, en cumplimiento de las funciones atribuidas por la Ley de creación del Instituto, realiza anualmente un Informe sobre la situación de las mujeres en Euskadi. En años anteriores, este Informe contenía principalmente información cuantitativa sobre la participación de las mujeres en los distintos ámbitos de la sociedad e incluía algunas opiniones referidas a alguno de los ámbitos tratados, procedentes de estudios sectoriales anteriormente realizados.

Coincidiendo con la finalización del período de vigencia del Plan de Acción Positiva para las mujeres en la Comunidad Autónoma de Euskadi 1991-1994, y paralelamente a la evaluación del grado de cumplimiento del mismo, con objeto de presentar no sólo una descripción lo más exhaustiva posible del grado de participación de las mujeres en los diferentes ámbitos: educación, cultura, mercado laboral, etc., y su evolución, sino también la percepción que las propias mujeres y hombres tienen de este proceso, se ha realizado, además del Informe cuantitativo, que será objeto de una publicación aparte, una investigación cualitativa cuyas conclusiones se exponen en la presente publicación, ya que se considera que aportan un material novedoso respecto a otros estudios realizados anteriormente.

La idoneidad de un abordaje cualitativo radica en el hecho de que son las propias mujeres las que verbalizan las opiniones que tienen respecto a su situación, las que establecen los aspectos que les resultan más significativos y, en definitiva, las que reflexionan sobre el momento y las circunstancias en las que se encuentran inmersas. Permitir que esos discursos tengan un espacio en el que poder expresarse, garantiza la fiabilidad de que realmente se puede profundizar en los sentimientos, actitudes y preocupaciones de las mujeres.

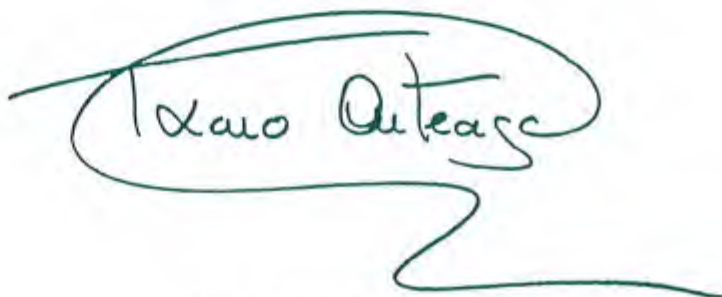
Es evidente que al tratar sobre la situación de las mujeres en Euskadi nos encontramos con una realidad amplia y compleja donde se encuentran mujeres diferentes en situaciones diferentes.

Ello nos obliga a hacer algún tipo de compartimentación o clasificación, a veces un tanto artificial, pero necesaria para poder aportar un análisis riguroso y coherente de la realidad personal y social de éstas. Por ello se ha tratado de analizar cada una de las realidades planteadas desde una perspectiva intergeneracional, ya que se parte de la base de que cada generación vive de distinta manera los cambios en la realidad familiar y social de las mujeres.

De la misma forma, se ha considerado importante conocer qué piensan y cómo viven los hombres estos cambios y hasta dónde están ellos mismos motivados, o forzados, a cambiar.

Distintas investigaciones indican que existe un desfase de ritmos entre la evolución de las mujeres y de los hombres; es en las mujeres donde recae la responsabilidad y el esfuerzo de las sucesivas conquistas. En la mayoría de las ocasiones no se sienten respaldadas por los hombres, ni siquiera por aquellos que se encuentran más cercanos, familiares y amigos. En definitiva, son las mujeres los sujetos activos de su propia evolución.

El estudio ha servido para conocer cómo se vivencian estos procesos y la publicación pretende dar a conocer las percepciones, actitudes, motivaciones y frenos que las mujeres tienen con respecto a su propia situación, lo que a su vez ha de servir como elemento básico a la hora de diseñar políticas y actuaciones que sean ajustadas a la realidad social y tengan su efecto en aquellas áreas donde se encuentran las mayores diferencias culturales.



Txaro Arteaga Ansa
Directora de EMAKUNDE /
Instituto Vasco de la Mujer

I

INTRODUCCIÓN Y METODOLOGÍA

El presente informe, elaborado por Kualitate Lantaldea para Emakunde, se basa en un estudio de opinión. El objetivo básico que impulsó la realización de esta investigación era el deseo de obtener un mayor conocimiento de la situación en que se encuentran las mujeres de la Comunidad Autónoma de Euskadi; la evolución social y personal; la importancia concedida a este proceso, las dificultades, los aspectos positivos y negativos, etc.

El elemento utilizado como hilo conductor en este estudio es la comparación entre las distintas generaciones, siendo la hipótesis de trabajo desde la que se ha realizado el análisis. La edad no es una variable determinante en sí misma, pero sí es un factor indicador de condicionantes y vivencias; por otro lado, resulta imposible entender la evolución de las mujeres sin hacer referencia a las conquistas que cada generación ha ido logrando. La perspectiva intergeneracional posibilita esa evolución y el momento en el que se encuentra cada una.

La situación de las mujeres en Euskadi es un tema de investigación tan extenso, donde existen tantas realidades interconectadas, que se hace preciso delimitar el objeto de análisis para poder profundizar con cierta rigurosidad. En este sentido, se ha dado prioridad a tres parcelas altamente significativas en el mundo vivencial de las mujeres: **ámbito doméstico, ámbito laboral y ámbito del tiempo libre**; siendo la primera la que ha adquirido un peso más significativo porque es la que representa de una forma más elocuente la esfera de lo privado, la que suscita un discurso más intenso y en la que actualmente se están produciendo, si no muchos cambios externos, sí replanteamientos personales.

Previo al desarrollo de esas parcelas, se ha introducido un primer capítulo que, bajo el epígrafe de “El proceso femenino”, recoge y analiza las opiniones que las mujeres tienen sobre el devenir de ellas como colectivo. Se ha pretendido sintetizar el significado y el valor que se le concede al proceso de la mujer en nuestra sociedad, así como a las vivencias internas que las distintas mujeres tienen de él.

También se ha considerado conveniente dar voz a los hombres para completar el escenario de la investigación. El análisis de sus opiniones aparece reflejado en todos los capítulos como contrapunto a las reflexiones de las mujeres, evidenciando las dificultades de sintonía que existen en muchos aspectos.

DISEÑO METODOLÓGICO

Dentro de la metodología cualitativa se han utilizado dos técnicas de investigación diferenciadas: reuniones de grupo y entrevistas en profundidad. En ambos casos, se les ha conferido un carácter proyectivo-prospectivo: proyectivo, para poder introducirnos en las percepciones y motivaciones más profundas, superando así el nivel evidente de las respuestas; y prospectivo, para vislumbrar en lo posible la evolución que las participantes esperan de la situación de las mujeres.

Las reuniones de grupo, de 2 ó 3 horas de duración dependiendo de los objetivos a investigar, estaban formadas por 8-10 personas previamente contactadas en base a los siguientes criterios muestrales:

Sexo: mujeres y hombres.

Edades: agrupación por generaciones.

Estatus: medio amplio.

- Situación familiar: con y sin hijos/as, casados/as y solteros/as, independientes y dependientes de la familia de origen.
- Situación laboral: trabajo fuera de casa, amas de casa y estudiantes.
- Ubicación geográfica: urbana y rural, en los tres territorios históricos.

El diseño muestral de las 9 dinámicas de grupo fue el siguiente:

	EDAD	CRITERIOS	HORAS	LUGAR	
MUJERES	17 - 30	• Estudiantes • Trabajadoras / No trabajadoras • Casa familiar / Casa propia	3 h.	Bilbao	Azpeitia
	31 - 45	• Amas de casa • Trabajadoras / No trabajadoras • Con hijos-as / Sin hijos-as • Casa familiar / Casa propia	3 h.	Donostia-S. Sebastián	Balmaseda
	46 - 60	• Amas de casa • Trabajadoras • Hijos-as en casa / Fuera	3 h.	Vitoria-Gasteiz	Bermeo
HOMBRES	17 - 30	• Estudiantes • Trabajadores / No trabajadores • Casa familiar / Casa propia	2 h.	Vitoria-Gasteiz	
	31 - 45	• Trabajadores / No trabajadores • Con hijos-as / Sin hijos-as • Casa familiar / Casa propia	2 h.	Bilbao	
	46 - 60	• Trabajadores / No trabajadores • Hijos-as en casa / Fuera	2 h.	Donostia-San Sebastián	

Las entrevistas en profundidad se emplearon como elemento de contraste de los grupos. Se realizaron 6 entrevistas a mujeres de 2 ó 3 generaciones en la familia (madre e hija y abuela, madre e hija) para poder valorar las diferencias existentes en cada generación. El diseño muestral fue el siguiente:

	EDAD	CRITERIOS	HORAS	LUGAR	
ENTREVISTAS FAMILIAS	17 - 45	2 generaciones	2 h.	Donostia-San Sebastián	
			2 h.	Vitoria-Gasteiz	
	30 - 60	2 generaciones	2 h.	Bilbao	
			2 h.	Vitoria-Gasteiz	
	17 - 60	3 generaciones	2 h.	Donostia-San Sebastián	
			2 h.	Bilbao	

1

EL PROCESO FEMENINO

Un hecho evidente a todas luces es que la situación de las mujeres ha experimentado cambios considerables en los últimos años. Nos encontramos por tanto, ante una realidad femenina que se distancia de lo que pudo ser en el pasado.

El cometido de este estudio es precisamente detectar los factores que han producido esa evolución, y, lo que es más importante, la vivencia interna que ha supuesto a las mujeres. No obstante, es preciso puntualizar que en el afán de conceptualizar y señalar las claves explicativas, estamos realizando un proceso de inferencia, lo que lleva a teorizar sobre algo interno y propio de cada mujer.

Cada mujer es un mundo, con sus singularidades y peculiaridades, con una personalidad definida y unas circunstancias concretas. De ahí que las teorías interpretativas posean siempre un punto de irrealidad. Sin embargo, se hacen necesarias para comprender el porqué y el cómo de los fenómenos sociales.

Se trata de descubrir las tendencias culturales que están marcando el movimiento social, del proceso femenino, de tal forma que puedan ser utilizadas como referente aclaratorio de lo que está pasando con las mujeres y con las relaciones con el sexo opuesto.

La influencia de estas tendencias se puede observar claramente en las opiniones diferenciadas y a veces confrontadas que expresan las distintas generaciones, como también entre aquel colectivo que tiene un empleo laboral y el que no lo tiene. En el análisis de los sucesivos capítulos de este informe especificaremos la postura de cada grupo.

La segmentación entre el ámbito urbano y rural, aunque importante, no adquiere tanto peso como las categorizaciones anteriores. Por lo que podemos afirmar que la generación a la que se pertenezca y la posibilidad de tener un trabajo remunerado son más determinantes que el hábitat.

El contexto rural aparece como enclave que ralentiza y frena en muchas ocasiones la evolución de las mujeres; por sus peculiaridades se erige como más conservador. También es cierto que las oportunidades son más escasas y eso crea frustración. Concretamente los factores que condicionan al colectivo son los siguientes:

- Actitudes más arraigadas (“Gente más cerrada”).
- Mayor dificultad de encontrar trabajo.
- Mayor presión social (“Nos conocemos todos”).
- Menor independencia (“Eres la hija o la mujer de...”).
- Mayor dificultad de cambio.
- Segmentación de sexos más acentuada.
- Mayor exclusión (“Te apuntan con el dedo”).
- Relaciones sociales más determinadas.
- “UN PUEBLO TE LIMITA Y A LAS MUJERES MÁS”

En descargo de esa situación, existe la movilidad como factor que minimiza el aislamiento rural. Hoy en día, las diferencias entre los dos ámbitos tienden a acortarse por el mayor contacto entre ellos.

De ahí que nos haya parecido más conveniente emplear los criterios de “generación” y “laboral” como los más idóneos para reseñar las “distintas situaciones” de las mujeres. Únicamente utilizaremos el referente del hábitat en aquellas circunstancias donde sea preciso.

Una vez hechas estas aclaraciones, pasamos a desarrollar la vivencia que se tiene del proceso femenino. Para ello hemos estructurado el capítulo en los siguientes apartados;

- Autopercepción de las mujeres.
- Opinión de los hombres.
- Valores y valoración del género.
- Referentes sociales del proceso femenino.

AUTOPERCEPCIÓN DE LAS MUJERES DEL PROCESO FEMENINO

1.1

Hablar del proceso femenino conlleva irremediabilmente a situarlo en parámetros de comparación; a evidenciar la situación de desequilibrio y descompensación que existe entre los hombres y las mujeres. Todos los grupos y entrevistas familiares comienzan con un alegato de la situación desfavorable que históricamente han marcado a las mujeres.

Bien es cierto que en algunos campos las mujeres han logrado un avance considerable, pero todavía se evidencian muchos otros sectores donde no es así; poniéndose de manifiesto que la sociedad como estructura de convivencia y forjadora de conductas todavía sigue siendo “machista”.

La trayectoria histórica y la constatación de que todavía existen núcleos resistentes y frenadores del cambio, es lo que provoca la agresividad de las mujeres respecto a este tema. Agresividad que tiene tintes de frustración e impotencia ya que no es comprensible cómo derechos tan legítimos y obvios, no son aceptados por un sector masculino de la población.

Las mujeres no constatan un apoyo masculino en su evolución, al contrario, perciben limitaciones y recriminaciones en algo que, dado el desarrollo cultural actual debería ser lógico y natural. Se hacen conscientes de que son ellas el sujeto activo de su evolución, que tendrán que emplear todos los recursos para transformar las relaciones entre los sexos.



La vivencia del proceso femenino se expresa en niveles de fuerza, de tensión, de incompreensión, que evidencian luchas de poder. Los hombres, al estar respaldados por años de historia, no estarán dispuestos a dejar espacios de protagonismo a las mujeres, porque les supone renunciar a privilegios altamente satisfactorios. Las mujeres, conscientes de su situación des-

favorecida, intentarán adquirir peso específico en esos huecos. La resultante de las fuerzas es lo que va a ir marcando la solución de las mujeres.

Como primer elemento de análisis se hace necesario esbozar el escenario argumental donde se está produciendo la confrontación; pudiendo ser situada ésta en tres frentes:

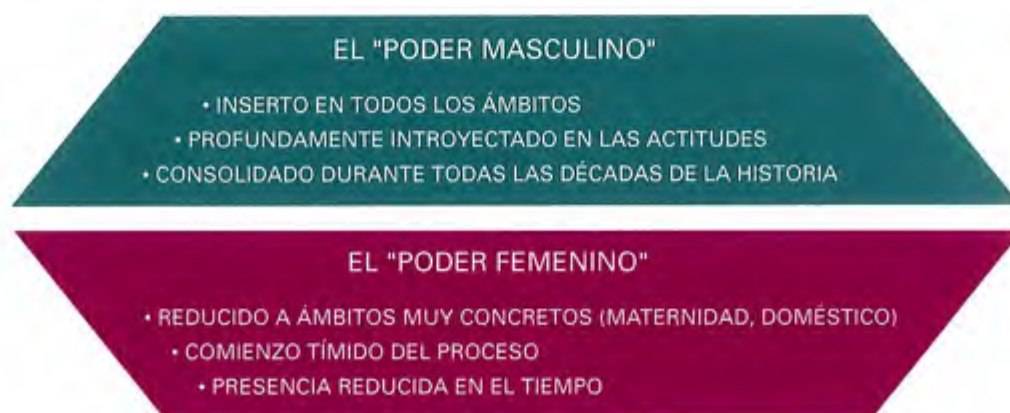


A lo largo de este estudio tendremos la oportunidad de ir desarrollando cada uno de esos parámetros; en este momento únicamente los citamos para reflejar la pluridimensionalidad de ámbitos donde las mujeres se sienten discriminadas. De ello podemos deducir que el proceso femenino no sólo se circunscribe a la conquista de “igualdad en el trabajo” o “representación política”, aspectos que han cobrado entidad en los últimos tiempos, sino que tiene que ver con algo mucho más global: La valoración de las mujeres en todas sus facetas.

No se trataría por tanto de lograr la equiparación mediante conquistas parciales, sino de algo más profundo que tiene que ver más con las actitudes y valoraciones, que con el desempeño de unas funciones sociales. Aquí es precisamente donde se establece el conflicto, donde los hombres lo interpretan como una necesidad de adquirir protagonismo social, y las mujeres lo sienten como una necesidad de ser tratadas como personas.

El poder del varón trasciende lo puramente formal para insertarse en la estructura social de categorizaciones y definiciones de rol. Todavía hoy en día la diferenciación entre lo que es “ser hombre” y “ser mujer” está sujeta a las pautas masculinas, y es ahí donde las mujeres desean la transformación.

El poder femenino se circunscribe a aquellos factores donde tradicionalmente ha sido su territorio (maternidad, doméstico), siendo frenados en su proceso expansivo por la negativa de los hombres. Su reducto les ha imposibilitado acceder al mundo social que es donde realmente se producen los cambios evolutivos y culturales. La fuerza de las mujeres no se ha hecho evidente hasta que no han logrado voz social, siendo estas últimas décadas las que han posibilitado el comienzo del proceso.



La equiparación de fuerzas tiene que ser por definición un proceso lento y costoso. La historia nos viene enseñando que los sectores privilegiados difícilmente renuncian a su poder a no ser mediante la confrontación.

“Los hombres están en un trono y no les conviene cambiar. Yo estando en el lugar de los hombres tampoco me convendría que me dijeran que me vaya a fregar”.

(Reunión mujeres 46-60 años, Gasteiz)

Un primer paso necesario, y que de una forma bastante generalizada ya han dado las mujeres, es la toma de conciencia de su situación. El darse cuenta de la discriminación es fuente de emancipación, y en este sentido han servido de gran ayuda los movimientos feministas y las voces que se han alzado para concienciar a las mujeres.

Bien es cierto que todavía restan muchos ámbitos y comportamientos donde señalar la desigualdad, pero podemos afirmar que hoy en día las mujeres saben en qué aspectos se encuentran discriminadas.

A este respecto aparecen tres hitos históricos como determinantes del cambio socio-cultural de las mujeres:

- Acceso al trabajo.
- Los anticonceptivos.
- Acceso a estudios y a la Universidad.

Sin ellos sería difícil que se hubiese dado una celeridad en la evolución de las mujeres en las últimas décadas.

- El acceso al trabajo ha supuesto la presencia de las mujeres en el mundo social, no de una forma testimonial o marginal, sino en el núcleo motor de los cambios económicos, políticos, culturales y sociales. Luego tendremos que dilucidar si ha llegado a ocupar cargos representativos o no.
- Los anticonceptivos han favorecido que las mujeres puedan romper el condicionamiento de la reproducción; la posibilidad de controlar y decidir sobre su descendencia, les ha permitido liberarse de los designios biológicos. Luego tendremos que analizar si a nivel laboral es tan real esa liberación.
- El acceso a la Universidad ha supuesto la entrada al mundo socio-cultural con pleno derecho; los datos estadísticos vienen a confirmar que hoy en día hay más universitarias que universitarios. Bajo el concepto de universidad queremos recoger la proliferación de estudios, sean estos superiores o no, ya que es el medio mediante el cual se puede acceder al trabajo y a las estructuras sociales. Luego tendremos que comprobar hasta qué punto esa formación tiene un correlato operativo.

Los tres hitos convergen en modificar sustancialmente la situación de las mujeres y representan el mayor potencial para trascender la condición tradicional de las mujeres. Son vívidos como los propulsores, si no únicos, sí básicos del proceso emancipador; los que han permitido una mayor libertad, un mayor protagonismo y una mayor posibilidad de elección de las mujeres. En el fondo son los catalizadores del proceso de autoconsciencia:



Las vías ya han sido establecidas, ahora “sólo” resta que las mujeres se consoliden en cada uno de esos referentes, y vayan salvando los obstáculos que van apareciendo. Obstáculos que por lo que se puede deducir de la afirmación de las participantes en esta investigación son en muchas ocasiones infranqueables.

Un salto cualitativo de estas características obliga necesariamente a un reposicionamiento de los hombres. Ya no pueden seguir manteniendo las posturas tradicionales. En tanto que las mujeres cambian, los hombres deben cambiar.

La tendencia expansiva de las mujeres no sólo les obliga a ceder espacio en el trabajo o en los estudios, sino que va más allá, les está exigiendo cambiar a niveles más profundos:

- **Renunciar a cotas de poder: despojarse de autoridad.**
- **Adaptarse a las nuevas demandas:**
 - Comportamientos más igualitarios.
- **Modificar las actitudes:**
 - “Diferentes por educación no por naturaleza”.

Cada uno de esos parámetros apunta a la diana de la hegemonía masculina, a los pilares de la prepotencia del macho. Suponen el resquebrajamiento de la situación monolítica fruto de la historia. Las mujeres están modificando el escenario de las relaciones y los hombres deben adaptarse; lo cual significa, ni más ni menos, que evolucionen, con el proceso que ello conlleva.

- **Despojarse de los privilegios: Sacrificio**
- **Comportamientos equitativos: Esfuerzo**
- **Actitudes de consideración hacia la mujer: Madurez**

Como planteamiento teórico parece correcto el análisis que hemos esbozado; pero sin embargo, la realidad que expresan las mujeres dista mucho de lograr esa equiparación. Una cosa es lo que debía ser y otra lo que realmente es. No hay duda sobre la necesidad de que los hombres se muevan en esas claves; otra cosa bien distinta es que lo quieran hacer.

“Los papeles han cambiado. Las mujeres ahora han empezado a trabajar. Están cambiando porque los dos deben asumir ese rol. Pero la sociedad en eso tampoco ha evolucionado aunque la idea sea esa”.

(Reunión mujeres 31-45 años. Donostia)

Por otro lado, las circunstancias concretas de cada una de las generaciones imprimen un ritmo diferente al proceso. No son iguales las demandas de una estudiante de Derecho de 22 años que las de una ama de casa de 52. En este sentido, es necesario desmarcar las opiniones generalizadas para comprender el significado del proceso.

Un análisis que podría resultar de interés son las connotaciones que tienen en cada generación “diversos conceptos clave” del proceso femenino:

“IDEA DE MUJER”

- La generación mayor se define como mujer “tradicional”, y bajo ese término sitúa las dos funciones clásicas: “ser madre” y “ser ama de casa”. El estereotipo que les caracteriza es: “profesión: sus labores”.
- La generación intermedia rehuye del encasillamiento y se define a sí misma como una “mujer en proceso”. Su característica fundamental es que intenta romper los estereotipos, y en esa lucha configura su personalidad.
- La generación joven se sitúa bajo la definición paraguas de “mujer moderna”, no es tanto la confrontación su razón de ser sino la conquista de espacios que considera como propios: Protagonismo Social, Desarrollo Laboral, Proyección Familiar equitativa.

“EL PODER”

- Para las mayores el poder lo detentan los hombres. Tienen un control absoluto de todas las facetas, sobre todo en las que conciernen al ámbito social. Únicamente aluden a la “mano izquierda” como forma de neutralizar ese dominio, aunque son conscientes que tiene un efecto muy reducido.
- La generación intermedia por el contrario, subraya que el poder de los hombres se está debilitando. Ya no ejerce tanta influencia como en el pasado. La razón fundamental de esa consideración está en la constatación de los logros que van adquiriendo las mujeres. Un término que se emplea con frecuencia es el “demostrar”; las mujeres son capaces de contraponerse al poder de los hombres.
- Las jóvenes rechazan el concepto de poder. Están en una situación donde verifican que los hombres y las mujeres tienen las mismas posibilidades. Para ellas, la desigualdad no se rebate con demostradores de fuerza, sino mediante la concienciación de los hombres. El verdadero poder de los hombres estaría en darse cuenta de sus actitudes.

“AUTOCONSCIENCIA”

- La generación mayor es consciente de que su situación no es la más indicada para lograr un reconocimiento y valoración del marido: son ellos los que traen el dinero a casa y por tanto los que parece que tienen más derecho a exigir y subyugar. Su independencia se ve limitada por factores externos: “sin estudios”, e internos: “la educación te encaminaba a ser ama de casa y esposa fiel”.

- En la generación intermedia es donde se ha producido el mayor proceso de autoconsciencia, donde las mujeres realmente se han descubierto a sí mismas, en sus potencialidades. La salida al ámbito social les ha otorgado un grado de autoconfianza personal, que les ha permitido poder expresar el concepto de mujer con mayúsculas.
- Para las jóvenes, que han llegado a una situación de igualdad manifiesta culturalmente, su autoconsciencia no va en la línea de remarcar el potencial de las mujeres, sino que lo extienden a la pareja. Se alejan de los parámetros de autoconfianza como mujer para situarlo en la autoconfianza como pareja. El conflicto está en el “cómo” y “hasta dónde” compartir y planificar.

“IGUALDAD”

- La vivencia de la igualdad de la generación mayor se sitúa en términos “compensatorios”. Es decir, en la medida en que los hombres aportaban a la familia recursos económicos, ellas compensaban con su trabajo doméstico y dedicación. Elementos de esa retribución son:
 - Seguridad económica: Afectividad
 - Proyección social: Maternidad
 - Estabilidad: Familia
- La generación intermedia se aleja del concepto compensatorio para introducir la igualdad en términos “comparativos”. Ser iguales significa poder testimoniar y comprobar proporciones semejantes de actividad. Los hombres y las mujeres son iguales siempre y cuando tengan las mismas capacidades, los mismos derechos y las mismas oportunidades.
- Las jóvenes se alejan del referente matemático de igualdad para señalar aspectos más intrínsecos. Para ellas, la igualdad se desarrolla en términos “personales”. Un hombre y una mujer son iguales cuando existe entre ellos respeto, valoración y aprecio; a partir de aquí se podrán neutralizar el resto de las diferencias manifiestas.

“DESIGUALDAD”

- La contestación de la desigualdad existente en la sociedad actual, provoca en la generación mayor un tipo de “agresividad resignada”. Es plenamente consciente de que los hombres se han aprovechado de su poder, pero también de que ellas no han podido hacer nada para cambiarlo:

“Nos ha tocado vivir otro tipo de vida, aunque nos alegramos de que las generaciones jóvenes ya no sean así”.
- Para la generación intermedia, la desigualdad provoca la activación del resorte vivencial, dando lugar a un tipo de “agresividad emocional”. Frente a las desigualdades se ven en la necesidad de intervenir en la medida de sus posibilidades, siendo precisamente esa lucha lo que ha permitido las grandes conquistas de las mujeres:

“La sociedad es machista, hay que cambiarla”.
- Las jóvenes se han encontrado con una realidad que por lo menos a nivel teórico no es desigualitaria. En sus círculos de amigos/as y en sus relaciones de pareja se tienen hasta

cierto punto asumidos los derechos de las mujeres. Cuando escuchan a las otras generaciones o cuando comprueban desigualdades sociales, les provoca un tipo de “agresividad racional”, donde su implicación es desde la teoría:

“La realidad es la que tú quieras crear. Si tu novio es machista es por tu culpa porque no le has puesto las cosas claras”.

La segmentación que hemos realizado puede adolecer de un carácter excesivamente global y genérico, máxime si tenemos en cuenta que las circunstancias personales adquieren tanto peso como las generacionales. Aún así, nos ha parecido conveniente reflejarlas porque permite observar las tendencias culturales. En los siguientes capítulos señalaremos con mayor concreción las opiniones con respecto a situaciones más específicas.

Un último aspecto a puntualizar sobre la autopercepción que las mujeres tienen del proceso femenino, es el significado que se le otorga al “ámbito doméstico” y al “ámbito social”. Son dos mundos que se encuentran muy presentes en el discurso.

Los patrones tradicionales encasillaban a las mujeres en un rol doméstico, la carrera a la que estaban destinadas exclusivamente era la familiar. Esa situación ha cambiado con el tiempo, y a las mujeres se les ha abierto el ámbito laboral y el ámbito social, lo cual ha traído una modificación de las pautas de comportamiento y de las expectativas.

Hoy en día las mujeres se encuentran ante dos mundos donde poder desarrollarse; han ampliado por tanto las opciones de elección. Esto que en principio se valora muy positivamente, es fuente constante de conflictos. Desde una dimensión, siempre cabe la posibilidad de que si una opción no resulta satisfactoria, está la otra como vía de realización. Pero desde otra, implica el deseo de desarrollarse en las dos facetas, llegando a resultar estresante por las exigencias que conlleva cada una; es lo que culturalmente se conoce como la “doble jornada”.

Ese panorama se complica aún más cuando una de las facetas posee un enganche desde la tradición, desde las actitudes introyectadas (“Ser madre es lo más gratificante para una mujer”), y la otra desde la modernidad, desde las actitudes deseadas (“Cuando una mujer trabaja es cuando percibe que es valorada”). Resultando una suma de mensajes contrapuestos a partir de los cuales las mujeres deben decidir.

La cultura predominante ha dado una solución, optando de un forma evidente por una de las facetas en detrimento de la otra. El discurso circulante sitúa el ámbito social como fuente de independencia personal, y el ámbito doméstico como forjador de la dependencia familiar. Esto tiene su lógica porque el desarrollo de las mujeres necesariamente debe pasar por la conquista de espacios sociales, y para ello deben seducir y persuadir de que ahí está la verdadera autorrealización de las mujeres. Sin embargo, la carga tradicional todavía pesa mucho, y no es tan sencillo desprenderse de unos patrones de comportamiento tan arraigados.

Las claves culturales de que lo social es lo más beneficioso y lo doméstico lo más limitador, permiten impulsar a las mujeres hacia mayores cotas de poder, hacia una mayor independencia y posibilidad de elección. Pero ese avance lleva consigo, si no una renuncia, sí una transformación de su rol en el ámbito doméstico. Este aspecto provoca conflicto y las mujeres no tienen pautas culturales claras de cómo realizarlo.

Tampoco debemos olvidarnos que existe un 62% de mujeres que no ha accedido a un puesto de trabajo; para éstas, los patrones culturales están provocando una frustración constante. Se sienten mal porque no son capaces de autorrealizarse tal y como se les está demandando

socialmente. Entre éstas, las que tienen formación y están en paro, serán las mujeres más perjudicadas.

Como todo proceso evolutivo, también el desarrollo de las mujeres adopta un movimiento pendular; es decir, se hace preciso renunciar a esquemas tradicionales para lograr posteriormente su integración. Dicho de forma más clara, a las mujeres se les insta a que abandonen un rol doméstico para desempeñar un rol social al que tienen pleno derecho; en ese movimiento tendrán que ir integrando y compatibilizando ambos referentes.

Es un proceso individual el despojarse de estereotipos limitadores y adquirir otros más liberadores, pero sin renunciar por ello a lo positivo de lo anterior y cuidándose de no contaminarse por lo negativo de lo moderno. Éste será precisamente el caballo de batalla de las mujeres.

Las múltiples dificultades que se les presentan para acceder de forma plena al ámbito social, junto con el deseo masculino de que las mujeres sigan siendo amas de casa, tienden a radicalizar el proceso. Se vive de una forma muy imperiosa la necesidad de alejarse de lo familiar para integrarse en lo social. Desde el momento en que hay que romper unos estereotipos resulta muy difícil que el proceso sea equilibrado.

Una recogida exhaustiva de los atributos comparativos entre los dos ámbitos, indica que lo social se estructura desde el deseo y lo familiar desde la negación. Así tenemos calificativos antagónicos en los siguientes niveles:

CONNOTACIONES

- Ámbito doméstico: “tradicional”, “dependencia económica”, “esclava”, “sumisa”.
- Ámbito social: “moderna”, “independencia económica”, “libertad”.

VALORACIÓN SOCIAL

- Ámbito doméstico: “carente de prestigio”, “no valorado”.
- Ámbito social: “forjador de prestigio”, “valorado”.

AMBIENTE

- Ámbito doméstico: “monótono”, “reducido”, “limitado”, “rutinario”, “inactividad”.
- Ámbito social: “interesante”, “atractivo”, “estimulante”, “desarrollo de capacidades”.

SENSACIONES

- Ámbito doméstico: “encerrada”, “soledad”, “embrutecedor”, “depresiones”.
- Ámbito social: “relación con personas”, “desarrollo como persona”, “libertad”, “no encadenada”.

El ámbito social aparece como contexto desde el que evolucionar. Su conquista es necesaria para trascender la teoría y materializar las expectativas de las mujeres. De alguna forma, no

es posible la transformación de los roles tradicionales de “ama de casa”, “madre”, “esposa”, si no es mediante un protagonismo social, mediante una posición diferente que permita ver con nuevos ojos la función doméstica de las mujeres.

“De qué le van a aguantar las jóvenes a los hombres si saben que pueden vivir sin él perfectamente. Antes en nuestra generación se aguantaba aunque la diesen palizas, si se separaba ¿a dónde iban a ir con tantos hijos?”

(Reunión mujeres. 46-60 años. Bilbao)

Concretamente la necesidad de conquistar el ámbito externo se justifica y argumenta desde cuatro referentes explicativos:

- Es donde está la autorrealización: Culturalmente se ha extendido la idea, por otro lado bastante real, de que el trabajo fuera y el protagonismo social es mucho más gratificante que las labores domésticas. El contacto con personas, así como la posibilidad de desarrollar otras facetas, se erigen como los aspectos más significativos de la autorrealización.
- Es donde han sido infravaloradas: La hegemonía de los hombres en el contexto exterior ha impedido que las mujeres tuvieran acceso a cotas de poder social. Los primeros intentos de las mujeres fueron acompañados de críticas y recriminaciones; incluso hoy en día todavía existen atisbos de negación. La prepotencia social de los hombres se extendía a todos los ámbitos, incluso al doméstico.
- Es donde se pueden igualar los hombres: La consolidación en ámbitos laborales y sociales por parte de las mujeres permitirá un mayor protagonismo y, lo que es más importante, eliminar las diferencias sexistas. A igualdad de trabajo y de responsabilidad, los hombres carecerán de argumentos para seguir manteniendo su posición autoritaria.
- Es donde se puede realizar el cambio: No cabe duda de que el contexto social es el núcleo transformador de la cultura, donde se deciden los cambios sustanciales de un pueblo (económico, social, cultural, artístico...).

En la medida que las mujeres logren promocionarse, no sólo tendrán la oportunidad de participar en esos cambios, sino de ser los sujetos activos; aspecto que resulta fundamental porque podrá introducir problemáticas diferentes a solventar (“Natalidad descendiente”, “Ser madre”, “Sueldos descompensados”).

Esta línea de evolución, que en principio parece ser la trayectoria donde las mujeres se encuentran inmersas, está plagada de frenos y limitaciones.

Las mujeres tienen serias dificultades para abrirse camino en una estructura social que ha sido patrimonio exclusivo de los hombres. Los avances son importantes, pero la constatación de que el ritmo es más lento del esperado, provoca frustración.

La necesidad de las mujeres no sólo es acceder a un puesto de trabajo donde reciban la correspondiente remuneración económica, sino que va más allá, es el desarrollo en el ámbito social con pleno derecho. Aspectos que están limitando esa posición son:



- Desarrollo en el trabajo: Un hecho evidente es que para las mujeres el mundo laboral está más limitado que para los hombres. Tienen menores oportunidades tanto de acceso como de promoción; constantemente se encuentran presionadas por la necesidad de demostrar que son tan capaces como los hombres.
- Participación de los hombres en la casa: Resulta del todo imposible que las mujeres puedan desarrollarse en el trabajo si no existe una corresponsabilidad de los hombres en las tareas domésticas. Es evidente que los maridos no tienen asumida como propia esa función, lo que implica que las mujeres deban realizar una “doble jornada”; incluso aquellas que se pueden permitir el contratar una empleada de hogar no se liberan de las tareas de organizar, planificar y prever. El mantenimiento de los roles tradicionales de los hombres implica que las mujeres deban cargar con las labores domésticas.
- Cambios en los estereotipos sociales: En este aspecto tampoco se vislumbran cambios espectaculares, ya que si bien flota en el ambiente una conciencia de que ser machista está mal visto, todavía no ha calado en las actitudes. Algunos de los referentes que se citan para señalar el enquistamiento de los estereotipos son:
 - “El hombre que sale con muchas mujeres es un macho, en cambio si es al revés se le llama puta”.
 - “Se valora al ligón, la mujer no puede cambiar tanto porque si no es una buscona”.
 - “De un hombre borracho se dice «vaya juerga», de una mujer está mal visto”.
 - “Empleamos «cojonudo» en plan positivo y «coñazo» en negativo”.
 - “Un hombre público es un político respetable, en cambio la mujer pública...”.
 - “A nivel sexual las acosadas y las violadas son las mujeres”.
- Presencia en la política y la cultura: Existe un gran vacío en cuanto a representación política y cultural de las mujeres. La ausencia de modelos y referencias donde poder identificarse está frenando el desarrollo evolutivo de las mujeres. La política como centro de decisión y la cultura como forjador de estilos de vida, son dos aspectos fundamentales donde las mujeres deben adquirir mayor poder.

Preguntados los hombres sobre cómo viven ellos el proceso femenino, aparece en primera instancia la consideración de que las mujeres están discriminadas. En las tres generaciones repiten de forma más o menos homogénea las distintas causas de discriminación.

Se puede observar que en ese extenso listado de factores discriminantes, priorizan los externos sobre los internos; es decir, situación de desigualdad social frente a situaciones de desigualdad en las relaciones personales. Resulta más sencillo evidenciar lo que a uno no le toca directamente, que hacer consciente las actitudes personales con respecto a las mujeres:

- Trabajo: “No tienen las mismas oportunidades, se les exige más”.
- Política: “La representación de las mujeres es más testimonial que real”.
- Legal: “Las leyes puede que no sean desiguales, pero lo que sí se nota es la interpretación que hacen los jueces”.
- Publicidad: “Es bastante denigrante el tratamiento de objeto que reciben las mujeres”.
- Religión: “Las mujeres no pueden ser sacerdotes, tienen que ser monjas recluidas”.
- Educación: “No sólo por parte de las actitudes de los profesores, sino en los libros de texto todavía parece que el que ha hecho la historia es el hombre”.
- Lenguaje: “El machismo está presente en la forma de hablar, para valorar algo dices: vaya huevos”.
- Derechos: “A nivel social no tienen los mismos derechos las mujeres, se les limita más”.

En la investigación con los hombres ha ocurrido el mismo fenómeno que en los grupos naturales de pertenencia: cuando se está entre hombres es “norma” adoptar posturas de macho, y a lo sumo hacer mención de lo mal que lo tienen las mujeres en el ámbito social. Únicamente aquellos que abanderan la causa femenina son los que obligan a un giro más introspectivo en la dinámica:

- Familiar: “Los hombres somos muy cómodos, cuando llegamos a casa queremos que todo esté hecho. No nos damos cuenta del trabajo de las mujeres”.
- Pareja: “El tío quiere tener el poder, ser más que ella”.
- Sexual: “Si las relaciones sexuales han cambiado ha sido por ellas, porque antes todo era para nosotros”.
- Doble jornada: “Aunque trabajen los dos, ¿quién se hace responsable de que la casa funcione? ¿quién mete más horas? Las mujeres como siempre”.

Lo que está claro es que los hombres aun siendo conscientes, que lo son, de la situación que tienen las mujeres, prefieren derivar el discurso y ponerse trascendentes sobre lo injusto de la sociedad y las pocas posibilidades que les ofrece a éstas. Profundizar en sus actitudes es algo de unos pocos. Incluso cuando se habla entre hombres y mujeres del tema, siempre está el recurso de la discusión y de los argumentos confrontados.

Podemos afirmar por tanto, que los hombres se manejan a dos niveles: uno el manifiesto y otro el latente.

A nivel manifiesto consideran que las mujeres tienen pleno derecho a exigir la igualdad, pero a nivel latente ellos no están dispuestos a ceder cotas de poder. La segmentación no la viven como una esquizofrenia porque son plenamente conscientes de que se puede pedir una equiparación social y resistirse a una equiparación personal.

El hombre considera lógico y necesario que la mujer se rebele. Pero su apoyo es a nivel racional, no a nivel implicativo.

En este sentido pueden utilizar perfectamente calificativos como: “Subyugadas”, “Oprimidas”, “Sometidas”, “Poco valoradas”, “Síndrome de ama de casa”, “Humilladas”, “Resignadas”, “Dominadas”, “Inferiores”, “De tu propiedad”... Tanto para pedir la igualdad como para seguir manifestando sutilmente su poder.

Ello evidencia que las necesidades o demandas de las mujeres no han calado todavía en el colectivo masculino. Sí es cierto que las conquistas han influido en el discurso social dominante (“Ser machista está mal visto”), pero no han logrado atravesar las actitudes monolíticas de los hombres. Lo que ha provocado es que se gane en sutileza, que a las mujeres les resulte más laborioso concienciar a los hombres porque se tienen que manejar entre dos lenguajes.

De ahí que las mujeres manifiesten la agresividad y la impotencia que les produce el que los avances sean más lentos de lo que esperaban. El apoyo que tienen de los hombres a nivel racional no se corresponde con las actitudes y comportamientos que manifiestan.

Otra evidencia, que también apuntaban las mujeres, es que el sujeto activo de la evolución es la propia mujer; los hombres siempre irán a remolque. En la medida en que la presión sea insostenible, irán cediendo cotas de su poder. Pero lo realmente significativo es que la dimensión de las actitudes es donde más difícil resulta la transformación y el cambio.

Resultará de gran interés por tanto, que analicemos cuáles son las estrategias defensivas que utiliza el varón para frenar la modificación de actitudes; o lo que es lo mismo, los argumentos que emplea cuando se siente acusado y cuestionado. Entre estos los que han cobrado mayor peso son:

- Las mujeres ya están emancipadas: Es un argumento que lo utiliza sobre todo la generación mayor, ya que percibe que hay un volumen considerable de mujeres que han accedido a puestos de trabajo y “algunas con altos cargos”. A la independencia económica le añaden la independencia personal de sus propias esposas que disponen de tiempo para hacer lo que ellas quieran. Para estos, la juventud no tendría nada que demandar porque están “suficientemente” liberadas.
- Hay trabajos que ellas no pueden hacer: La estrategia de utilizar las diferencias físicas como elemento limitador de las mujeres es común a la mayoría de los hombres. Recurren a ejemplos como la minería, el ser camionero o repartidor de bombonas para deslegitimar el concepto igualitario de las mujeres. Siempre tendrán que estar un renglón por debajo de los hombres porque no pueden desempeñar todos los trabajos, y en cambio los hombres sí.
- Hay trabajos que ellas no quieren hacer: Aquí el argumento resulta bastante sutil porque incide en la negativa de las mujeres a realizar trabajos desagradables, que no les gustarían a nadie pero que hoy en día son los hombres los que los están desempeñando. No son capaces de poner ejemplos clarificadores, pero el argumento les sirve para cuestionar la

expectativa de las mujeres a tener trabajos de alto status social. También adquiere entidad la idea de que las mujeres no quieren responsabilidades ni trabajos de dedicación plena porque les resta tiempo de dedicación a la familia.

- Pretenden dominar por encima de los hombres: Se trata de dar la vuelta al argumento de las mujeres: “Quieren quitarnos el poder para ser ellas las que manden”; para ello recurren al estereotipo de feminista radical que prescinde de los hombres. En el fondo, está señalando la incapacidad o la negativa del varón a ponerse en el lugar de las mujeres.
- Sólo quieren cambiar en algunos aspectos: Este es un argumento que se utiliza con bastante frecuencia en el discurso masculino. Pone el acento en aquellos comportamientos que, aun siendo desiguales, las benefician; caso de la galantería (“abrir la puerta”, “ceder el sitio”) o de los detalles (“regalo de flores”, “atenciones”). Desde el punto de vista equitativo también tendrán que renunciar a esos “privilegios”.
- Entre los jóvenes no hay desigualdad: Los jóvenes se escudan diciendo que en las nuevas generaciones no hay discriminación, que hay comportamientos igualitarios; lo cual hasta cierto punto es cierto, porque en comparación con otras épocas, las desigualdades se han suavizado, pero falta a la verdad cuando se sondea en las actitudes y valoraciones que se establecen a nivel de género.
- Las mujeres mandan en casa: Es la estrategia de intentar equiparar poderes para que no exista el cambio, de mantener las separaciones de rol como forma de negar la desigualdad. Y en este aspecto se recrea poniendo de relieve que los hombres se encuentran “sometidos” a las mujeres, que realizan las tareas domésticas en una proporción mucho más alta de lo que las mujeres dicen.

Por otro lado, considera que las horas que las mujeres trabajan en casa están distorsionadas por el tiempo en la cafetería o charlando con las amigas.

- El proceso tiene que ser paulatino: Otra defensa sutil es que los hombres han recibido una educación machista y que eso cuesta cambiar. Tantos años de historia no se pueden transformar en unas pocas décadas. Incluso los jóvenes se apuntan a este argumento aduciendo que una de las grandes culpables ha sido la madre por acostumbrarles a una vida cómoda y donde lo tienen todo hecho.

Estos ocho argumentos y las posibles combinaciones entre ellos, permiten que los hombres se parapeten ante las críticas de las mujeres. Les posibilita confrontarse con las mujeres sin tener que recurrir a que tradicionalmente son los hombres los que tienen el poder y no quieren cederlo.

Sin embargo, la mayoría no se sostiene en una dialéctica intersexos, son válidos únicamente para que los hombres entre ellos deslegitimen las expectativas igualatorias de las mujeres. La falta de consistencia la podemos observar en las acusaciones que vierten éstas:

“Las mujeres no están emancipadas, se están empezando a emancipar”.

“Hoy en día apenas existen trabajos donde se necesite fuerza física”.

“Las mujeres estarían dispuestas a realizar los mismos trabajos que los hombres, sean estos agradables o desagradables”.

“Si las mujeres necesitan tiempo para la familia es porque los hombres no se han hecho responsables de los quehaceres domésticos”.

“La mujer no pretende dominar al hombre, lo que quiere es realizar un reparto más equitativo del poder”.

“La galantería y los detalles satisfacen tanto al hombre como a la mujer”.

“Los jóvenes no han evolucionado en sus actitudes, lo que han visto en casa tienden a reproducirlo”.

“Si las mujeres mandan en casa es porque los hombres no quieren implicarse con nada de lo que ahí dentro ocurre”.

“El proceso de los hombres tiene que ser gradual con el avance de las mujeres”.

Ello ha conducido a los hombres a trascender el plano de las ideas y de las discusiones para adoptar una serie de roles que les permita liberarse del cuestionamiento desde el proceso femenino. Es decir, se han fortificado en sus actitudes. Los tres roles más característicos que se emplean son: “Rol de víctima”, “Rol de acusador” y “Rol de inocente”.

ROL DE “VÍCTIMA”

“Hoy en día no sabes cómo relacionarte, quieren que seas blando y duro, pero eso sí, cuando ellas te lo pidan”.

“Por cualquier cosa te tratan de machista, tienes que ir midiendo cada palabra que digas”.

“Te infravaloran, nos tratan como si no sirviéramos para nada”.

“El trabajo de fuera es tan repetitivo como el de casa, y en algunos casos más”.

“Yo trabajo más horas que ella, y encima cuando llego a casa tengo que ayudar porque si no hay morros”.

“La mujer en casa tiene la gratificación del cariño de los hijos, que es lo más grande que se puede tener”.

ROL DE “ACUSADOR” “La mujer está perdiendo sus valores”.

Maternidad: “Con el afán de trabajar están perdiendo el cariño maternal”.
“El ambiente familiar ya no es el mismo, es más funcional”.

Casa: “Se ha roto el equilibrio familiar”.
“La mujer ya no asume su papel de aglutinadora, cohesionadora”.

Feminidad: “La sensibilidad la está rechazando en favor de la competitividad”.
“La fortaleza moral de las madres de antes no la tienen las mujeres de hoy en día”.

ROL DE “INOCENTE”

“Que te digan en qué cosas eres machista”.

“Que te ayuden a ver dónde está la desigualdad”.

“Nos tienen que ayudar a cambiar”.

“Es un problema de ellas que nos lo tienen que transmitir”.

Los hombres son conscientes de ese juego de roles, saben que los emplean como defensa frente a las acusaciones y a la presión cultural de las mujeres. Aunque también hay que señalar que esa autopercepción varía por generaciones: los jóvenes son más proclives a señalar lo artificial y forzado de los papeles, frente a los mayores que tienen una convicción mayor de que realmente es así.

En relación a las comparaciones entre generaciones, podemos afirmar que aun habiendo diferencias, éstas son mucho menores que en las mujeres. Parece que los hombres mantienen posturas más homogéneas independientemente de la edad; o para ser más exactos, se observan cambios en los comportamientos formales pero a nivel de actitudes son muy semejantes. La lógica de esta falta de evolución interna reside en la facilidad de perpetuación de los privilegios masculinos; es más fácil reproducir las prerrogativas que las obligaciones.

El proceso masculino se estructura por tanto desde la dialéctica de lo racional y lo actitudinal (lo manifiesto y latente). A nivel racional está consensuado el que la igualdad entre sexos es algo necesario, pero a nivel actitudinal aparecen las resistencias típicas de no querer renunciar a cotas de poder

“La primera barrera ya la hemos superado: el pensamiento. Nuestros padres pensaban de diferente manera que nosotros. Hemos evolucionado en la forma de pensar, nos falta el intentarlo”.

(Reunión hombres 17-30 años. Gasteiz)

El cambio actitudinal no se va a producir de forma espontánea, va a ser necesaria la presión y el trabajo constante de las mujeres para lograrlo. Cambio que debe producirse en dos sentidos para que sea eficaz: por un lado, a nivel social es preciso diluir la “estructura machista” de la sociedad para que los hombres no tengan el apoyo cómplice de pautas de comportamiento sociales; por otra, a nivel personal, es básica la concienciación de las “actitudes machistas” en los quehaceres cotidianos para que los hombres se sientan culpabilizados, y desde ahí reaccionen.

De las dos líneas de intervención, es en la personal donde mayor esfuerzo se requiere por el potencial transformador que representa. El campo de batalla está en el ámbito doméstico, en las relaciones de tú a tú, porque es ahí donde los hombres tienen menos posibilidades de escapatoria y un contexto más real para concienciarse. Sobre todo para las amas de casa que no disponen de otro marco de igualación, será el único contexto desde el que poder influir en el cambio.

Los hombres también apuntan que es en el ámbito doméstico donde deben empezar su proceso, en las relaciones de pareja y en los vínculos con la familia. Independientemente de si las mujeres tienen un empleo fuera o no, lo que se reconoce es que son ellas las que llevan la mayor carga. De ahí que el logro de la igualdad tenga que pasar necesariamente por dos principios:

- “Corresponsabilizarse”.
- “Valorar”.

Sorprende que los hombres coincidan con las mismas peticiones de las mujeres y que todavía existan tantas desigualdades en las familias. Ello es debido a que los hombres se hacen permeables a las ideas pero no a los cambios comportamentales.

Las excusas que se ponen para no coparticipar en cada caso son:

“Es cosa de educación, nos han enseñado a ser así”.

“Trabajas fuera y llegas tan cansado que no te apetece hacer nada”.

“Creo que los hombres somos más torpes en eso, no sabemos o no hemos aprendido”.

“Lo que pasa es que somos muy egoístas”.

“La mayoría de los hombres somos comodones”.

“Es la vagancia del propio sexo masculino cuando hay que hacer cosas de casa”.

El tema de la valoración es más peliagudo, tiene que ver con las relaciones conyugales y con el mutuo aprecio. Depende de cómo se hayan establecido esos vínculos para que la pareja se comporte de una forma u otra, pudiendo observarse que en la mayoría de los casos la implicación de los hombres es mucho menor. Ese mayor alejamiento de los hombres provoca que sus excusas vayan en la línea de no saber cómo valorar a las mujeres:

“¿Les tenemos que dar más cariño?”.

“¿Es cuestión de agradecimiento?”.

“¿Cumplir sus caprichos? ¿Compensarlos de alguna forma?”.

“¿La valoración está en la mayor participación en casa?”.

“¿Estar con ellas más tiempo?”.

“¿Diciéndoles que la comida está buena y la casa recogida?”.

Por debajo de las excusas vertidas tanto en la colaboración como en la valoración existe el reconocimiento de que no desean cambiar la dinámica doméstica, porque ello implicaría asumir una responsabilidad. Mientras la presión de las mujeres no sea excesiva ellos no cambiarán, y aun así, irán cediendo poco a poco sus privilegios.

En el momento que se hace consciente lo que significa realmente “corresponsabilizarse” y “valorar”, los hombres constatan que perderían mucho en función de algo que tiene que ver con una relación de pareja más satisfactoria, pero que para ellos supone: “tener menos poder”, “renunciar a la prepotencia”, “trabajar”, “no ser el rey de la casa”...

“CORRESPONSABLES”

“Tomar la iniciativa”.

“Repartir las tareas”.

“Apropiarse de las labores”.

“Responsabilizarse de los quehaceres”.

“VALORAR”

“Considerar como trabajo lo de casa”.

“No es trabajo de mujeres por ser mujeres”.

“Reconocimiento de las funciones de las mujeres”.

“Comprensión, tolerancia, igualdad y acercamiento”.

Las mujeres han evolucionado a un ritmo mucho más rápido que los hombres. Ese desfase provoca conflictos y tensiones en la medida en que los hombres van admitiendo la igualdad, más por la necesidad de adaptarse (“No te queda otro remedio”), que por la concienciación (“Deseo de ser iguales”).

Ahora es cuando se empiezan a plantear que equiparación, no solamente es renunciar a perder, sino también adquirir, crecer y madurar. En el discurso masculino comienzan a aflorar tímidamente aspectos como “sensibilidad” y “paternidad” que aún no pudiendo rellenarse de muchos contenidos poseen cierto atractivo.

VALORES Y VALORACIONES DE GÉNERO

1.3

Cuando se intentan categorizar los valores masculinos y femeninos ocurre un fenómeno muy curioso, sobre todo entre los/as más jóvenes, y es la negativa a realzarlo. El argumento fundamental es que “todos somos personas y como tales tenemos las mismas capacidades y cualidades”. Ello indica que los estereotipos sociales no tienen tanta vigencia entre los chicos y las chicas jóvenes.

La trascendencia de considerar los tópicos como algo desfasado va más allá de ser una reacción puramente generacional; pone de manifiesto que para lograr la igualdad hay que partir de una equiparación en los valores asignados a cada género. No obstante, conviene subrayar que esas diferencias todavía existen y que están modelando las conductas.

Se hace necesario por tanto, profundizar en los contenidos de los valores femeninos y masculinos para comprender la influencia real que están ejerciendo en las actitudes y comportamientos. Ello permitirá además detectar en función de qué se han establecido, y si es posible el cambio, saber por dónde realizarlo.

Cuando se profundiza en esos valores, lo primero que se comprueba es que se estructuran en base a distintos referentes:



De tal forma que lo que se entiende por las cualidades femeninas y masculinas no es más que el cúmulo de atributos característicos a las funciones clásicas de mujer y hombre. Las diferencias físicas, de desempeño social y de circunstancias concretas del colectivo de hombres y del de mujeres son las que determinan los valores de unos y de otras.

La estructura de los valores femeninos que se derivan de esos referentes son:



Por el contrario, los valores masculinos tendrán un carácter más acorde al papel histórico que han desempeñado:



La tendencia cultural actual es la de desacreditar esas categorizaciones porque están ejerciendo una influencia negativa en el proceso emancipador de las mujeres. Se consideran como construcciones estáticas, que limitan el potencial femenino y que tienen la misión de perpetuar el statu quo de los hombres.

En la medida en que poseen una aceptación social, se estará clasificando a los dos sexos bajo los criterios señalados en esos estereotipos. De tal forma que una mujer que quiera promocionarse en el trabajo, tendrá que luchar contra la concepción social de que su "sensibilidad" es incompatible con la "racionalidad" y "frialdad" que exige el cargo al que quiere acceder; o

por lo menos tendrá que demostrar que aun siendo mujer tiene capacidades atribuidas al género masculino.

La influencia de los estereotipos es muy perversa, y es lógico y necesario que las mujeres luchen contra ellos. Los hombres por el contrario, al sentirse beneficiados tenderán a perpetuarlos. El proceso de avance de las mujeres tendrá que pasar necesariamente por transformar el concepto de valores de género.

Un avance en este sentido ha representado la diferenciación entre “sexo” y “género”, pudiendo separarse, lo que obedece a razones biológicas por un lado, y a razones sociales por otro. El segundo paso que actualmente se está dando es el cuestionamiento de los valores propios de cada género, de tal forma que las cualidades concernientes al trabajo, no son exclusivas de los hombres, ni las específicas del hogar propias de las mujeres. Dependerá de la persona concreta que realice esas funciones.

El análisis del discurso, tanto de los hombres como de las mujeres, indica que todavía dista mucho que las mujeres puedan liberarse de esas categorizaciones sociales. Ni siquiera la primera frontera se tiene realmente asumida cuando se verbalizan expresiones como: “A las mujeres les sale de dentro el limpiar y organizar la casa”, “Son cualidades innatas”, “Te responsabilizas de los hijos porque tú los has parido”. Aquí se puede apreciar que la categoría biológica condiciona los valores femeninos de “limpiar”, “organizar”, “responsabilidad”.

Con respecto al cuestionamiento de los atributos de género (segunda frontera), el proceso es aún más lento porque está mediatizado por el acceso generalizado de las mujeres a puestos de trabajo. En la medida en que no se puedan desempeñar funciones laborales o sociales externas, las mujeres estarán condenadas a definirse bajo los parámetros del ser ama de casa: limpiadora, madre y esposa. En el momento que sale, se le definirá como persona que puede demostrar las cualidades masculinas, por lo que se seguirán manteniendo las diferencias.

Esa separación entre lo que le corresponde al género masculino y lo que le corresponde al género femenino actúa como elemento bloqueante del proceso emancipador de las mujeres. Y no sólo porque los hombres lo manifiestan, sino también porque las mujeres lo tienen interiorizado.

A la hora de profundizar en los contenidos que se le dan a los valores masculinos y femeninos, aparecen un conjunto de atributos clásicos, los cuales los podemos clasificar en positivos o negativos dependiendo del significado social que se le quiera dar. Podríamos decir que cada valor tiene un contravalor, o lo que es lo mismo, que cada valor está sujeto a valoraciones diferentes.

Concretamente, los valores nucleares de las mujeres tales como la “maternidad” y la “afectividad”, están evidenciando actitudes positivas tales como:



Sin embargo, cuando se contempla la “maternidad” desde la óptica de la dependencia que tienen las mujeres del marido y de los/as hijos/as, las valoraciones cambian de signo.

En relación a la “afectividad”, cuando se sitúan en parámetros sociales donde la expresión de las emociones no es un valor en alza, las cualidades adquieren connotaciones negativas:



En el caso de la “seducción” ocurre el mismo fenómeno, siendo positivo cuando se establece desde la recreación que tienen las mujeres con su cuerpo, y negativo cuando se contamina del concepto de mujer objeto.



El ser femenina desde el valor del “saber estar” no es compartido por la mayoría de las mujeres, se considera como una cualidad desfasada. Sin embargo, nos ha parecido importante incluirla porque más allá de las palabras están las actitudes, y sí se observa que las mujeres deben tener comportamientos más controlados; por ejemplo: es diferente ver a un hombre borracho que a una mujer, es diferente que sea un hombre el que ligue con muchas mujeres que al revés.

El contravalor se estructura desde el momento en que ese “saber estar” se connota de rigidez y falta de autenticidad y espontaneidad.

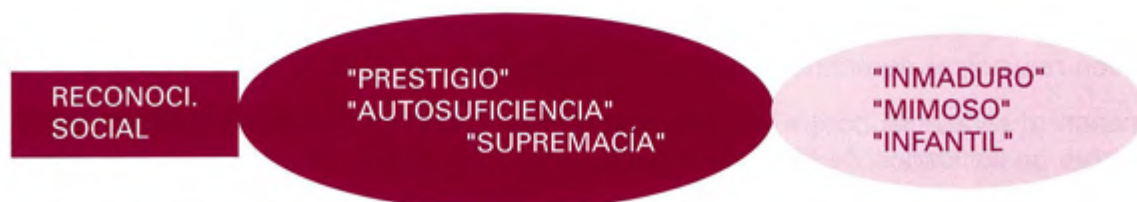


En los valores masculinos ocurre otro tanto, solo que a diferencia de las mujeres, las críticas se realizan desde la ausencia de valores internos que compensen el protagonismo social de los hombres.

En este sentido, a los valores nucleares de “fortaleza” y “ser trabajador” se le contraponen la carencia de valores afectivos y el alejamiento de la vida conyugal.



El “reconocimiento social” resulta positivo cuando se evidencia desde el “prestigio”, pero negativo desde el momento que conlleva una seguridad superficial, de cara al exterior.



El “poder” puede tener la doble lectura de sí mismo, pero resulta aún más negativo cuando se trata de un poder endeble, aupado por estereotipos sociales.



Como se puede observar, los patrones actuales siguen la segmentación clásica de valores externos y valores internos; los primeros se etiquetan como masculinos y los segundos como femeninos. Diferenciar implica oponer, desigualar, mantener los arquetipos personalizadores, de tal forma que el proceso evolutivo tenga dificultades de desarrollo.

No obstante, en esas estructuras estáticas se están produciendo ciertos cambios que provienen de las mujeres. Son las mujeres las que demandan una mayor flexibilización por no querer ser consideradas exclusivamente bajo los parámetros que tienen tradicionalmente asignados. Se encuentran menos beneficiadas que los hombres.

El cambio se produce por el acceso que están teniendo las mujeres al ámbito social: puestos de trabajo remunerados, relativa presencia en la política y en la cultura, reconocimiento social. De tal suerte que ello les permite incorporar valores masculinos y trascender los condicionamientos tradicionales de su género. En la medida en que ese movimiento concierne a un mayor número de mujeres, mayores cotas de emancipación logrará.

Por contraposición, los hombres todavía presentan resistencias a acceder al ámbito doméstico, lo que les dificulta la incorporación de valores femeninos. Se encuentran anquilosados en el desempeño exclusivo de funciones sociales que no les posibilitan impregnarse de los valores característicos del ámbito doméstico: "sensibilidad", "sacrificio", "solidaridad". Los varones están evolucionando a un ritmo mucho más lento que las mujeres.

El criterio que sustenta el cambio es que, si tradicionalmente las circunstancias y los ámbitos de desarrollo son los forjadores de los valores, en la medida en que se compartan esos ámbitos, se neutralizarán las diferencias. Si los dos están desempeñando las mismas funciones, se encontrarán compartiendo los mismos valores. El único elemento distorsionador es la resistencia a que esos patrones se mantengan inmóviles.

¿Qué supone para las mujeres acceder al ámbito de lo social?

- Evolucionar con respeto a sus roles tradicionales.
- Liberarse de los estereotipos que las encorsetaban.
- Adquirir mayor poder no sólo en el contexto social sino también en el doméstico, ya que pueden reivindicar derechos y exigir la equiparación.
- Ganarían el rebelarse contra la desigualdad, quitar el poder tradicional al hombre y tener mayores posibilidades de elección.
- Perderían energía en la lucha diaria y la seguridad que pueden aportar los valores clásicos.
- Rentabilizarían las armas con las que hoy cuentan: Acceso a la formación, apoyo de los movimientos feministas, consideración de las madres de que sus hijas puedan valerse por sí mismas, tendencia social a eliminar el "machismo".

¿Por qué la dificultad de los hombres en acceder al ámbito doméstico?

- Porque les obliga a evolucionar con respecto a sus roles tradicionales.
- Porque les posibilita una clase de estereotipos que les benefician.
- Porque el acceso al ámbito interno no les da más poder en el ámbito externo; es más, les resta protagonismo social.
- Porque pierden: status, autoridad, privilegios, trabajo (mayor competencia), libertad de acción (no sujetos a los quehaceres domésticos).
- Porque generaría un concepto todavía inaprehensible para ellos: aumento cualitativo en las relaciones.
- Porque tendrían que poner en funcionamiento armas que conllevan un alto coste: “Humildad”, “reconocer a las mujeres”, “concienciarse”.

Que en la generación joven exista, en principio, una mayor predisposición a la igualdad, es porque han sido educados en la idea de que los hombres y las mujeres tienen las mismas posibilidades y derechos sociales. El punto de inflexión lo marcará el referente familiar (perpetuación de roles tradicionales) y el referente socio-cultural (el varón tiene hoy en día mayor protagonismo).

El proceso femenino es arduo, complejo y difícil, a las trabas sociales se añaden otras de índole familiar y sobre todo las personales, lo que tiene que ver con la introyección de estereotipos. Las mujeres se encuentran encasilladas en valores internos y se les ofrece como mundo aspiracional los valores externos. La conjunción de esas esferas representa un proceso personal de cada mujer.

Se trata por tanto de un proceso a tres niveles:

- Desde el referente clásico: Mantener las facetas internas positivas.
- Desde el referente moderno: Adquirir las facetas externas.
- Desde el referente evolutivo: Conjugación de las dos dimensiones.

Son tres los mensajes que dificultan lograr el equilibrio interno, que confunden y dispersan; que en el fondo, evidencian que el proceso emancipador es costoso y doloroso:

- El riesgo de mantener facetas clásicas es estancar la evolución. El proceso tendrá que ir en la línea de reconvertir esos valores tradicionales.

“Los hombres no exteriorizan los sentimientos, tienen hasta vergüenza de hacer un gesto de cariño. Y aunque socialmente no está admitido es algo positivo que tenemos las mujeres”.

(Reunión mujeres 31-45 años. Donostia)

- El riesgo de adquirir valores modernos (externos), está en reproducir los comportamientos estereotípicos masculinos, siendo necesario un proceso evolutivo que impregne de los valores femeninos esas conductas sociales.

“La mujer en algunas cosas buenas que tenía, por imitar al hombre las está perdiendo. Ahora las chicas son menos femeninas”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Gasteiz)

- El riesgo de conjugar las dos dimensiones es la super exigencia, lo que culturalmente se conoce por “superwoman”. La evolución radicaré no en la superposición de valores ni en la negación de alguna de las dimensiones, sino en lograr el equilibrio.

“La supermujer ésta sigue siendo una especie de metamorfosis entre la mujer que tendría que ser ahora con la mujer de antes. El limpiar la casa y ser madre no nos lo hemos quitado de encima”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbo)

Las contradicciones que aparecen en el discurso de las mujeres pone de relieve que éste es un proceso continuo, donde es el propio colectivo femenino el que debe establecer los valores que desea y los que quiere rechazar.

“Ante la pregunta de ¿por qué llevar escote o minifalda? Los hombres no entienden que tu respuesta sea porque te encanta tu cuerpo y llevas ese vestido tan mono y provocativo. Bueno, no por provocar al tío de la calle si no porque me encuentro guapa”.

“Abrir la puerta o sentarte primero.... todas esas cosas gustan. Pero eso establece diferencias y favorece el machismo. Yo creo que eso tiene que ser educación no machismo”.

“Por ser guapa no tienes que ser tonta”.

“A mí me parece bien que te cuides, pero en esta sociedad da la sensación de que las mujeres nos cuidamos mucho por fuera, eso es lo que vende, y que nos cuidamos menos por dentro”.

“Lo que implica ser madre sería positivo si le quitásemos la carga de esclava y sometida”.

“Quieres que los hombres te comprendan, pero también a veces que te protejan”.

Una pregunta que nos gustaría dejar en el aire es si las mujeres cuando acceden al ámbito laboral y social deben impregnar de valores femeninos su trabajo, deben adaptarse a los valores masculinos, o cómo podría realizar la transformación. Nos parece interesante el debate de las mujeres en este aspecto porque facilitaría las pautas referenciales de la “igualdad”.

REFERENTES SOCIALES DEL PROCESO FEMENINO

Un hecho significativo que se trasluce del discurso de las mujeres es la ausencia de referentes sociales que favorezcan el proceso femenino. La poca representación existente en el foro social provoca cierta desorientación sobre cómo evolucionar y en qué dirección ir. Esto a nivel concreto se traduce en que en la medida en que no haya modelos aspiracionales, las mujeres se sentirán arrastradas por los comportamientos tradicionales.

Faltaríamos a la verdad si no tuviésemos en cuenta los debates internos que se dan en los medios de comunicación o la tendencia cultural a respetar los derechos de las mujeres, pero

esto no es suficiente para un proceso de tal trascendencia. Se hace necesario personas concretas que puedan abanderar el movimiento liberador y que permitan el modelaje social.

Si hacemos un recorrido por las mujeres que hoy en día tienen un protagonismo social, nos encontramos que son un número muy reducido en comparación con los hombres, y además están presentes en muy pocos sectores. Carencia que se pone aún más de manifiesto cuando se circunscribe al ámbito de Euskadi, resultando paradójico con el estereotipo del matriarcado y el poder tradicional de las mujeres.

Por el contrario, la publicidad y el cine nos inundan con estilos de vida que en la mayoría de los casos perpetúan los roles clásicos de las mujeres, o presentan un mundo aspiracional incapaz de ser alcanzado. En este sentido, merecería la pena que se difundiesen estudios sociológicos que hayan profundizado en los valores que se están transmitiendo desde los medios de comunicación (publicidad, revistas femeninas, programas de televisión, periódicos...), porque de esta forma se podrían neutralizar pautas que están “tiranizando” lo que es ser mujer hoy en día.

Se hace necesario por tanto la presencia de una corriente cultural que sirva de referente a las mujeres, que encuadre y establezca criterios, que neutralice los estereotipos y se erija como contrapunto de los estilos de vida marcados desde algunos medios de comunicación. En definitiva, que permitan a las mujeres tener un marco desde el que poder situarse.

La ausencia de ese marco está dispersando las fuerzas, está provocando que el proceso de emancipación se convierta en algo personal. Las demandas de hoy en día tienen un signo más personalista, añaden a las reivindicaciones del derecho al trabajo y las cotas de poder aspectos más profundos, más en consonancia con el mundo de las relaciones y con la concienciación de los hombres. Frente a estas nuevas perspectivas las mujeres se encuentran sin apoyo.

2

**MUJERES
Y
ÁMBITO DOMÉSTICO**

El análisis de la situación de las mujeres en el ámbito doméstico es fundamental para comprender el proceso femenino. Será en este contexto donde se plasmarán o se intentarán materializar las nuevas demandas que surgen de la evolución femenina.

Su trascendencia radica en que las mujeres no están dispuestas a perpetuar los roles que tenían asignados dentro de la familia, desean transformarlos, y para ello tendrán que luchar contra los impedimentos sociales, familiares y personales que les oprimen.

El ámbito doméstico se constituye, por tanto, como el escenario donde se van a desencadenar los conflictos y las confrontaciones intrínsecas a cualquier proceso emancipador. No podemos olvidarnos que más del 60% de las mujeres trabajan únicamente en casa, e incluso la mayoría de las que tienen un empleo laboral remunerado, la carga doméstica la tienen que compatibilizar con el trabajo externo.

Por otro lado, los estereotipos sociales de lo que se entiende por valores femeninos se estructuran precisamente desde la función que tradicionalmente las mujeres han tenido como amas de casa. La transformación ideológica de esos valores tendrá que venir acompañada de un cambio de comportamiento en este ámbito para que pueda ser coherente y para que permita una celeridad en el proceso.

El contexto doméstico es un escenario clave para analizar y diagnosticar la situación de las mujeres.

Un primer elemento significativo es que el concepto de “ámbito doméstico” está experimentando unos cambios importantes; la situación que tenía una mujer hace 30 años es muy diferente de las circunstancias en las que se encuentran hoy en día las parejas jóvenes. El cambio se ha realizado a todos los niveles:

- ESTRUCTURA: Menor número de hijos/as.
- FUNCIONES: Las mujeres empiezan a trabajar también fuera.
- ORGANIZACIÓN: Tendemos a repartir las tareas.

Como luego analizaremos, el ritmo imprimido a cada uno de los niveles es diferente, pero lo importante a señalar aquí es que el entramado doméstico está siendo zarandeado por las nuevas circunstancias, lo que conlleva necesariamente una modificación de funciones respecto a los roles de los hombres y las mujeres.

Algunos de los aspectos más significativos que evidencian esos cambios son:

- Acceso de las mujeres al trabajo: Las mujeres se empiezan a mover en otros parámetros a raíz de su incorporación al mundo laboral. Tienen una mayor libertad que proviene fundamentalmente de la independencia económica que han logrado y de su inserción en el mundo cultural. Tienen mayores armas para liberarse de las ataduras tradicionales que les constreñían como amas de casa.
- Crisis en las relaciones de pareja: La nueva situación de las mujeres obliga a replantear las relaciones de pareja; ya no se pueden sostener en unos arquetipos de poder donde los hombres eran los beneficiados. Ese replanteamiento conlleva tensiones y fricciones que tienen su expresión máxima en las separaciones y divorcios, pero que sin llegar a extremos tan drásticos, se perciben en los conflictos cotidianos de las parejas.
- Diálogo con los/as hijos/as: Las relaciones con los/as hijos/as también se están modificando; existe un mayor acercamiento entre las generaciones que facilita que las reivindicaciones

de los/as jóvenes puedan ser compartidas por sus madres. Se empiezan a diluir las rigideces tradicionales y eso fomenta la comunicación y el trasvase de experiencias, aunque también el aumento de conflictos.

- Nuevos estilos de vida: Los medios de comunicación y los soportes culturales (cine, literatura, arte...) están favoreciendo el surgimiento de nuevos estilos de vida donde las mujeres tienen un papel con mayor protagonismo. Se les están indicando referentes y salidas donde poder desarrollar las nuevas potencialidades.
- Nuevos valores sociales: la sociedad está transformando sus valores y en esa evolución tienen cabida las mujeres de una manera más activa que en el pasado. La "calidad de vida", la "independencia" y el "status" son ideales que las mujeres tienen introyectados en la misma medida que los hombres.

El escenario vivencial ha cambiado de tal suerte que transforma el rol de las mujeres y les sitúa en unas circunstancias diferentes. Un hecho que se puede observar en el discurso femenino es el alejamiento pretendido del ámbito doméstico y el acercamiento progresivo al ámbito socio-laboral; es lo que se expresa con los calificativos de que la casa "embrutece" y el trabajo fuera "autorrealiza".

Ello viene a indicar que la nueva identidad femenina está más ávida de reconocimiento social que de prestigio doméstico. El punto de equilibrio entre esas dos polaridades es lo que va a permitir el desarrollo progresivo de las mujeres. Equilibrio, que por otro lado resulta difícil si tenemos en cuenta las condiciones sociales y familiares que todavía están frenando a las mujeres:

- La sociedad tiene comportamientos machistas.
- El marido sigue prefiriendo un ama de casa como esposa.
- Los/as hijos/as no valoran las funciones de la madre.

Frente a esos impedimentos las mujeres se sitúan fraccionadas, divididas: de una parte están los roles deseados ("Moderna", "Trabajadora", "Independiente") de otra, los roles asignados ("Limpiadora", "Cuidadora de niños/as", "Organizadora de la casa") lo que le lleva a una lucha diaria por encontrar el equilibrio, la casa como referente de lo que quiere dejar y el trabajo laboral como referente a lo que quiere acceder.

Ese panorama de tensión y lucha se complica aún más cuando el campo de batalla no sólo está en el exterior, en la concienciación del marido-hijos para que compartan tareas y valoren a las mujeres, sino también en el interior, en la emancipación de los roles introyectados. Será en el mundo de lo íntimo donde existan confrontaciones mayores, en esa emancipación de la cultura y educación recibidas:

"Las mujeres deben ser las responsables últimas de la casa".

"El ser madre implica un fuerte compromiso con los/as hijos/as".

"Las mujeres son el sostén afectivo del marido".

"La estabilidad familiar es responsabilidad de las mujeres".

"El hombre es el cabeza de familia, el sostén económico".

Son mensajes interiorizados y condicionados de tal forma que las mujeres deben realizar un esfuerzo considerable para poder liberarse. La negación a nivel relacional sirve de muy poco

cuando las actitudes están demostrando lo contrario, cuando la sociedad tiende a reforzar la idea de que son atribuciones “naturales” de las mujeres.

El problema se convierte entonces en un doble problema: liberarse de los roles limitadores tanto a nivel externo como a nivel interno. Son dos frentes de lucha necesarios para lograr las expectativas de igualdad entre hombres y mujeres, para permitir la incorporación de los nuevos valores deseados.

Esa metamorfosis del significado que adopta el “ámbito doméstico” lo podemos observar históricamente en las vivencias que de la casa, la familia y el marido tienen las distintas generaciones:

Para la generación mayor la madre es el centro de la familia.

- Las mujeres se sienten comprometidas con la estructura familiar, de ello depende el funcionamiento de esa micro-sociedad.
- Asume todas las funciones que conlleva la casa, tanto a nivel organizativo como ejecutivo. No solamente se responsabiliza, sino que realiza todas las tareas. Entre sus funciones está la de la limpieza, la de ser madre y esposa.
- Reivindica un aligeramiento de esas tareas, pero es consciente que el marido y los/as hijos/as tienen otros ámbitos donde comprometerse (trabajo, estudios) que les impide ayudar. De ahí que su demanda no sea tanto el compartir las tareas como el que se les valore:

“Tampoco pedimos tanto, sólo necesitamos una palabra: un poquito de cariño, un poquito de amor, un poquito de reconocimiento de lo que estamos haciendo”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Bermeo)

Para la generación intermedia la madre no quiere ser siempre el centro de la familia.

- Las mujeres de esta generación todavía se sienten comprometidas con la estructura familiar. El avance socio-laboral no ha permitido el descargarles de la responsabilidad del buen funcionamiento del ámbito doméstico.
- Sí ha interferido por el contrario, en el deseo de no querer asumir todas las funciones. Es capaz de diferenciar entre aquellas labores que son perfectamente asumibles por los hombres (limpieza y cuidado de los/as niños/as), y las que conllevan un aspecto organizativo donde el varón no sería capaz. En el fondo quiere seguir detentando el poder doméstico pero renunciando a ser ella la única que realiza todas las tareas.
- Su reivindicación irá en la línea de pedir una mayor colaboración en esas tareas, concienciando a la familia (marido, hijos/as) de que es responsabilidad de todos/as. Demandará una equiparación de las funciones como medio para que se tengan los mismos derechos

“A un hombre le tienes que hacer entender que tú tienes derecho igual que él a irte al cine con tus amigas, o irte a cenar; o que llegues a casa y te tenga hecha la cena”.

(Reunión mujeres 31-45. Donostia)

Para la generación joven la familia tiene que estar compartida.

- En esta generación hay un alejamiento del concepto de madre como cohesionadora de la dinámica familiar. No valoran como conveniente el que sean las mujeres las que tengan la responsabilidad en el ámbito familiar sino que se debe promediar esa responsabilidad.

- Las condiciones de partida son iguales entre los hombres y las mujeres, los dos pueden acceder a un puesto de trabajo y ello implica que se tengan que equiparar las funciones a realizar dentro del hogar, incluso la maternidad. A diferencia de la generación anterior, el protagonismo social no diferencia tanto entre sexos, por lo que se niegan a mantenerlo en el ámbito doméstico.
- La reivindicación se centrará en concienciar al hombre porque todavía se referencia desde los privilegios que tenía en casa de su madre. La demanda va en la línea, no solamente de compartir las tareas, sino también de apropiarse conjuntamente de lo que significa el hogar.

“Yo le suelo plantear a mi novio: si algún día decido irme contigo y tener hijos va a ser un 50% el compartir el tema de la casa, la educación de los hijos.... Yo no quiero hacerme cargo de todo eso, lo tengo claro”.

En el proceso generacional se puede observar una clara evolución con respecto al papel que desempeñan las mujeres, basado fundamentalmente en una toma de conciencia de su nueva situación. En la medida en que tienen más asumido que hay otras expectativas y otras facetas en las que desarrollarse, menor importancia se le dará al ámbito doméstico. Esto es importante porque no solamente el trabajo externo actúa como motor del cambio, sino también las nuevas posibilidades que se le abren a las mujeres que no tienen acceso a ese trabajo.

En el transcurso de las tres generaciones las mujeres van siendo más capaces de lograr la equiparación en el territorio de la casa, las nuevas circunstancias se lo están favoreciendo. Las actitudes que mantiene con respecto al hombre señala esa mayor autonomía y esa capacidad de poder exigir ese cambio de comportamiento.

Generación mayor: Demanda formal al hombre (“ayudar”).

Generación intermedia: Demanda de educación al hombre (“compartir”).

Generación joven: Demanda de fondo al hombre (“asumir”).

El camino para la igualdad en el ámbito doméstico está establecido; cada generación tendrá que luchar con las limitaciones propias de sus circunstancias, pero lo que no cabe duda es que se trata de un movimiento imparable. Tardará más o menos tiempo, pero las mujeres tienen plena consciencia de que desean transformar el papel que tradicionalmente se les ha asignado como amas de casa.

Para profundizar en el significado que está tendiendo esa transformación, vamos a analizar lo que está ocurriendo en cada una de las facetas que configuran ser el ama de casa:

- Mujeres y limpieza.
- Mujeres y maternidad.
- Mujeres y relaciones conyugales.

Previo al desarrollo de cada una, es preciso que puntualicemos algo que las mujeres tienen plenamente asumido: las funciones dentro del hogar son mucho más que limpiar, cocinar, cuidar de los/as hijos/as y al marido. Existen otras muchas funciones que multiplican el trabajo diario:

“Planificar”/“organizar”/“previsora”/“administradora”...

“Cuidadora de personas mayores”/“enfermera”/“maestra”...

“Educadora”/“psicóloga”/“formadora”...

Normalmente no son tenidas en cuenta a pesar de que representan un cometido esencial en la familia y de cara a abaratar los recursos sociales. Se trata de servicios en el más amplio sentido de la palabra porque conlleva la satisfacción de casi todas las necesidades de los miembros familiares: bienestar, socialización, formación, etc.

El hecho de que se mantengan ocultas a los ojos de los hombres o en la valoración social que se hace del trabajo de casa, radica en que se considera algo implícito a la naturaleza femenina y que por lo tanto no exige esfuerzo. La idea del varón es que a las mujeres les sale de dentro, lo hacen de forma natural, y por tanto eso no se puede considerar como un trabajo.

La realidad es justamente lo contrario, esas funciones son fuente de estrés y de agobio. Y ya no solamente por el trabajo físico que suponen, que es mucho, sino por la carga psicológica que conllevan. Es la necesidad de estar constantemente pendiente, la atención y preocupación por cada aspecto de la vida familiar.

En base a esas funciones es por lo que las mujeres comentan que tienen que estar las 24 horas sometidas a la casa. La tensión constante, el cansancio, son las facetas que duplican el trabajo doméstico. Frente a esa situación, los hombres no serán capaces de entender el esfuerzo real que las mujeres realizan, si omiten de los cometidos de éstas la responsabilidad total y se fijan exclusivamente en aquellas funciones que ellos tendrían que hacer en el caso de que ellas se ausenten una semana, por ejemplo.

La única manera que existe para que los hombres se den cuenta es comparándolo con las funciones de responsabilidad que tienen en el mundo laboral, donde el trabajo es mucho más que cumplir una serie de objetivos, donde existe la "tensión", el "agobio", el "control", la "planificación", el "compromiso", la "exigencia", es decir, el hacerse cargo del buen funcionamiento de la dinámica laboral. En este sentido, el trabajo de casa es equiparable a cualquier trabajo organizativo, trascendiendo, por tanto, todos aquellos que son exclusivamente ejecutivos.

Todavía queda un gran camino para que la sociedad pueda asemejar lo que implica el ser ama de casa con la función organizativa dentro de la empresa, pero es ahí donde se debe apuntalar el proceso emancipador de las mujeres; de lo contrario se seguirá menospreciando su papel.

Las diferencias entre el volumen de trabajo o la trascendencia social de las empresas, resulta poco válido como argumento desde el momento en que las mujeres tienen un cometido esencial en la sociedad (procreación, educación, formación,...) y está ella sola para llevar toda esa carga. Las mujeres tendrán que hacerse valorar desde las funciones y desde el significado de éstas si desean la igualdad con los hombres.

Las verbalizaciones de los grupos no llegan a formular la idea de una forma tan elaborada, aunque sí se notan ciertos atisbos en relación a que el trabajo y la dedicación constante en la casa pueden ser perfectamente equiparables a la misión laboral de los hombres. Posteriormente este discurso deriva en la petición de una remuneración, y ahí se corta porque no existe organismo que podría sostenerlo, o de llevarse a la práctica sería tan poco significativo que fomentaría más las diferencias que la igualdad.

Las demandas respecto a la "valoración" del trabajo del ama de casa no logran trascender el plano afectivo ("cariño", "consideración") o el funcional ("ayuda", "compartir", "asumir"). No ha calado ni en las propias mujeres la idea de que es una misión del mismo calibre y de la misma responsabilidad que la masculina. Si todavía no se encuentra argumentado entre las mujeres, difícilmente podrá extenderse en la sociedad. En pueblos rurales como Bermeo, don-

de la figura del marido se puede encontrar circunstancialmente desdibujada, es donde mayor autoconciencia hemos podido detectar.

“Aquí hay mucho marinero y nosotras durante nueve meses tenemos que hacer de madre y de padre, tienes que hacer todo, encargarte de que la familia funcione, incluso de las reparaciones y los papeles del banco”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Bermeo)

MUJERES Y TAREAS DOMÉSTICAS “LIMPIEZA”

2.1

Bajo el término de limpieza aglutinamos todas aquellas labores rutinarias que las mujeres realizan: limpiar la casa, ordenar, cocinar, fregar, lavar, planchar, hacer las compras, encargarse de los/as hijos/as, atender a la familia... representa por tanto un concepto externo que resulta válido definirlo como “limpieza” por el significado que actualmente tienen esas funciones.

De las tres dimensiones que confirman el perfil externo del ama de casa, es éste el menos gratificante, el que mayor frustración y agresividad provoca, donde menos reconocidas se sienten y donde mayores discusiones se tienen. Se trata de un trabajo mecánico, repetitivo y estresante. No exige ninguna implicación de las capacidades humanas superiores, perfectamente lo puede realizar cualquiera, no exige grandes habilidades ni un proceso de formación y para colmo es poco agradecido (“Te puedes pasar horas limpiando y nadie lo nota”).

La autopercepción que tienen las mujeres de esta “limpieza” es que les embrutece, les asfixia, les deprime, les corta las alas para tener otras expectativas en la vida. El extracto de un comentario de una ama de casa de Balmaseda es muy elocuente de la sensación vivencial que tienen muchas mujeres:

“En casa solo piensas cosas que no debes, te amargas. Piensas: ¡Bah, para qué voy a hacer esto si no me lo agradece nadie!, si luego viene el marido, te da el dinero y te trata como cualquier cosa...como si tuvieras obligación de hacerlo” .

La emancipación adquiere aquí un sentido de liberarse de la carga, de renunciar a realizar esas tareas. En el deseo de toda mujer está el subcontratar ese trabajo a una persona empleada del hogar, pero eso no es posible en la mayoría de los casos.

Es la dimensión del ama de casa donde más claro se tiene que no pertenece a las cualidades intrínsecas de las mujeres. Es un trabajo que se le ha asignado por una coyuntura histórica pero que perfectamente se puede renunciar a él. Es algo que no se quiere hacer y esa negativa no cuestiona la validez de la persona. Otra cosa es que si las mujeres no tienen posibilidad de trabajar fuera, les tocará realizar esas funciones y tendrán que asumirlas como propias.

Frente a la pregunta de por qué la limpieza resulta hoy en día tan degradante, no es posible argumentarlo exclusivamente desde el deseo de tener un trabajo laboral externo, sino que habrá que buscar las explicaciones en el significado que se le está otorgando a la limpieza, en la demanda social que existe con respecto al limpiar.

Los mensajes actuales son en este sentido muy claros: “A la hora de limpiar, lo mínimo”, y esto no solamente porque ha evolucionado el concepto de “limpieza” sino también el de “hogar”:

- TRANSFORMACIÓN DEL CONCEPTO DE LIMPIEZA

“La limpieza es algo regresivo”.

“Limpiar es poco constructivo”.

“Es una obligación ingrata”.

“Para eso está la chacha”.

“Algo que hay que hacer”.

- TRANSFORMACIÓN DEL CONCEPTO DE LA CASA

“Lo que hoy se lleva es una limpieza presentable, no obsesiva”.

“Las visitas no critican tanto la limpieza”.

“Hay aspectos más importantes en el hogar”.

“En el ámbito de la casa hay funciones más gratificantes”.

“Hay que ser inteligente, práctica”.

Aparece por tanto un efecto retroalimentador entre el nuevo concepto de limpieza y el nuevo concepto de casa, dando una resultante liberadora para las mujeres. Hoy en día no existe ni puede existir tanta exigencia con respecto al limpiar, hay otras actividades que están supliendo esa dedicación de las mujeres.



Frente a esos cambios, las mujeres se sentirán menos obligadas a dar respuesta al principio tradicional mediante el cual se les exigía una limpieza máxima porque era su cometido dentro de la casa. En consonancia con la evolución de los conceptos limpieza y hogar, aparece la transformación del concepto mujer dentro de la casa.

Esa transformación obedece al principio de que la identidad femenina no está condicionada por lo que debe hacer dentro del hogar, sino por todas las posibilidades que tiene fuera de él.

Las labores domésticas pasan a un segundo término en relación a otro tipo de ideales, y esto se observa tanto en las que tienen un puesto de trabajo fuera como las que se sienten atraídas por actividades de diversa índole (gimnasia, cursillos, grupo de amigos/as...):

“Somos esclavas de la casa, pero tampoco hay que ser tan esclava. Olvídate de la casa y disfruta del fin de semana, no pasa nada si no lo haces un día”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Bilbo)

Flota en el ambiente cultural la necesidad y el deseo en las mujeres de poder disfrutar de su tiempo libre, de tener un espacio para ellas al margen de las labores domésticas.

Aspecto éste que ha sido “inteligentemente” recogido en la publicidad cuando señala que hay productos que limpian rápido, cómodo y funcional, dejando tiempo para las mujeres.

El paso evolutivo está claro: no es posible liberarse totalmente de limpiar pero sí se puede minimizar la exigencia de tal forma que se convierte en algo más llevadero; de tal suerte que las mujeres puedan descubrirse a sí mismas en otras actividades.



Mensajes que vienen a reforzar esa idea son los siguientes:

“Te convierte en esclava”.

“Limpiar todos los días es ser obsesiva”.

“La que disfruta con la limpieza es una mujer tradicional”.

“La que le gusta limpiar acaba estresada”.

“Depresión tras depresión”.

Ese proceso emancipador emerge de una manera muy clara cuando cruzamos las opiniones de las distintas generaciones. El significado de la limpieza es muy diferente según las circunstancias generacionales que se hayan vivido:

ANTES: La limpieza se integraba dentro de las funciones de la mujer.

“Satisfacción de cumplir mi papel”.

AHORA: La limpieza se desprende de las funciones de la mujer.

“Insatisfacción de hacer algo que no realiza”.

A diferencia de las funciones de “madre” y “esposa”, con la limpieza no existen en principio tantos problemas para deslindar lo que es biológico, consustancial a las mujeres, y lo que es cultural, asignado por las circunstancias. Será por tanto la dimensión donde más fácil resulte

el proceso emancipador; o visto desde otra perspectiva, la faceta mediante la cual las mujeres han comenzado su andadura de equiparación e igualdad.

Proceso que aunque sencillo, no se ha vivido de la misma forma en las tres generaciones:

- Generación mayor: Por sus circunstancias no le ha quedado otro remedio que asumir, aceptar, y hasta cierto punto valorar su trabajo como limpiadoras. Pero ello no quiere decir que no se sientan frustradas. Se han tenido que resignar por la educación recibida y porque no les ha quedado otra salida, pero en su fuero interno son las que más lo rechazan. Es una constante en esas mujeres no querer que sus hijas entren en la misma dinámica.
- Generación intermedia: Es la generación donde ha comenzado el cambio, donde el acceso al trabajo y al ámbito socio-cultural ha servido para romper los condicionamientos con la casa. Esos cambios circunstanciales han venido acompañados de una revisión de actitudes personales, de tensión con la familia y sobre todo de discusiones con los maridos. Las mujeres han tenido que buscar el equilibrio y hacerse cargo de la “doble jornada”.
- Generación joven: Las pautas les han venido marcadas; no existe ningún tipo de culpabilidad por expresar que el ser ama de casa es regresivo (“personas vacías”, “no realizadas”, “esclavas”, “condenadas”, “subyugadas”). Las mujeres tienen cotas más altas de autorrealización, su convencimiento les lleva a alejarse de la casa. La tensión no está a nivel interno, sino en luchar porque los maridos pongan en práctica algo que tienen que tener asumido.

El escenario cultural con respecto a la limpieza aparece nítidamente dibujado: “las mujeres deben liberarse de las tareas domésticas de limpiar”; esa liberación podrá ser total (empleada de hogar), parcial (trabajos compartidos) o residual (menos exigencias), pero lo que no cabe duda es que la limpieza deja de tener ese poder de enganche que tenía en el pasado:

- No hay un reconocimiento social: No está remunerado ni valorado como trabajo.
- No hay un reconocimiento familiar: Es una labor que pasa desapercibida.
- No hay un reconocimiento personal: Las mujeres no quieren ser reconocidas por eso.

Está claro por tanto que al no existir ningún tipo de refuerzo la salida será el huir de esas funciones. El problema surge y de manera drástica cuando llegamos al principio de realidad, cuando trascendemos el mundo del deseo y de las ideas, y nos encontramos con la necesidad de que alguien tiene que hacer esas labores.

Aquí las circunstancias son completamente distintas dependiendo de dos factores significativos: tener un empleo remunerado o no tenerlo, tener un status socio-económico elevado o no tenerlo. Las tipologías que se pueden crear correlacionando esas variables son infinitas ya que en cada una se pueden establecer diferentes graduaciones, algo que escaparía a las pretensiones de esta investigación. Es por ello que de una forma bastante esquemática sólo vamos a establecer dos subgrupos:

- Empleo remunerado y/o status elevado.
- Empleo no remunerado y/o status bajo.

La limpieza en el colectivo de las que tienen un empleo remunerado y/o un status elevado, es considerada como algo marginal. No entra en su escala de valores por algo muy evidente: pueden renunciar a las tareas físicas de limpieza porque está la posibilidad de subcontratarlas. Otra cosa es que la organización, planificación y previsión siguen recayendo sobre las mujeres, pero por lo menos se ha liberado de la mayor carga:

- Las que tienen un empleo laboral suficiente para pagar a la persona que va a cuidar de los/as niños/as, o limpiar la casa, pondrán sus expectativas y su energía en desarrollarse en esos puestos de trabajo. La falta de tiempo es un argumento contundente para liberarse de esa carga.
- Las mujeres con un status elevado hace tiempo que se evadieron de ese tipo de quehaceres. Son las que históricamente se definen como “señoras” y delegan esas funciones en otras personas. El nivel económico, cultural y la mayor libertad de la que pueden hacer uso les ha permitido dedicarse a otras actividades.

Para el colectivo de las que no tienen un empleo remunerado o carecen de un status privilegiado, la situación cambia radicalmente. En éstas, la limpieza todavía sigue constituyendo un factor esencial en la vida de las mujeres. Ello en base a que las circunstancias les obligan a realizar las tareas domésticas e incluso en la mayoría de los casos no encuentran ningún tipo de ayuda familiar:

- Se impone la culpabilidad de una manera más clara. No les es posible aspirar a otro tipo de actividades porque la situación económica no se lo va a permitir. El mensaje fundamental que tienen interiorizado es que toda actividad externa corresponde a “disfrutar”, y en la medida en que no tienen un empleo remunerado no lo pueden hacer. En todo caso, se considera que son los hombres los que tienen más derecho.
- Esa culpabilidad se refuerza desde los cuestionamientos que se les hacen a nivel social, entre los cuales evidentemente están las críticas de los maridos: “¿Qué hace si no limpia, si no está en casa?”, “¿De qué se queja si es el hombre el que está trabajando?”

En este colectivo es donde más ayuda precisan las mujeres, en mayor medida cuanto menor es el status socio-económico. Se tendrá que enfrentar no solamente a las exigencias sociales, sino también a las pautas introyectadas de que su misión en la vida es encargarse de la casa, cuanto mejor las realice más satisfecha se sentirá. Es el colectivo que mayores dificultades tiene para sumarse al movimiento emancipatorio.

Otro nivel de análisis que merece nuestra atención en este apartado de lo real, no de las expectativas o de la tendencia cultural dominante, es la vivencia negativa que comporta el realizar las tareas domésticas de limpieza. Las mujeres en este sentido son muy concisas: El trabajo de la limpieza “atolondra”, “anquilosa” y “estanca”.

Es lo que vulgarmente se conoce como “síndrome del ama de casa” o las “depresiones” características de las mujeres que no tienen acceso al mundo laboral. Aparecen cuatro estados emocionales como los constituyentes de esos síntomas:

- RUTINA: La limpieza se convierte en un hábito circular donde nada parece tener principio ni fin. Al terminar una tarea existe otra y después otra, y después otra. Las mujeres pueden estar perfectamente las 24 horas trabajando porque siempre habrá cosas que hacer.
- MONOTONÍA: Los trabajos no tienen ningún enganche estimulante, siempre son los mismos. Son muy poco agradecidos, si no los haces la casa es un desastre, pero si los haces no traslucen el esfuerzo que has invertido.
- ABURRIMIENTO: Esa reiteración de tareas sin ningún tipo de agradecimiento, provocan un estado de “descarga”, “cansancio” y “hastío” que aburren a las mujeres. No encontrarán alicientes que les permitan activarse y disfrutar con lo que están haciendo.

- **SOLEDAD:** Será posiblemente el factor que más influya en las depresiones del ama de casa. A la cantidad de horas que tiene que estar sola, con los estados emocionales anteriores, hay que añadirle, en muchas ocasiones, unos círculos de amistad donde los temas de conversación giran en torno a la casa y a ver quién es la que mejor limpia.

Verbatims elocuentes en este sentido son:

“A veces me planteo si soy la portera o la asistente social”.

“Todo el día planchar, fregar...”.

“Lo haces todos los días y estás harta, quieres salir de eso. Si estuviera más tiempo fuera de casa te apetecería estar más dentro”.

“Tienes que estar las 24 horas del día porque te necesitan o porque te haces tú el coco en la cabeza diciendo que te necesitan”.

“Yo me agobio porque no van a cambiar nunca, aunque mi marido me ayude en la casa, la responsabilidad última es mía. Él nunca va a pensar en limpiar los azulejos o la lámpara, no se le pasa por la cabeza”.

El término de “depresión” recoge de una manera bastante concisa esa sensación de “desánimo” que conlleva la especialización de las mujeres en tareas domésticas. Mayor cuanto menos posibilidades de salida se tengan. Más agobiante cuando las circunstancias obliguen a centrarse exclusivamente en ser ama de casa.

A ese panorama de las mujeres como limpiadoras, rol tradicional del ama de casa, se le han sumado dos nuevas tipologías que completan el espectro de la situación de las mujeres dentro de casa: las que tienen un empleo laboral externo y aquellas que, aun teniendo formación, están en el paro.

Cada una de esas tipologías se enfrenta de forma diferente a la limpieza, pero no cabe duda que las tres se encuentran con el reto de liberarse de la gran carga que suponen las labores domésticas.

AMA DE CASA

Es la que está en peor situación de emanciparse de esas funciones porque no tiene otras alternativas fuera. La dificultad de encontrar trabajo, máxime con la crisis económica, junto con lo poco desarrollado que está el concepto de tiempo libre y el cuestionamiento social que se hace a su disfrute, le condicionan a quedarse recluida en el ámbito doméstico, con la consiguiente función primordial de limpiar.

“Yo era ama de casa y no salía. Nunca le he dicho nada a mi marido, porque si me hubiera echado una mano hubiese tenido más tiempo para estar sentada. Yo era suficiente para llevar la casa”.

(Reunión mujeres 46-60. Bilbo)

Frente a esos condicionamientos educativos, circunstanciales y personales, aparecen tímidamente algunas alternativas que debieran cuajar de una manera más sólida entre las amas de casa:

- Superar los valores introyectados en el sentido de que la limpieza no precisa de unas destrezas naturales; es decir, la identidad de las mujeres trasciende con creces el ser limpiadoras. Debate interesante éste de definir cuáles son los rasgos que positivizan a las mujeres.
- Conseguir un reconocimiento no sólo social, sino familiar, de las personas cercanas que debían de darse cuenta de las múltiples funciones que desempeña y de su imprescindibilidad: el ahorro económico que supone, el esfuerzo que conlleva, el control del funcionamiento doméstico... Nos movemos por tanto en el mundo de los gestos de la comprensión, del afecto.
- Adquirir un reconocimiento personal, valorarse a sí mismas por el trabajo que están realizando, hacerse conscientes de que su papel es tan noble como el de los hombres. Ellas se ocupan de satisfacer las necesidades de la familia, y eso es algo más palpable y reconocible que el trabajo que se realiza para una macroestructura como es la empresa.
- Poner las cosas claras, sobre todo en aspectos donde sí se puede pedir la igualdad: la diferencia de horarios entre los hombres y las mujeres, de tal forma que colaboren cuando lleguen si todavía hay cosas por hacer. Los fines de semana como espacio de descanso para los dos, y sobre todo las vacaciones. Sorprende comprobar en los datos estadísticos que el número de horas que se trabajan los fines de semana aumentan significativamente, siendo precisamente en este tiempo donde mayor exigencia podían pedir las mujeres.
- Buscarse gratificaciones fuera; la casa se ha hecho más funcional y no exige tanta dedicación. Esa liberación lograda dentro se puede complementar con una mayor proyección social. Cada una encontrando aquellas actividades que más le satisfagan: pasear, asistir a cursos, culturizarse.... o por qué no descansar, no sentirse culpable por no hacer nada.

EMPLEO LABORAL

Las mujeres con un empleo laboral externo son las que están en mejores condiciones de liberarse de las tareas de limpieza. Sin embargo, como todavía los hombres no han logrado asumir eso del compartir, son ellas las que además de trabajar fuera tienen que trabajar dentro, con lo cual deben de duplicar sus esfuerzos.

“La casa por mucho que se diga la siguen llevando las chicas. Si quieres trabajar e independizarte no te queda más remedio que poder con todo”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbo)

La “doble jornada” tiene múltiples matices dependiendo de la posibilidad o no de pagar a una empleada, de compartir las tareas, de la edad, de las circunstancias laborales.... Pero no hay duda de que son las mujeres las que llevan el peso. Las alternativas que se citan como válidas son:

- Reconvertir el concepto de limpieza y considerarlo como algo funcional; es decir, reducir el nivel de exigencia y tener un planteamiento más racional y efectivo con respecto a las tareas domésticas.

- Compatibilizar los esfuerzos tendiendo a priorizar en cada momento lo que resulte más importante; de tal forma que si un día no se puede limpiar ya se hará otro día. El problema radica en la acumulación de trabajo doméstico.
- Exigir a la familia que colabore, que se impliquen en los quehaceres domésticos dentro de sus posibilidades. Una fórmula acertada es que cada una/o limpie su espacio personal y entre todas/os lo que corresponde al territorio común.

CON FORMACIÓN Y EN PARO

Es una tipología de mujer que empieza a adquirir una entidad sociológica muy importante. Son personas que tienen formación suficiente para acceder al mundo laboral, pero que por distintas circunstancias aún no han conseguido trabajo. La alternativa que se les ofrece es ser amas de casa. Ello les provoca una doble frustración: la específica de los problemas que conlleva la función del ama de casa y la disonancia con sus expectativas.

Normalmente son personas jóvenes, educadas en un entorno aparentemente igualitario de las mujeres donde se ha puesto el acento en la autorrealización laboral y en lo degradante que es ser ama de casa. A las expectativas personales hay que añadirles las que se hayan podido crear en su familia y en su círculo de amigos/as.

La tensión que ello comporta se agudiza en mayor medida cuando se parte de tener un empleo y luego ir al paro (por razones coyunturales o por esperar un/a hijo/a). En este caso la dinámica familiar se reconvierte y son las mujeres las que salen perjudicadas.

“Si hasta ahora mi marido y yo nos hemos ayudado en las tareas de casa, supongo que a partir de que tenga el hijo me tocará todo a mí. En parte puede ser hasta lógico, pero no porque lo haya elegido yo”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbo)

Las alternativas de salida que tiene este colectivo no son fáciles. De poco les sirven las sugerencias de las amas de casa, porque sus ideales no son esos, se han formado para desempeñar un trabajo social y las tareas de casa es algo que sitúan en segundo término. Únicamente podemos apuntar como estrategias:

- Planteamiento consciente de que ser ama de casa no implica necesariamente asumir los valores y roles socialmente adjudicados. Se pueden desempeñar las funciones sin tener que pasar necesariamente por asumir el estereotipo tradicional de mujer.
- Desarrollo de actividades extra domésticas, porque están en mejores condiciones que las que no tienen formación, de tal forma que esas nuevas inquietudes les permitan reducir la carga de frustración. Proyectarse socialmente para compensar la ausencia de proyección laboral.
- Exigencia a la familia de las ideas de compartir y asumir, en proporción claro está del tiempo disponible de cada uno. No por ser ama de casa el resto de la familia tiene que hacer dejación de sus funciones.

Por último, este apartado de las mujeres y la limpieza no puede concluir sin mencionar cómo actúan los hombres frente a las demandas del compartir. En este sentido, se observa que si

hay una cierta colaboración aunque no es todo lo satisfactoria que las mujeres precisan. Los hombres tienen la sensación de que colaboran más de lo que realmente hacen.

Una recogida de las tareas que los hombres realizan en la casa nos lleva a realizar tres núcleos de penetración; en el nivel externo están las funciones más fácilmente asumibles y en el interno las que todavía no han calado:

- EXTERNO: Fregar, hacer la comida, pasar la aspiradora, las compras para la casa, pasear con los/as niños/as...
- INTERMEDIO: Limpiar el polvo, colgar la ropa, limpieza general, cambiar-bañar-vestir a los/as niños/as...
- INTERNO: Planchar, lavadora, baño, cristales, azulejos, lámpara...

Cada familia es un mundo y cada hombre también lo es, por lo que esa categorización tiene validez únicamente a nivel orientativo. Las encuestas podrán fijar los tantos por ciento de cada actividad. Lo interesante a remarcar aquí son los factores que facilitan o dificultan la penetración de los hombres en la limpieza:

- EXTERNO: Son actividades que adquieren cierto grado de aceptación social y la mayoría requieren un menor esfuerzo. Por otro lado, los hombres las realizan de una manera puntual y poseen algo muy en consonancia al carácter masculino: hay una constatación directa del trabajo.
- INTERMEDIO: Suponen un salto cualitativo en la implicación de los hombres con las tareas domésticas. Su entrada se realiza de forma escalonada y está sujeta mayoritariamente a la presión que realizan las mujeres, ellos lo interpretan como “ayudar”.
- INTERNO: Son tareas ingratas para todos/as, hacen mención a lo más desagradable de la casa, lo más sucio y lo más difícil. Ellos no se hacen conscientes que hay que realizarlas, y en el momento que se citan, existe la tendencia a considerarlas como un trabajo de mujeres. La ropa y lo que ello implica (lavadora, planchar) porque de siempre son las mujeres las que lo controlan, y el resto de la limpieza porque exige un esfuerzo que no se corresponde con la constatación de lo realizado.

MUJERES Y MATERNIDAD

2.2

La “maternidad” es otra de las funciones clásicas que las mujeres han desempeñado dentro del ámbito doméstico. Bajo ese concepto aglutinamos aquellas cualidades específicas que definen lo que es ser madre, entre las cuales también se encuentran el cuidado, la limpieza y el vestir, pero desde una óptica más relacional, más en consonancia con los afectos que se ponen en juego que con los trabajos puramente rutinarios o formales.

Hacemos esta salvedad para diferenciar claramente dos conceptos de maternidad: uno que tiene que ver con los cuidados formales y el otro con las implicaciones emocionales. El primero encaja con el apartado anterior de la “limpieza”, es decir, supone una carga de la que las mu-

jerres quieren desprenderse; el segundo incide en instancias más profundas y por tanto cuesta más el delegar. Es esta última acepción la que vamos a tomar en consideración en este apartado.

Si enfocamos el análisis desde los cambios que están acompañando el proceso emancipador de las mujeres, podemos comprobar que también la maternidad está experimentando transformaciones acordes a ese movimiento. Surgen dos referentes claves para comprender en qué parámetros se está produciendo esa metamorfosis.

TRANSFORMACIÓN DEL CONCEPTO DE FAMILIA

- Los datos estadísticos y la evidencia social indican que las familias han pasado de ser extensas a nucleares, cada vez se circunscriben más a los vínculos directos y menos a las relaciones con primos/as, tíos/as, abuelos/as. Cada vez se tiene un número menor de hijos/as.
- Dentro de las familias se está produciendo un reequilibrio en los roles tradicionales que competían a los hombres y a las mujeres. Las relaciones de poder tienden a resituarse por la nueva situación que van adquiriendo las mujeres.
- Tanto la nuclearización como la redistribución del poder, tienen un efecto directo en la educación de los/as hijos/as. Se impone como necesaria una mayor corresponsabilidad de los progenitores con respecto a la educación de estos, una mayor implicación por tanto del padre, una mayor asunción de sus funciones.

TRANSFORMACIÓN DE LOS VALORES SOCIALES

- Los patrones sociales inciden de forma directa en la familia en tanto que modelan su funcionamiento en base a las nuevas tendencias que aparecen. Así concepciones como “calidad de vida”, “mayor independencia de los individuos” o “disfrute” se abren paso en las estructuras familiares.
- La familia cada vez tiene menos de ese carácter cerrado que pudo representar en su día para hacerse más permeable. En este sentido, el acceso de las mujeres al ámbito socio-laboral ha jugado un papel determinante.
- Cada miembro de la familia tiene conexiones externas que le permiten desarrollar su personalidad y que por ende los valorará en el ámbito doméstico.

La transformación estructural de la familia junto con la adquisición de esos nuevos valores, hace que el rol de las mujeres también se transforme:

- Promocionarse en el trabajo.
- Disponer de tiempo para sí.
- Tener más posibilidades de elección.

Esto ineludiblemente afecta a la consideración de sí misma como madre, llegando a la vivencia de que los/as hijos/as pueden suponer una limitación en su desarrollo:



Conviene que analicemos en profundidad estos costes porque representan una clara revolución con respecto a la concepción tradicional de la maternidad:

- Coste económico: La coyuntura económica actual no favorece el tener el mismo número de hijos/as que antes. Han aparecido un nuevo conjunto de necesidades que multiplican las dificultades económicas de las familias, sobre todo en los/as jóvenes. Es lo que socialmente se expresa como que “la vida está tan cara que no te puedes plantear tener hijos/as”.
- Coste personal: Las mujeres de antes tenían un único ámbito donde desarrollarse, hoy por el contrario se les abren nuevas posibilidades. Los hijos/as aparecen como elemento que puede limitar esa proyección social al conllevar una serie de responsabilidades y de dedicación que dificultan la expansión externa.
- Coste emocional: Los cuidados y atenciones que requieren los/as hijos/as pueden ser suplidos por terceras personas, pero la dimensión afectiva supone una gran atadura de la madre. En tanto que necesitan un gran espacio emocional, esto limitará a las mujeres a reducir la carga afectiva puesta en otros lugares.
- Coste de Oportunidad: Hace mención a la incompatibilidad que se produce entre “ser madre” y desarrollarse en el ámbito laboral. Los/as hijos/as restan tiempo, posibilidades, y oportunidades laborales. Por otro lado, la empresa tampoco ve con buenos ojos la maternidad.

Estos 4 factores inducen a la necesidad de realizar un planteamiento racional con respecto a eso de ser madre. Ante las nuevas circunstancias las mujeres tendrán que pensárselo más, tendrán que sopesar los condicionantes y decidir en consecuencia. La resultante la podemos apreciar en los datos estadísticos: El número de hijos/as ha descendido de forma considerable, mayor edad de los progenitores, aumento de los/as solteros/as y de matrimonios sin hijos/as.

“A mí me encantaría ser madre, pero con el ritmo que llevo necesito tener mi propia vida. Hasta ahora la vida de las mujeres ha sido dedicar el tiempo a los demás, ahora ya no”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbo).

Hasta ahora hemos analizado la transformación de la maternidad desde el punto de vista de las dificultades a la hora de decidir ser madre, pero el cambio cultural también se pone de manifiesto en las que ya lo son. Las vivencias de la maternidad son muy diferentes a las del pasado porque las circunstancias han cambiado:

- El menor número de hijos/as conlleva un aumento de los vínculos. Es decir, la dimensión cuantitativa se reequilibra con un incremento cualitativo en las relaciones.
- La nueva situación de las mujeres, más presente en otros ámbitos, les ha obligado a tener que delegar algunas de sus funciones, viéndose en la necesidad de compensar esos vacíos.

Las guarderías, niñeras, etc., son las que actualmente se constituyen como los transmisores de los valores, la madre reequilibra esa situación tendiendo a una mayor sobreprotección.

- En el pasado, la educación que recibían las mujeres se sustentaba en gran parte en ser madre, actualmente hay otras expectativas que tienden a alejar la maternidad de la identidad femenina. Ello provoca que cuando las mujeres son madres se sientan más inseguras, y que por tanto, tiendan a reequilibrarse referenciándose desde los prescriptores (pediatras, revistas especializadas), y desde los productos más idóneos (alimentación, lúdicos,...), apareciendo la obsesión como rasgo constitutivo de las nuevas madres.
- El mundo en el que nos movemos cada vez es más complejo, recayendo en la educación un papel esencial en la formación de los/as ciudadanos/as que en el mañana se van a tener que enfrentar con nuevos retos. La demanda social que se le hace a la madre es que se multiplique en funciones para lograr ese enlace entre la familia y la sociedad.

Como se puede apreciar, aparece sin lugar a dudas una transformación cualitativa de los atributos que definen el ser madre. Hay un cambio sustancial tanto de las funciones como de los referentes de la maternidad.

Pero, ¿cómo viven las mujeres ese cambio?, ¿cómo se sienten como madres? A diferencia de lo que hemos analizado en el apartado de la “limpieza”, con respecto a la maternidad el proceso cualitativo es más dificultoso, más doloroso, sujeto a limitaciones tanto internas como externas más intensas. La limpieza es algo que no se desea y en cambio el ser madre sí:

- Es más gratificante.
- Hay un reconocimiento familiar y social.
- Es una labor efectiva, alejada de lo que suponen los trabajos mecánicos.
- Implica capacidades, exige una serie de habilidades.
- No es “embrutecedor”, ni “degradante”.
- Corresponde al mundo de lo íntimo.

La emancipación de las mujeres no podrá ser por tanto, de la misma forma que con la limpieza, hay otra serie de instancias que se están poniendo en juego. Aquí sí se va a dar un conflicto serio del que ninguna mujer podrá sustraerse.

Para apreciar la trascendencia del conflicto vamos a analizar el proceso evolutivo que han seguido las distintas generaciones; pudiendo a grosso modo segmentar lo que implicaba antes la maternidad y lo que significa actualmente: antes la maternidad era lo que daba sentido a la vida de las mujeres, hoy en día las mujeres tienen otros ámbitos de realización.

ANTES: La maternidad era el núcleo básico de la mujer.

“Ser mujer es ser madre sobre todo”.

AHORA: El núcleo básico de la mujer es la mujer.

“Ser mujer es ser muchas cosas además de madre”.

Para la generación mayor la maternidad tiene un sentido existencial. No era concebible una mujer que renunciase a ser madre, es más, se aducían problemas psicológicos para justificar un número reducido de hijos/as. Para aquellos que no podían tenerlos suponía un verdadero

trauma, ello en base al significado que, desde aquellas circunstancias adquiriría el concepto de maternidad:

- La mayor satisfacción porque suponía trascender el rol de limpiadora y esposa a otra categoría superior.
- La gratificación de los/as hijos/as suplía con mucho lo poco agradecida que resulta la limpieza de la casa y la escasa consideración que se le tenía socialmente.
- Mujer y madre eran indisolubles, no sólo por la capacidad de procrear sino porque constituía la identidad femenina, estructuraba sus atributos como mujer. Dependiendo de cómo se fuera como madre, así se era como persona.
- Adoptaba un cometido equilibrador esencial; todas las frustraciones personales se diluían frente al cariño que se les daba a los/as hijos/as.

La generación intermedia se educó en esas consideraciones maternas, pero comenzaron a influir otras variables del ámbito social que empezaban a cuestionar la esencialidad de la maternidad. Fue un proceso más vivencial que consciente, poniéndose de manifiesto en los conflictos cotidianos a la hora de compaginar el mundo doméstico y el mundo laboral:

- Las nuevas circunstancias externas exigían una menor dedicación a los/as hijos/as, lo que acarrearía conflictos internos en las mujeres.
- Es la generación donde realmente se ha producido el cambio porque han tenido que luchar contra las apreciaciones sociales y los roles introyectados.
- El conflicto radicaba en una búsqueda de equilibrio entre la satisfacción de ser madre y la necesidad de realizarse en otros ámbitos.
- En el foro interno empezaba a cuajar la posibilidad de que el cariño a los/as hijos/as no tenía por qué ser incompatible con la idea de que también suponen una carga.

La generación joven se ha encontrado en unos parámetros culturales donde el significado de esos conceptos se percibe de una forma más definida. Por lo menos a nivel racional se tiene claro que ser mujer no conlleva necesariamente el ser madre, la elección de la maternidad se presenta por tanto de una forma más libre:

- La maternidad sigue representando una gran satisfacción pero no porque lleve el sentido completo de su vida, sino porque le da un sentido vivencial diferente a su autorrealización en otros campos.
- Es una decisión y una experiencia que desean compartir con los hombres. En esa extensión gana un significado más familiar y profundo en los atributos de maternidad.
- El núcleo de identidad es la propia mujer, a él le puede añadir experiencias afectivas del tipo de tener un hijo/a, en la misma medida que la realización de cualquier otro ideal que se tenga. Por lo menos a nivel teórico.
- También es cierto que la experiencia de las que han sido madres indica que hay pocas “autorrealizaciones” que se le puedan equiparar. Otra cosa distinta es la educación o los frenos laborales que conlleva.

Es interesante apreciar en las entrevistas familiares la dialéctica que se produce entre las distintas posturas. Es en el tema de la maternidad donde mayores confrontaciones existen, por-

que en el resto hay una complicidad que aquí no se da. La maternidad estructura una escala de valores que es lo que va a diferenciar los rasgos identificativos de cada generación.

Entre abuelas y nietas es donde más claramente se puede observar esas rupturas generacionales, aunque también entre madres e hijas. La postura tradicional es intentar convencer que ser madre es lo más grande, y la postura moderna es defenderse diciendo que es una cosa grande pero que hay otros factores en la vida también importantes.

Como argumentos sutiles de desacreditación aparecen: lo vacías que se quedan las mujeres cuando los/as hijos/as se marchan de casa (crítica de las jóvenes), y el egoísmo inherente a la juventud como elemento que frena el acceso a la experiencia de ser madre (crítica de las mayores):

“Se dan cuenta de su realidad cuando los hijos se hacen mayores y se van de casa. Se ven que no tienen esas obligaciones y no saben con qué llenar ese tiempo. Se encuentran como vacías”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbo)

“Se han hecho cómodas de vivir bien y claro cuando viene la criatura no tienen tantos beneficios. Hoy en día son poco sacrificadas, poco responsables, no son capaces de entender que como el calor de una madre no hay”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Bilbo)

Debajo de ese cruce de acusaciones hay una realidad que compete por igual a todas las generaciones, y que es la discusión de hasta dónde las mujeres se pueden emancipar con respecto a la maternidad. Interrogante que está en la base del proceso de liberación de las mujeres y que requiere de un debate intenso.

El gran obstáculo es el carácter mítico que rodea al concepto de maternidad. En nuestra sociedad la maternidad se concibe bajo parámetros siempre positivos, es como si en el inconsciente colectivo no tuviese cabida la idea de madre mala; para aglutinar la faceta negativa se ha ideado la figura de la “madrastra” que por natura no tiene esos vínculos con los/as hijos/as. La madre aparece por tanto como referente universal de equilibrio, bondad y cualidades positivizadas.

Ese condicionamiento cultural se encuentra aún más arraigado cuando se introduce la variable del “instinto maternal”, donde se ponen en juego instancias más profundas que las marcadas a nivel social. Hace mención a la dimensión biológica de la procreación, que conlleva el surgimiento de unas fuerzas mágicas que tienen que ver con códigos naturales y con la esencia de las mujeres. El instinto maternal sólo lo puede vivir la madre porque es ella la que ha gestado y parido, es algo profundo que se siente muy desde dentro.

Todo indica que lo biológico y lo cultural están estrechamente relacionados, uno remite al otro y a la inversa. Hoy en día todavía resulta difícil considerar la maternidad como algo fruto de unas aptitudes personales y prácticas, todavía existe la creencia de que lo instintivo de ser madre es algo que no se puede sustituir con cuidados y afectividad.

Esa creencia se encuentra presente tanto en hombres como en mujeres, y fundamentalmente atañe a la primera infancia de las/os hijas/os; cuando estos/as se hacen mayores se deslinda de una manera más clara lo instintivo de lo cultural pudiendo dar entrada a otros agentes educadores: padres/madres, profesores/as, amigos/as...

En la primera infancia todavía no se ha constituido la identidad del ser, el/la niño/a se encuentra inmerso/a en un mundo de sensaciones donde es preciso una meta de comunicación para establecer los vínculos. Se produce una atmósfera de afectos y relaciones que tienden a proteger al bebé de las interferencias externas. Aspectos estos (metacomunicación, protección, afectividad) que son los constitutivos del instinto maternal.

Frente a esa creencia, las mujeres van avanzando una serie de pasos que evolutivamente los podemos apreciar en las siguientes etapas:

- Matrimonio es distinto de procreación: La finalidad del matrimonio no es exclusivamente tener descendencia y crear una familia. Aparecen otras motivaciones como el vivir en pareja y constituirse como independiente de la familia de origen. Elementos que han favorecido la separación de la finalidad procreativa son: los anticonceptivos y la importancia que se le da al control y la planificación.
- Maternidad es distinto de dedicación exclusiva: Las nuevas circunstancias de las mujeres obligan a canalizar sus energías en otros ámbitos: laboral, social. Ello en la práctica se trasluce en una menor dedicación a los/as hijos/as, lo que permite realizar la separación de lo que tradicionalmente definía el ser madre: cubrir todas las necesidades, estar constantemente pendiente y presente, mantener el cordón umbilical más allá de la gestación.
- Ser mujer es distinto de ser madre: Las mujeres tienen otras esferas desde las que poder constituir su identidad, ser madre es una faceta más de ese conglomerado de ideales. Por otro lado, la conquista del derecho a la baja por maternidad y la extensión de ésta al hombre, indica que no solamente las mujeres pueden desempeñar ese rol.

La evolución a nivel social sí aparece de alguna forma establecida; ahora será el momento de que cada mujer vaya adaptándose a esos cambios. Para ello, tendrá que liberarse de la carga simbólica que tiene la maternidad, manteniendo una postura más equilibrada (racional, emocional) con ese rol de ser madre.

La mujer debe decidir su maternidad:

Si quiere tener hijos/as, “cuántos/as”, cómo ser madre con ellos/as.

En esa decisión influirán múltiples circunstancias. Así, es diferente las mujeres que tienen un empleo externo de las que no lo tienen, e incluso las que poseen un status socio-económico holgado de las que se encuentran en una situación más precaria. De forma muy esquemática podemos correlacionar esas variables estableciendo las categorías de empleo —alto status y ama de casa— bajo status; somos conscientes de la simplificación a la que nos remitimos, pero en este caso el análisis cualitativo no nos permite aventurarnos a otras hipótesis. Será cometido del cuantitativo el fijar las características de cada subgrupo.

Con respecto a la segmentación empleo externo-alto status, podemos afirmar que es el colectivo que está en mejores circunstancias para poder decidir su maternidad. Se encuentran en una situación de inclusión social que les permite contrarrestar la influencia tradicional del tener que ser madres:

- Las que gozan de un puesto de trabajo medianamente satisfactorio, encontrarán en ese ámbito una posibilidad de autorrealización que tendrán que compaginar con su maternidad. Su decisión se encontrará mediatizada por las cuotas de desarrollo profesional que deseen, pero no se sentirán cuestionadas socialmente si deciden no tener hijos/as, entre otras cosas porque se acepta que una mujer cualificada opte por su carrera profesional. Otra cosa bien

distinta son todas aquellas que no tienen ese grado de cualificación o esas satisfacciones laborales.

- El status lleva emparejado una mayor cultura, una mayor posibilidad económica y una mayor libertad, aspectos fundamentales para que la decisión no tenga condicionamientos tan fuertes. Aquí queremos subrayar que no por tener un status alto implica tener pocos hijos/as, porque de hecho ocurre que no es así, sino que la decisión es más libre; existe la posibilidad de elección que no se da en otros segmentos sociales.

El otro grupo, ama de casa-bajo status es el más desfavorecido, donde la decisión viene hasta cierto punto marcada por sus circunstancias y no tanto por ser una elección personal:

- Las que no tienen un empleo externo se sienten abocadas a desempeñar el rol de ama de casa, entre cuyas funciones prioriza el ser madre. Su identidad adquiere sentido desde la maternidad; es mediante la relación con los/as hijos/as desde donde pueden dar un sentido más trascendente a su vida. Por otro lado, los roles introyectados de las bondades de ser madre se encuentran más presentes.
- La variable del status influye precisamente en ese sentido, donde niveles bajos socio-culturales se relacionan con una menor proyección social, y por tanto con un anquilosamiento en los roles tradicionales de la mujer. Éstas se sentirán más culpables por no ejercer la maternidad a la vieja usanza. Obsérvese que aquí no nos estamos refiriendo a la elección del número de hijos/as sino a la decisión condicionada de cómo ejercer la maternidad.
- Tanto las que no tienen un empleo externo como las que no gozan de un status privilegiado, se encontrarían con mayores dificultades para replicar la recriminación social que se hace cuando una mujer no se dedica por completo a sus hijos/as “es una exquisita”, “sólo piensa en ella”, “abandona a sus hijos/as”. Carece de argumentos para defender su esencia de mujer previa al rol de madre.

Si trascendemos las circunstancias coyunturales de cada uno de los segmentos, nos encontramos ante el hecho de que una mujer que quería tener una proyección laboral o una proyección social (aquellas sin empleo externo) debe reconsiderar y reformular su concepto de maternidad. Es decir, debe emanciparse de los caracteres tradicionales porque evidentemente ese acceso externo no le va a permitir una dedicación exclusiva a los/as hijos/as.

El mayor inconveniente de ese proceso es la carga de culpabilidad que conlleva, en el sentido de vivirse como un “abandono” de los/as hijos/as. No le vale la posible valoración que la sociedad puede hacer de las nuevas facetas porque ella se sabe en su fuero interno, que está “traicionando” las consignas educativas que ha mamado.

“Todas las mujeres teniendo niños pequeños tenían que quedarse en casa, porque si no los tienen abandonados. Los hijos pequeños necesitan el cariño de la madre”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Gasteiz)

El compatibilizar lo externo con la maternidad es tarea muy difícil para todas las madres, bien es cierto que dependiendo de las circunstancias el trauma podrá ser mayor o menor, pero todas constatan que hay una gran pérdida, sobre todo cuando los/as hijos/as son pequeños/as:

- Pérdida de espacios y momentos de afectividad.
- Pérdida del papel activo por tener la necesidad de delegar funciones maternas.

- Pérdida de parte de la esencia de mujer.
- Pérdida del carácter instintivo/genético/natural.

La emancipación de la maternidad conlleva esas “carencias”, posicionan a las mujeres en deuda con el perfil interiorizado. A diferencia de la función de “limpiadora”, donde las pérdidas se estructuraban desde el menor control que podía ejercer en la casa, con respecto a la “maternidad” las pérdidas tienen un componente más profundo, más en relación al cuestionamiento de su identidad.

Frente a la tiranía del perfil magnificado de “instinto maternal”, surge la necesidad de resituar en parámetros actuales lo que es ser madre. De tal forma, que las mujeres se puedan sentir referenciadas en claves modernas y puedan llevar el proceso emancipador de una forma más relajada; es decir, que tengan un apoyo por lo menos a nivel cultural que les facilite desarrollarse en otras áreas sin sentirse culpable.

Emerge la necesidad de redefinir el concepto de madre, de configurar nuevos modelos maternos.

En este sentido, se puede observar un gran vacío; los únicos referentes hacen mención a las “*Super-Woman*”, a aquellas mujeres con éxito profesional y con gran capacidad para estar, cuidar y entender a sus hijos/as; siendo modelos aspiracionales que lo que crean es mayor frustración, no favorecen el equilibrio sino la multiplicación.

Se habla de la “doble jornada” para evidenciar los trabajos laborales y los domésticos, pero no para expresar la tirantez emocional que supone con respecto a los/as hijos/as. De ahí que sea preciso incorporar otros conceptos como “multiplicación funcional” o “esquizofrenia vivencial”.

En orden a situar las posibles salidas que tienen las mujeres, señalamos a continuación algunas de las pautas que instintivamente emplean las mujeres. Para ello nos parece conveniente recuperar las tres tipologías que analizábamos en el apartado de la limpieza:

- Amas de casa: La redefinición de maternidad está en poner de manifiesto las distintas funciones que desempeñan como madres, incluyendo entre éstas, todas aquellas que señalábamos que están ocultas a los ojos de la sociedad (educadora, enfermera, psicóloga, formadora de valores). El reconocimiento personal y familiar les permitirá sentirse mejor en su rol, paso necesario para dar luego el salto al desarrollo de facetas sociales: tiempo libre, cursos, gimnasia, amigos/as, cultura,....
- Empleo laboral: La “multiplicación funcional”. La “esquizofrenia vivencial” únicamente es mitigable desde la incorporación de los hombres. El punto de equilibrio lo debe establecer el marido en tanto que representa una prolongación de las mujeres en la pareja. El disfrute conjunto aporta una serie de valores diferentes que neutralizan la culpabilidad de las mujeres.
- Con formación y en paro: En esta nueva categoría sociológica aparece el problema de la frustración de sus expectativas profesionales como el máximo inconveniente para asumir la maternidad, o por el contrario, como la única salida que se le brinda para autorrealizarse. Tanto en un caso como en otro es necesario diferenciar las funciones de “madre” y las de “limpiadora” porque la tendencia natural es a subvalorarse, y con respecto a la maternidad no tiene por qué ser así. La formación les permite hablar de otras cosas que no sean el cambiar pañales, papillas o lo inteligentes que son sus hijos/as.

Se hace preciso por tanto compatibilizar el mundo interno, de los roles introyectados y de los perfiles magnificados, con el mundo externo, de los roles deseados y de las expectativas puestas en el trabajo y en las relaciones sociales. La resultante de esas fuerzas tendrá que lograr el equilibrio y la emancipación de las mujeres respecto a su maternidad.

Es necesario un debate en los colectivos de mujeres que permita revisar los conceptos de: “maternidad”, “afectividad”, “dedicación”, “sacrificio”, ... y que los esfuerzos que ya se han realizado en este sentido sean puestos en conocimiento de la población femenina.

Por último, vamos a analizar el proceso que están llevando los hombres en relación a la paternidad que les compete. En ese análisis se pueden apreciar, a grosso modo, tres niveles diferentes de entrada, que del más externo al más interno, serán:

- Ayuda a las mujeres.
- Actitud de cierta implicación.
- Compromiso con sus funciones.

Al igual que en otros ámbitos domésticos, hay muy pocos varones que hayan accedido al tercer nivel; la mayoría todavía están intentado asumir las consecuencias de la ayuda a las mujeres como madres. El significado de cada nivel comporta un grado de responsabilidad cada vez mayor:

- Ayuda: En las funciones consideradas como femeninas.
 (“Cambiar pañales”, “Baño”, “Biberón”, “Acunar”, “Levantarse”...).
- Actitud: Asunción de comportamientos considerados femeninos.
 (“Afectividad”, “Sensibilidad”, “Caricias”, “Juego corporal”).
- Compromiso: Compartir la educación de los/as hijos/as a todos los niveles, desempeñando roles no solamente de “autoridad” o “lúdicos” (clásicos en los hombres), sino mediante una implicación total en el día a día.

A diferencia de las mujeres, que tienen que aprender a emanciparse del “ser madre”, el varón tiene que aprender a implicarse en el “ser padre”. En el trasvase estará el equilibrio familiar y el personal.

En descargo del esfuerzo y responsabilidad que se le está pidiendo al hombre, podemos observar que es en esta dimensión donde tiene más fácil la entrada. Ello por varios factores:

- Resulta más gratificante que la limpieza.
- Hay beneficios constatables: reconocimiento de los/as hijos/as, descubrir su faceta interna (afectos, sensibilidad, expresión de emociones).
- Está en consonancia con el rol de hombre moderno que ofrece la publicidad (Prenatal, Dannon) y que se está abriendo camino en la sociedad (“Hombre blando”, “capaz de expresar sus vivencias”).

La entrada del varón en los tres niveles antes expuestos no solamente supone coparticipar en la educación, sino que también daría pie a la implicación en otras facetas de la casa.

MUJERES Y RELACIONES CONYUGALES

2.3

Situamos el tema de las relaciones conyugales dentro del capítulo de “ámbito doméstico” por el rol de “esposa” que las mujeres deben desempeñar en el hogar. Al igual que en los otros roles, en éste también se observa un movimiento emancipatorio que tiene que ver con la transformación que las mujeres están realizando.

Concretamente sus demandas como esposas son las de pedir una mayor equiparación con la situación privilegiada que han tenido los hombres. Es aquí donde inciden de forma directa las relaciones de poder. Las mujeres son conscientes de que a lo largo de la historia han jugado un segundo papel, siempre han estado subyugadas a las necesidades del marido.

Las mujeres tienen la necesidad de transformar la idea clásica del “ser esposa”.

La toma de conciencia ha venido favorecida por la nueva situación que a nivel laboral y social está adquiriendo, de tal suerte que los avances en el exterior han sido el trampolín para replantearse las relaciones dentro de casa. Un primer paso es la petición de que el marido se comprometa con las tareas domésticas (“limpieza”, “paternidad”), el segundo, y más significativo, es que modifique sus “actitudes machistas” con respecto a las mujeres.

Esa secuenciación por etapas no es del todo real porque parece difícil que una se pueda dar sin la otra; no obstante, las ponemos de relieve en tanto que obedecen a las conquistas paulatinas que las mujeres van teniendo. En este apartado nos fijaremos en el significado que tiene ese cambio en las actitudes.

Si realizamos un análisis de lo que las mujeres están pidiendo al marido, nos encontramos con cuatro frentes de lucha:

“EMANCIPACIÓN”

- Independencia económica.
- Independencia psicológica.
- Superación de los estereotipos tradicionales.

“COMPARTIR”

- Reparto de tareas.
- Concienciación de los hombres.
- Asunción mutua de funciones.

“COMUNICACIÓN”

- Valoración de las mujeres.
- Proyectos comunes.
- Tiempo libre compartido.

“COMPENETRACIÓN”

- Relaciones afectivas.

- Relaciones sexuales.
- Relaciones conyugales.

En este mapa configurativo de las necesidades de las mujeres se pueden apreciar los significados distintos del concepto de “igualdad”: por un lado, el reducir las diferencias actualmente existentes, por otro, el coparticipar en la vida conyugal. Ello evidencia que las mujeres no sólo tienen el deseo de sentirse liberadas del poder masculino, sino que demandan una igualación de poderes en base a un proyecto de pareja más satisfactorio.

Visto desde la perspectiva socio-cultural, cada uno de esos frentes pretende dinamitar los pilares que sustentan el machismo en el hogar. Concretamente cuestionan las actitudes de los hombres por seguir manteniendo “autoridad”, “supremacía”, y “dominio”. Hay una necesidad de combatir los comportamientos discriminatorios:

- Frente a la idea de que “detrás de un gran hombre hay una gran mujer”, emerge el deseo de emancipación, la necesidad de adquirir autonomía personal.
- Frente a la idea de que “las mujeres en la casa con la pata quebrada”, emerge el deseo de compartir, la necesidad de que los hombres también se hagan responsables de las obligaciones que conlleva la casa.
- Frente a la idea de que “las mujeres cuanto más calladas más guapas”, emerge el deseo de comunicación, la necesidad de una relación equitativa donde exista una valoración y apoyo mutuo.
- Frente a la idea de “puta en la cama y dama en el salón”, emerge el deseo de compenetración, la necesidad de comprometerse en la relación de pareja como forma de dotarle de un sentido vivencial y satisfactorio.

Los objetivos están claramente definidos; las mujeres saben perfectamente lo que quieren, o por lo menos lo que les gustaría. El problema está en cómo llevarlo a la práctica, es decir, en cómo superar las trabas que tanto la sociedad como el marido les imponen.

Para llegar a ese punto de autoconsciencia ha sido necesario un proceso emancipador en cada una de las generaciones, siendo más acentuado en las jóvenes que en las mayores. Las polaridades históricas señalan que en el pasado las relaciones de pareja se sustentaban en patrones rígidos de comportamiento, eran los hombres los que tenían el poder; en la actualidad éste se encuentra más repartido:

ANTES: Las relaciones de pareja se establecían por cánones sociales.

“La mujer sabía el papel que debía cumplir”.

AHORA: Las relaciones de pareja se crean en el día a día, en el consenso mutuo.

“La mujer tiene que buscar su lugar en la relación”.

En ese proceso son las mujeres las que han tenido que realizar el cambio, concienciando al hombre de que las relaciones de pareja son más que el tener una mujer en casa fregando y cuidando a los/as niños/as. Es la que está buscando un nuevo significado al matrimonio.

Un análisis de las vivencias de cada generación nos puede explicar los distintos pasos que las mujeres han ido dando:

- Generación mayor: Las relaciones matrimoniales venían establecidas por y para los hombres, eran los que trabajaban y tenían un protagonismo social que debía de ser respetado por las mujeres. Las necesidades del varón eran satisfechas por las mujeres.

Entre ellas adquieren entidad las sexuales y la búsqueda de una madre; las primeras claramente insatisfactorias, y las segundas fácilmente asumibles porque no era más que una perpetuación de las funciones que tenía con sus hijos/as. No existía por tanto una vida de pareja completa, sino más bien una convivencia ajustada al poder de los hombres. La alternativa de las mujeres era utilizar la “mano izquierda” para conseguir fines puntuales.

“Igual dices: vamos a salir y como hay fútbol ahí te las arreglas. Es todo para él, son muy egoístas. Llegas a aborrecerle. Con eso hacen que nos agarremos a los niños”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Bermeo)

- Generación intermedia: Es la generación del cambio, donde las mujeres intentan encontrar el equilibrio entre lo que se espera de la esposa y su deseo de reafirmarse como mujer. Su lucha está en demostrar al marido que ella tiene una serie de necesidades tanto a nivel personal, sexual, como social, que debe de comprender y asumir si quiere que el matrimonio funcione. El aporte afectivo que ellas están dando en la relación debe de ser complementado por los hombres. Su demanda se estructura desde el ser tratada como persona por encima de los roles de “limpiadora”, “madre” y “esposa”.

“A mí me dicen: aguanta a tu marido. Pero ¿por qué le tengo que aguantar yo siempre; que también me aguante a mí, que yo también tengo problemas”.

(Reunión mujeres 31-45 años. Donostia)

- Generación joven: La igualdad que se pide a nivel social y en el reparto de las tareas domésticas también se exige en la pareja. Las mujeres no conciben una relación en los parámetros clásicos donde tengan que satisfacer las necesidades del marido; tiene que ser un apoyo mutuo. El empleo del termino “compañero” en sustitución de “marido” tiende a evidenciar ese cambio relacional. El rechazo de la estrategia de la “mano izquierda” subraya en el mismo sentido el deseo de una comunicación clara, libre de tapujos.

“Tiene que salir de él porque te tiene un respeto. Si te ha perdido el respeto porque cree que eres una fregona pues apaga y vámonos”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbao)

La fortaleza de las mujeres es la que está rompiendo la dependencia que antes tenían de los hombres. En la medida en que es más capaz de vivir su vida a nivel económico, afectivo y social, tendrá más posibilidades de lograr la igualdad conyugal, de exigir al marido un cambio de actitudes y comportamientos.

Pero no todo depende de ella; el varón también debe comprometerse con la relación, porque de lo contrario lo único que se lograría es una mayor autonomía de las mujeres pero no una igualdad relacional. Para que exista esa igualdad es preciso el movimiento de los dos miembros:

- Las mujeres deben trascender el ámbito doméstico mediante el trabajo y/o las relaciones sociales, para conectar en los mismos parámetros que los hombres:

— Temas de conversación en común.

- Experiencias sociales compartidas.
- Vivencias laborales y sociales semejantes.
- Los hombres deben introducirse en el ámbito doméstico y/o afectivo para establecer las relaciones desde los mismos niveles que las mujeres:
 - Valorar las funciones “femeninas” en el hogar.
 - Descubrir su dimensión afectiva.
 - Acercarse al “mundo de las mujeres”.

La combinación de ambos movimientos permitirá la igualdad en las relaciones conyugales. Afirmación ésta que si bien tiene validez a nivel teórico, en la práctica resulta muy difícil de conseguir. Con esto queremos decir que la realidad y la experiencia es mucho más complicada que los paradigmas culturales que se pueden ofrecer a las mujeres. En primer lugar porque las circunstancias de cada mujer son muy diferentes, y en segundo porque el movimiento masculino se está dando a un ritmo mucho más lento que el de las mujeres.

Al igual que en las aportaciones anteriores, el colectivo formado por las mujeres que tienen empleo externo o gozan de un alto status, estará en mejores condiciones que aquellas que se definen como amas de casa o carecen de ese status:

- Con empleo / Con status: La equiparación laboral en un caso, y la cultura y el status económico en el otro, están favoreciendo la fortaleza femenina. Tienen más libertad de acción y poder de concienciación. Las diferencias con el varón se encuentran muy reducidas y eso permite unas relaciones conyugales más equilibradas.
- Sin empleo / Sin status: La dependencia económica del marido sea porque la mujer no trabaja o porque tiene un empleo precario, está condicionando las relaciones conyugales. Para ellas, es muy difícil acceder a un mundo social cuando se sienten obligadas a desempeñar los roles tradicionales de las mujeres.

Todo indica que las relaciones conyugales son la dimensión más difícil donde lograr la igualdad, precisamente porque se constituyen desde parámetros menos tangibles, más en consonancia con el mundo de los afectos, aprecio y valoraciones. En este sentido se equipararía a la emancipación del concepto de maternidad, pero la diferencia radica en que aquí se hace casi imprescindible la participación de los hombres, y con respecto a la maternidad es un proceso más personal.

La salida que tienen las mujeres es la separación del marido en algunos casos y el quedarse solteras en otros, de ahí el incremento estadístico que se ha producido en ambos fenómenos. Pero sin llegar a determinaciones de esta índole, sí podemos apreciar otro conjunto de estrategias que tienden a una mayor igualdad en las relaciones; para desarrollarlas vamos a recurrir a las tres tipologías que hemos establecido en otros apartados:

AMAS DE CASA

- Su reivindicación para la igualdad en la pareja irá en la línea de evitar el riesgo de ser tratadas como “esclavas”, “no productivas”.

- Por ello, se hace necesario el reconocimiento de las funciones que desempeña dentro del hogar como paso previo a una convivencia más igualatoria, a unas relaciones afectivas, sexuales y de consideración más plenas.

EMPLEO LABORAL

- El mayor riesgo es canalizar las relaciones en el exterior, es decir, centrarse en la satisfacción laboral como vía de reconocimiento y omitir la equiparación en las relaciones de pareja. Sería la reproducción del comportamiento masculino tradicional.
- La estrategia radicaría precisamente en intentar frenar ese riesgo, permitiendo que la mayor autonomía socio-laboral repercutiese en ambos miembros de la pareja, no sólo en las mujeres. La equiparación de roles externos es la situación que más fácilmente puede neutralizar los desequilibrios tradicionales de la pareja.

CON FORMACIÓN Y EN PARO

- El riesgo de este colectivo es el consolidar unas relaciones desde el rol tradicional de ama de casa, con lo cual automáticamente los hombres tienden a reproducir los esquemas de comportamiento clásicos.
- La estrategia será la de huir de ese encasillamiento, constituirse como ama de casa moderna que tiene unas inquietudes, expectativas e ideales que puede compartir con el marido. El acceso a la formación le permite introducirse en otras dimensiones sociales desde las que autorrealizarse y complementarse con el marido.

Establecer pautas sobre las relaciones conyugales es tarea difícil porque nos movemos en el mundo de lo íntimo, en un territorio de afectividad, valoración y respeto que pertenece a lo privado. Ahí cada pareja tiene establecidos sus propios códigos de comportamiento.

No obstante, hay un aspecto que resulta esencial y que sí merece nuestra consideración: la sexualidad. Es un tema que está en la base de las relaciones de pareja y mediante el cual, las mujeres han logrado grandes cotas de emancipación, tanto personal como relacional:

- El conocimiento de la capacidad de gozar sexualmente que se ha extendido con el movimiento cultural feminista, ha permitido ser más consciente del propio cuerpo y del papel que puede desempeñar en las relaciones de pareja.
- Ha evidenciado al hombre de que las relaciones sexuales compartidas son más satisfactorias que los esquemas tradicionales. Ha fomentado un disfrute de pareja más pleno.
- El despojarse del carácter de tabú que poseía, le ha dotado de mayor realidad y, por tanto, de mayor responsabilidad y decisiones más en consonancia con la vida de la pareja.

La sexualidad se ha constituido como un paradigma referencial importante para transformar las actitudes, valoraciones y afectividades dentro de la pareja. A raíz de los cambios producidos en la sexualidad, se pueden reconvertir otras facetas; porque no debemos olvidar que el sexo es una expresión significativa del tono vital de las relaciones conyugales.

En este sentido, todavía resta mucha labor por hacer, sobre todo en las generaciones educadas en esquemas tradicionales. Opiniones que confirman estas carencias son:

“Las mujeres siempre evadiéndose”.

“Si el hombre dice ya, es ya, en cambio tú no puedes”.

“Si te toca el típico de aquí te pillo aquí te mato, no gusta a nadie”.

“Ellos van a lo suyo no a lo que a ti te gusta”.

“Tú le dices que no y el insiste hasta salirse con la suya. Muchas veces te dejas por no aguantarle”.

“El único contacto físico que tiene el hombre es a través del sexo”.

“Hasta que las mujeres nos hemos enterado de la sexualidad...”

En la sexualidad se ponen muchas cosas en juego y se expresan actitudes personales, por lo que serían necesarias pautas culturales que permitiesen a las mujeres una autoconsciencia, en orden a emanciparse en algo tan íntimo.

Por último, vamos a analizar el proceso que están llevando a cabo los hombres en cuanto a las relaciones conyugales. El primer aspecto a mencionar es que en esta dimensión, al igual que en otras, se encuentra más anquilosado que las mujeres; el proceso de concienciación únicamente se está dando a niveles muy superficiales.

Si segmentamos el grado de concienciación en tres niveles, la mayoría de los hombres se encontrarían a caballo entre el primero y el segundo, pero sin llegar al último que es donde verdaderamente se produce el cambio:

PLANTEAMIENTO RACIONAL: Centrar la atención en la relación

- Entender y comprender que la relación conyugal existe y que hay que cuidarla y desarrollarla.
- Apreciar la desigualdad siendo permeable a las demandas.
- Hacerse cargo de sus funciones, responsabilizarse.

PLANTEAMIENTO FUNCIONAL: Dedicarle más tiempo a las mujeres

- Ser capaz de compartir momentos (ayudar, colaborar).
- Ser capaz de comunicar y expresar vivencias.
- Ser capaz de permitir que las mujeres desarrollen su personalidad.

PLANTEAMIENTO EMOCIONAL: Dedicarle más tiempo a la relación

- Asumir que la relación es cosa de dos, un proyecto común.
- Redescubrir y expresar la sensibilidad y la afectividad.
- Desarrollar la empatía, la capacidad de ponerse en el lugar del otro.
- Implicarse vivencialmente en la relación.

3

MUJERES Y ÁMBITO LABORAL

Al hablar de ámbito laboral nos enfrentamos con una de las áreas que más relevancia ha tenido en lo que a la evolución de la situación de las mujeres se refiere.

Sin duda alguna, la todavía reciente incorporación de las mujeres al mundo del trabajo ha desatado una revolución social y política que aunque en toda su magnitud escapa al objeto de nuestro análisis, sí nos atañe en cuanto a las opiniones y vivencias que los/as participantes en el estudio nos han transmitido.

A efectos de segmentar adecuadamente la información relacionada con esta área, hemos considerado oportuno y clarificador la diferenciación de los siguientes puntos en nuestra exposición.

- Percepción y valoración del mundo laboral.
- Análisis intergeneracional: evolución.
- Situaciones de conflicto.
- Los hombres frente al trabajo de las mujeres.

PERCEPCIÓN Y VALORACIÓN DEL MUNDO LABORAL

3.1

La prontitud con que en el discurso social surge el área laboral al plantearse el tema de la situación global actual de las mujeres, parece obedecer a dos tipos de razones:

- Por un lado, la menor implicación personal y emocional (frente a la situación familiar o de pareja) que soporta el mundo del trabajo, y que por tanto, facilita la manifestación de vivencias respecto al mismo.
- Por otro su constitución como elemento de referenciación social más evidente y presente a menudo en los medios de comunicación.

Debemos considerar este apartado casi como si de una introducción se tratara, ya que nos limitaremos a una exposición de cómo se percibe la situación actual de las mujeres en este ámbito, dejando las causas y respuestas para un posterior análisis.

En este sentido, lo primero que llama la atención es la unanimidad y contundencia con que se expresa lo que definiría esencialmente la situación actual de las mujeres laboralmente hablando. Y es que a pesar del reconocimiento que los participantes de ambos sexos realizan del progreso experimentado por las mujeres en cuanto a su paulatina incorporación al ámbito laboral, el concepto de discriminación emerge, como representación central de dicha situación

La discriminación como elemento que define el mundo laboral femenino.

Discriminación, claro está, en cuanto a la desigualdad existente entre hombres y mujeres, no de forma figurada sino concretizando en estas tres áreas evidentes:

- Oportunidades.

- Económica.
- Acoso sexual.

Respecto a las diferencias en oportunidades se alude no sólo a las notables dificultades que manifiestan las mujeres a nivel de acceso al puesto de trabajo sino igualmente a las barreras con que se encuentran de cara a su mantenimiento y promoción.

- Acceso: Mayor facilidad para los hombres especialmente en la empresa privada.
- Mantenimiento: Necesidad continua de demostrar.
- Promoción: Notables dificultades para obtener ascensos.

(“Te exigen más que a un hombre; por ser mujer te cierran puertas; tienes que demostrar que sabes más que los hombres...”).

Al margen de capacidades, actitudes y cualidades —en las que posteriormente profundizaremos— dentro del colectivo de mujeres, nos encontramos con una percepción fuertemente homogénea de lo que acaece en este ámbito, sin que se produzcan dispersiones de opinión en función de variables como la edad o grado de formación.

Sin embargo y a pesar de que los datos estadísticos (población femenina activa y en puestos de responsabilidad) nos muestran de forma evidente la inferioridad de la situación de las mujeres, desde el punto de vista del colectivo masculino se trata de un tema excesivamente magnificado.

Por otro lado, el elevado número de mujeres presentes actualmente en ámbitos con fuerte imagen pública —nos referimos principalmente a la administración—, se utiliza como alegato para negar o al menos minimizar la queja presentada por el colectivo opuesto. Es decir, que lo que para las mujeres constituye una constatación de sus capacidades (mayor número de plazas conseguidas en situaciones objetivamente igualitarias), para los hombres supone un arma defensiva frente a la acusación de actitudes discriminatorias.

No obstante, hemos de hacer una salvedad ya que dentro de las generaciones más jóvenes quienes ostentan posturas más progresistas —generalmente hombres solteros— no sólo comparten la opinión de las mujeres sino que incluso llegan a exhibir reacciones tan exaltadas como éstas.

En lo que se refiere a discriminación en el terreno económico tiene lugar un notable acercamiento en la opinión que mantienen ambos sexos, produciéndose un reconocimiento expreso de su existencia.

A pesar de la “picaresca” que se observa pueden utilizar los empleadores (establecimiento de más categorías para los hombres, pluses determinados...), se trata de acciones factibles de objetivar y, por tanto, externamente demostrables.

Así pues, en ningún momento se presentan argumentos que pueden justificar la desigualdad de salarios cuando dos personas realizan un mismo trabajo, por lo que tiene lugar un rechazo manifiesto de esta actitud discriminatoria.

No obstante, y aun tomando en consideración que en el informe presentado por Emakunde en 1992 se presentan diferencias estadísticas significativas en cuanto al salario percibido por hombres y mujeres, no aparece ninguna referencia concreta a que en la realidad de las mujeres entrevistadas, o de sus conocidos/as, haya existido esa discriminación. Normalmente se des-

plazan a sectores concretos donde el activismo sindical puede estar más desarrollado (industrial, manufacturas, etc.).

Esta “minimización” del problema desde la experiencia, no es óbice para que el discurso social lo siga considerando como un aspecto preocupante. El que no se tenga conocimiento de casos concretos no implica que estos no se den. Dos razones fundamentales para que adquiera tanta fuerza en el consciente colectivo son:

- En primer lugar la responsabilidad de la acción no se relaciona con la actitud que puedan demostrar hombres y mujeres, sino que recae exclusivamente en el empresario.

Sin duda, la exención de culpas facilita el reconocimiento y reflexión sobre este tipo de discriminación.

- En segundo lugar, las recientes sentencias difundidas de forma notable por los medios de comunicación, han encontrado un fuerte eco social, lo que ha promovido un proceso de refuerzo y magnificación de la idea de desigualdad económica.

Es decir, se ha potenciado el discurso social sobre el tema lo que, lógicamente, se reproduce en los grupos de discusión y entrevistas realizadas.

Por último, se señala el acoso sexual como otro factor de discriminación en el trabajo. El cumplimiento de las normas sociales de las mujeres en su relación con los hombres (arreglarse, gustar, simpatía...) se interpreta por estos, dentro del ámbito laboral, como una disponibilidad sexual aunque sea de forma simbólica.

Las dificultades que las mujeres encuentran para explicar la existencia de estas actitudes (agradables en sí mismas, pero malinterpretadas socialmente como provocación) les impide tratar y profundizar excesivamente en el tema. Sí se expresan por el contrario, las limitaciones que se tienen a la hora de denunciarlas, ya que se infiere que normalmente el acosador es el empleador, y por tanto se pondría en peligro el puesto de trabajo.

Aunque sin ahondar tampoco en la materia, curiosamente son los hombres quienes lo tienen más presente a la hora de hablar de discriminación laboral, lo que creemos puede obedecer al componente “morboso” que sustenta el mismo.

Por último, señalar que al igual que ocurría en el caso de desigualdad económica, tanto hombres como mujeres sospechan que el problema tiene una mayor incidencia en sectores muy determinados y de bajo status (hostelería, pequeña empresa del sector industrial...).

ANÁLISIS INTERGENERACIONAL: EVOLUCIÓN

3.2

Al hablar de análisis intergeneracional y evolución nos hemos de referir a dos aspectos diferenciados pero que mantienen una relación muy estrecha:

- Evolución de la situación social.
- Evolución generacional de las mujeres.

Respecto a los cambios producidos a nivel social/contextual queremos hacer referencia a los diferentes campos que las mujeres han ido o tratan de conquistar en su camino hacia la igualdad.

En este sentido, el discurso social lleva al establecimiento de tres cotas de desarrollo que se interconectan de manera evolutiva, a saber: educación, acceso a la cultura/formación, acceso al mundo laboral.

- Educación como base del proceso no en un sentido cultural sino más bien formativo de la persona. La opinión mayoritaria es que no se ha llegado a lo que se denomina coeducación, aunque se es consciente de los grandes progresos que ha habido en este sentido, preferentemente en la escuela.

Paradójicamente, son las mujeres las que más han avanzado en este camino, ya que mientras desde la madre han sido educadas en sus funciones tradicionales, desde distintos ámbitos lo han sido en áreas tradicionalmente masculinas. Lo que como señalábamos, constituye la base necesaria para transmitir a las mujeres la motivación y empuje necesarios para su desarrollo posterior en el ámbito laboral.

El problema surge cuando las mujeres se hacen conscientes de que en este proceso de “doble educación” se han dejado fuera a los hombres, lo que se convertirá en fuente de continuos conflictos.

- El segundo paso en este proceso evolutivo lo constituye el aspecto formativo, es decir, el acceso al mundo de la universidad y la cultura con mayúsculas y que ha supuesto una auténtica revolución en cuanto a la consideración social de las mujeres. Y no sólo en cuanto a su acceso en sentido cuantitativo, sino que cualitativamente hablando se ha ido introduciendo en una gran diversidad de áreas, hasta llegar a constituirse de forma mayoritaria su presencia en este ámbito como un derecho “cuasinatural”.

Se detecta un acuerdo total en la idea de que: el acceso al mundo de la formación y la cultura se constituye como un trampolín imprescindible para que las mujeres alcancen una posición igualitaria respecto a la de los hombres en el ámbito profesional.

“La balanza se está equilibrando porque casi todas las mujeres estudian y además son las que mejores notas sacan; la educación es muy importante”.

(Reunión mujeres 31-45 años. Donostia)

Más aún, el notable rendimiento que las mujeres están demostrando en su formación académica, no sólo actúa como un elemento de autorrefuerzo y autovaloración, sino que se ha convertido en el arma irrefutable por excelencia, de cara a la constatación de sus capacidades.

- Por último nos encontramos con el paso definitivo, el acceso al mundo laboral. A pesar de las dificultades que tiene el colectivo masculino a la hora de reconocer las desigualdades en oportunidades que sufren las mujeres, se pone de relieve una conciencia general de que existe un bloqueo entre formación y desarrollo profesional.

“La educación que reciben hoy día las chicas está destinada a que sean autosuficientes, pero una cosa es la educación y otra que al saltar al ruedo nos sirva para algo”.

(Reunión hombres 46-60 años. Donostia)

Aunque de forma teórica se reconozcan las capacidades que poseen las mujeres, el paso a la práctica genera una serie de conflictos que hoy por hoy todavía no han sido superados.

De todas formas, la consideración de incorporación al mundo laboral como un proceso evolutivo, y la todavía reciente incorporación masiva de las mujeres al ámbito laboral, conducen a la idea de que nos situamos ante un procedimiento inacabado con una gran perspectiva de progreso.

EVOLUCIÓN GENERACIONAL DE LAS MUJERES

3.2.2

Si realizamos un cruce entre la evolución social anteriormente descrita y cómo les ha tocado vivir a las mujeres ese proceso, vemos que en función de la generación a que pertenezca la situación ha sido radicalmente distinta.

- Generación mayor: Pueden teorizar sobre las situaciones laborales, pero su realidad es que se han quedado fuera del proceso evolutivo. Su incorporación al mundo laboral es especialmente conflictiva al no haber podido acceder a una formación consistente y a una educación que canalizase las expectativas de desarrollo en el trabajo.
- Generación intermedia: A medio camino entre las mayores y las jóvenes se entremezclan entre ambas generaciones. No han accedido a la educación (1.^{er} paso) pero son las pioneras en la entrada a la formación, aunque tampoco de forma masiva.
- Generación joven: Su vivencia señala el desarrollo que está llevando el proceso femenino; es decir, a pesar de núcleo formativo y educativo se sitúan en una posición difícil ya que van a ser las que experimenten de forma más profunda la grieta que se presenta a la hora de acceder al mundo laboral.
- Generación “futura”: Aunque sea un camino difícil, de forma global se proyecta que serán quienes accedan a todo este proceso evolutivo de forma natural y en igualdad de condiciones que el varón.

La posición que ocupen las mujeres en este procedimiento va a condicionar no sólo su situación laboral actual sino también sus actitudes, motivaciones y expectativas ante la misma.

Tal como señalábamos, las mujeres en edad intermedia participan tanto de la generación predecesora como de la posterior; de ahí que podamos señalar los dos polos del proceso como el “antes” y el “ahora”, siendo esa generación la que ha tenido que compaginar la influencia de ambas:

ANTES: El trabajo externo no formaba parte de las expectativas.

(“Tu carrera era la familiar, no la profesional”).

AHORA: El trabajo externo se integra en el desarrollo de la mujer.

(“La carrera profesional es base de la autorrealización”).

Las mujeres de la generación mayor van a estar fuertemente condicionadas por el hecho de no haber gozado de una educación igualitaria tanto a nivel personal como cultural y laboral.

A las mujeres que no han sido preparadas para trabajos al margen de los puramente domésticos, les ha frenado el volcar sus energías en acceder a ese mundo profesional que era patrimonio de los hombres. Sin embargo, es una generación que sí pudo tener experiencias laborales previas al matrimonio, pero sobre todo, que se plantea la posibilidad de trabajar una vez que los/as hijos/as van siendo mayores. Esa inquietud aparece como una constante en el discurso si no a nivel práctico sí a nivel de expectativas.

Así, y en función de la situación familiar/personal que atraviesen las mujeres de esta edad, van a ser tres los motivos que esgriman para fundamentar su aspiración de entrada al mundo laboral:

- Necesidad económica.
- Necesidad de relación social.
- Necesidad de independencia.

Al margen de carencias económicas, que no admiten discusión alguna, el lastre que arrastran desde su posición de esposas/madres y amas de casa tradicionales, despierta en estas mujeres una necesidad casi visceral y psicológica de salir de sus casas.

Pero, ¿cuáles son los factores que alimentan las expectativas para desear la incorporación al ámbito laboral? ¿Qué carencias o frustraciones concretas intentan cubrir?

Aunque en el discurso social surge reiteradamente el término autorrealización como meta y logro principal, a menudo las participantes son incapaces de dotar de significado a la palabra. Su utilización parece obedecer a un discurso racional y estereotipado, dando respuesta con ello a lo que socialmente se espera de las mujeres.

Sin embargo, las mujeres sí son capaces de dar contenido a sus motivaciones desde una perspectiva mucho más emocional. En este sentido son dos razones intrínsecamente relacionadas con los roles tradicionales desarrollados por las mujeres los que se ponen en juego:

- El vacío dejado por la marcha de los/as hijos/as que se transforma en una necesidad de relación social.
- La esperanza de liberarse así de la presión encadenante a la que ha estado sometida por su marido.

“Si tienes trabajo y tienes problemas tienes donde recurrir y qué hacer; si no, tienes que aguantar al marido como sea”.

(Reunión mujeres 31-45 años. Azpeitia)

“Cambia la forma de discutir con tu marido porque le puedes decir que traes a casa; puedes enfrentarte más a él”.

(Reunión mujeres 46-60 años. Bermeo)

Paradójicamente la coyuntura actual de crisis ha favorecido, al menos de forma figurada (no podemos olvidarnos de las cifras de paro) la posibilidad de que las mujeres accedan al mundo laboral, ya que racionalmente al marido no le quedará más salida que ser permisivo. Es decir,

que al amparo de la retribución económica, el trabajo se constituye para las mujeres como la excusa perfecta de canalización de sus deseos.

Frente a este argumento, tiene perfecta cabida el contrario: la crisis económica perjudica a las mujeres en base a la situación laboral que tradicionalmente las caracteriza. Si en unas circunstancias de desarrollo económico han tenido dificultades de acceder a puestos de trabajo, en época de crisis les resultará más difícil.

Un hecho que actualmente está tiranizando la relación mujer-trabajo, es la pretensión de algunos sectores de diferenciar las cifras de paro entre el colectivo masculino y femenino, dando a entender sutilmente que cualitativamente es más alarmante un hombre en paro que una mujer. Ello en base a los estereotipos de ser el “cabeza de familia” o el “sustentador económico”.

La coyuntura de crisis no facilita por tanto la incorporación de las mujeres al trabajo externo, sino que lo que está provocando es que haya familias donde las mujeres tengan que insertarse en el mundo laboral sumergido para aportar un apoyo económico a la familia. Su acceso no es al mundo laboral con mayúsculas.

Respecto a la generación joven, nos vamos a encontrar que es la posibilidad de formación la que condiciona el significado que para ellas adquiere el acceso al mundo laboral. La necesidad de dar salida a una tarea de formación, que no sólo ha durado años sino que ha ocupado el mayor tiempo del que disponía, determina el valor que adquiere el trabajo como vía básica de autovaloración y autorrealización.

“¿Cómo puede, no ya una mujer sino una persona que ha ido a la universidad o a F.P., terminar y quedarse en casa? ¿Qué hace con todo eso?...Es impensable que una chica así se convierta en ama de casa”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbo)

No se trata solamente de canalizar satisfactoriamente las expectativas generadas durante el período académico, sino que de forma quizá menos evidente se adivinan otra serie de motivaciones:

- La percepción poco agradable que se tiene normalmente de la situación sufrida por la madre, unido a la consigna que ésta transmite a la hija para que se valga por sí misma, lleva a una necesidad tanto racional como emocional de alejarse de roles tradicionales.
- Su autovaloración y valoración externa van a precisar forzosamente del prestigio social que automáticamente adquieren las mujeres que trabajan (o alejarse de la desconsideración social que viven las mujeres que no trabajan).
- Llegar a una posición igualitaria con los hombres lleva, entre otras cosas, ser capaz de competir con ellos en su mismas áreas, y más cuando éstas son todavía consideradas como “su terreno”.

“Cuando una sale fuera, encuentra un mundo personal donde canalizar muchas energías que te van a reportar muchas satisfacciones; te valoras más”.

(Reunión mujeres 31-45 años. Donostia)

En definitiva, aun cuando las mujeres sean madres, esposas o amas de casa, el trabajo fuera del hogar les dota, o al menos así lo sienten ellas, de una identidad femenina moderna externa de lecturas peyorativas.

La generación joven está necesitada de una proyección laboral: como forma de dar salida a la formación recibida y como forma de adquirir una identidad femenina moderna.

SITUACIONES DE CONFLICTO

3.3

Una vez clarificada la percepción, motivaciones y evolución que han vivido las mujeres en lo que respecta al mundo del trabajo, se hace preceptivo intentar indagar en cuáles son las actitudes y circunstancias que han promovido los conflictos.

Como veremos, la coyuntura que se nos presenta no responde a un esquema de causa-efecto, sino que entran en juego una diversidad de variables que estructuran un mundo conflictivo.

En función de la información originada en los grupos, hemos establecido la siguiente relación de situaciones potencialmente conflictivas:

- Maternidad.
- El sistema de valores.
- Las actitudes.

MATERNIDAD

3.3.1

Para las mujeres trabajadoras la posibilidad de ser madres puede generar un doble conflicto: uno de carácter interno que emana, en parte, de ellas mismas y otro más externo que se relaciona con las repercusiones que pueda tener en sus puestos de trabajo.

Por un lado, aunque la maternidad va perdiendo, especialmente para las mujeres jóvenes, ese carácter único y mítico de justificación de la vida de una mujer, lógicamente sigue considerándose como un valor de autorrealización y enriquecedor de la vida personal.

Por otro lado, no podemos olvidar que la realización profesional forma parte cada vez más de la esencialidad de las mujeres, por lo que la determinación tradicional de abandonar el puesto de trabajo no parece factible hoy día, o al menos exenta de problemas.

Aun cuando cada vez se retrasa más el momento y se tiene un número menor de hijos/as, llega un período de la vida en que las mujeres normalmente sienten el deseo o se encuentran con la realidad de ser madre.

¿Qué tipo de decisiones pueden tomar las mujeres en este momento? ¿Hasta qué punto son decisiones libres? ¿Qué repercusiones personales y sociales puede acarrear la determinación tomada?

La lucha que de forma íntima tienen las mujeres entre ser una “buena madre” y ser “buena profesional” las sitúa en una situación compleja y llena de contradicciones, de la que si bien no tenemos datos cuantificables, sí los tenemos vivenciales.

A las mujeres se les presiona para que sean madres, se les presiona para que trabajen, pero nadie les ha enseñado cómo conseguir conciliar ambos mundos sin tener la sensación —o realidad— de que se abandona uno de ellos.

Hoy por hoy la maternidad se constituye como un fuerte obstáculo cara al desarrollo profesional de las mujeres tanto en su acceso y mantenimiento como promoción.

“Si les dices que estás casada y con niños pequeños no te contratan”.

“En la empresa no interesa la mujer que tiene hijos”.

“La maternidad es algo que miran mucho cuando tienes empleo”...

La maternidad frena la proyección profesional de la mujer.

Desde el punto de vista del empleador, la maternidad se constituye como un grave problema de orden económico para la empresa en varios sentidos:

- Coste económico de los cuatro meses de baja por parto, ya que se hace preciso contratar a otra persona.
- Menor rendimiento debido a los trastornos del embarazo y la preocupación por los/as hijos/as.
- Absentismo laboral debido a la lactancia o las enfermedades/problemas de los/as hijos/as. (“La constante preocupación de las madres”).

Y no sólo se trata de cerrar su acceso o promoción, sino que como podemos deducir de lo expuesto tiene lugar un fuerte cuestionamiento de su capacidad de trabajo y por ende, de su rol profesional.

La maternidad diluye el valor profesional de la mujer.

Las soluciones propuestas hasta el momento por parte de las Instituciones, tales como la posibilidad de reparto de la baja por maternidad entre hombre y mujer, no se consideran suficientes:

- No atacan el problema en su fondo; suponen simplemente un parche.
- Sólo actúan en una de las áreas del conflicto; se trata de algo mucho más complejo.
- Hoy por hoy, parece que ni los hombres están dispuestos a abandonar su trabajo ni las mujeres se sienten cómodas dejando al niño/a con el padre.

Por otro lado, los recursos que de forma personal pueden utilizar las mujeres —abandono del trabajo, renuncia a la maternidad— tampoco parecen la vida idónea ya que más que superar el conflicto lo que hacen es esquivar una de sus partes, con lo que se da pie a que se generen otros nuevos.

El estado psicológico en que quedan las mujeres que se ven o se sienten obligadas a este abandono no genera “preocupaciones” de índole social, ya que:

- Por un lado no se crean problemas para el sistema económico: las mujeres van a ser sustituidas sin problemas por otro/a trabajador/a.
- Por otro, la tendencia social mayoritaria a considerarla una “madraza” por encima de todo, lleva a la idea de que va a poder sustituir fácilmente (como ocurría en el pasado) su realización profesional con su realización como madre.

Si para la generación mayor ésta era una determinación casi natural que no parecía generar conflictos internos, para las mujeres de hoy en día se trata de una decisión forzada que conduce a una triste actitud de “resignación”.

Lo que nos hace plantearnos que no sólo no se ha avanzado en este sentido, sino que la mayor “infelicidad” de las mujeres que toman decisiones como ésta, alude a un preocupante (y disfrazado) retroceso hacia el camino de la igualdad.

Respecto a la renuncia a la maternidad como posible solución ante el conflicto, se pone de manifiesto la sospecha de que si bien no es una actitud mayoritaria en el presente, está poco a poco alcanzando proporciones un tanto preocupantes.

Tanto si se trata de una determinación personal como impuesta por la empresa bajo encubierta amenaza de despido, en ningún caso se plantea como una decisión libre, y por tanto, una vez más va a ser fuente de conflictos internos.

La sensación de impotencia y frustración que produce en las mujeres la no realización como madre cuando existe un deseo previo, provoca en las mujeres un sentimiento consciente de derrota, que les hace incluso cuestionarse el valor de los logros alcanzados hasta el momento.

“Si antes estabas presionada por el marido y ahora quieres ser madre y no puedes ¿en qué hemos cambiado?”.

(Reunión mujeres 17-30 años. Bilbo)

Al contrario de lo que ocurría en el caso anterior, la renuncia a la maternidad encuentra un fuerte eco social ya que existe cada vez una mayor conciencia del inquietante y progresivo envejecimiento de la población que hoy ya vivimos.

En este sentido tiene lugar una movilización al menos intelectual, tanto en el colectivo masculino como femenino, que llevará a una demanda social de medidas que ayuden a paliar el problema.

“Hay un problema de envejecimiento de la población; si la mujer no puede tener hijos, dentro de 10 años vamos a tener un grave problema y no estamos haciendo nada”.

(Reunión hombres 31-45 años. Bilbo)

Por tanto, según el criterio de las participantes nos enfrentamos a un arduo problema, que de no atajarse desde el presente, puede tener difíciles complicaciones de resolución en un futuro que no se ve tan lejano.

EL SISTEMA DE VALORES

3.3.2

La segmentación que se realiza entre valores masculinos y femeninos se constituye como otra de las variables fundamentales generadoras de conflictos en el ámbito laboral.

La diferenciación tradicional entre trabajos de hombres y de mujeres no se ha establecido de forma gratuita, sino que responde en parte al mantenimiento del sistema de valores, aceptado e introyectado de forma tanto personal como social, y por tanto, hondamente consolidado.

Se trata ésta de una idea que hemos de tener continuamente presente a lo largo de este análisis, ya que va a ser la base de gran parte de las actitudes con que nos encontremos.

La diversificación sexual de funciones y aptitudes que se establecen, se estructura en torno a dos áreas diferenciadas:

- Lo biológico.
- Lo social.

Al margen de la maternidad (de la que ya hemos hablado en el punto anterior), a nivel biológico va a ser la fuerza física la variable que se utiliza para discriminar entre trabajos de hombre y de mujer. Las diferencias biológicas “objetivales” entre ambos sexos se utilizan como argumento irrefutable que alude a la inferioridad de las mujeres en este campo, y por tanto a su menor capacidad o imposibilidad para desarrollar determinados trabajos.

Aunque sólo afecte a funciones consideradas de bajo status, que generalmente nadie desea, los hombres lo van a explotar como tesis desestabilizadora de la idea de igualdad.

La actitud de las mujeres ante este hecho va a depender en gran medida de las circunstancias educativas que haya tenido.

- Para la generación mayor y/o quienes no gozan de una alta formación, esa supuesta inferioridad no se siente como tal, sino como una incapacidad natural y aceptada de forma no traumática para desarrollar algunos trabajos.
- Para ellas, igual que las mujeres tienen esta limitación de índole físico, los hombres tienen otras como, por ejemplo, no poder engendrar vida.
- Para las más jóvenes y/o las que tienen un buen nivel de formación, supone un importante obstáculo presente en el camino hacia la igualdad.
- En este sentido se pone de manifiesto, aunque sólo sea de forma teórica, una actitud casi quijotesca de tener que demostrar como sea y pese a quien pese la capacidad de las mujeres para desarrollar cualquier trabajo por muy duro que sea.

La fuerza física es un argumento que aun empleándose para reforzar la discriminación laboral de las mujeres, empieza a perder consistencia. Ello en base a que no es tan necesaria hoy en día en los puestos de trabajo. Las máquinas y los robots están supliendo buena parte del esfuerzo que antiguamente tenían que realizar los operarios; quedan muy pocos sectores por tanto donde sea un factor determinante en la selección de candidatos/as o en la ejecución de tareas.

Este relativismo evidente parece todavía resistirse a ser incorporado en el discurso masculino, no así en algunos sectores femeninos que lo utilizan para evidenciar que no hay razones para la diferenciación laboral, máxime cuando lo más evidente como es lo físico no da lugar a ello.

Al aludir al área social nos referimos a aquellas ocupaciones que por tradición y costumbre han sido consideradas bien como masculinas bien como femeninas.

Se trata de segmentación difícilmente objetivable, porque no hay razón aparente para relacionar las características de un trabajo con supuestas aptitudes sexuales. Pero sin embargo, es algo que se encuentra muy presente en el discurso social cuando se habla de que hay trabajos que son más femeninos y otros que son más masculinos. Ello obedece a la extensión de los valores de género en el ámbito de lo laboral, vía educación, vía cultural y vía tradición.

Así curiosamente, los trabajos considerados como femeninos, constituyen una perpetuación simbólica de las funciones ancestrales de las mujeres. No presentan conflictos de no ser la resignación femenina de tener que circunscribirse siempre a los mismos patrones.

Limpieza _____	Limpiadora
Cuidadora _____	Enfermera
Educadora _____	Maestra
Esposa _____	Secretaria

La entrada en áreas dominadas siempre por hombres, y consideradas por tanto masculinas, es lo que va a generar una quiebra en el sistema de valores.

Cada grupo estructura su propia cultura, y en este caso lleva establecida demasiados años como para que el acceso de un elemento “extraño” no represente una amenaza de rotura de su cohesión interna.

En este sentido, sólo cabe plantearse dos posibles soluciones que puedan romper con este esquema:

- la representación asexuada de las mujeres y su consideración exclusiva como “ingeniero”, “bombero”, etc. Es decir, el desempeño aséptico de las funciones propias de cada trabajo sin poner de manifiesto los valores de género, o bien;
- que con el paso de sucesivas generaciones se quebrante el sistema cultural del grupo, sea por la incorporación masiva de las mujeres a todos los ámbitos, sea por la rotura progresiva del sistema vigente de valores a través de la educación.

Por otro lado y dentro igualmente del orden social, existen una serie de valores que tienen que ver con algo que venimos apuntando a lo largo del informe, la autorrealización.

Los hombres en su mayoría aceptan el modelo predominante de socialización que supone que un hombre es “lo que hace”, y que su identidad social y personal, entre otras variables, vienen determinadas por su ocupación.

La esencialidad del hombre se estructura exclusivamente en el campo profesional.

La carencia de responsabilidades de otro tipo, unido a la canalización de toda su energía y ambición en el ámbito laboral, potencia la existencia de una fuerte motivación para superarse continuamente.

A ello hay que añadir la todavía consideración social de los hombres como cabezas de familia, lo que incrementa el poder simbólico de su trabajo y una mayor valoración de su necesidad de trabajo.

Ambos factores van a actuar en detrimento de las mujeres en términos profesionales en la medida en que, “a priori” y casi por definición, los hombres no sólo van a saber desarrollar mejor un trabajo, sino que incluso parece que lo necesitan más.

Las soluciones a este conflicto apuntan de nuevo a una labor educativa a largo plazo, entendiéndola no como una labor externa de rotura de estereotipos, sino capaz de resquebrajar los sistemas de valores sociales hoy día vigentes.

Incluimos la actitud de las mujeres en este apartado ya que la falta de un modelo coherente de actuación a niveles medios y altos de ocupación se va a constituir como otra fuente de conflictos

Es evidente la ausencia de paradigmas para las mujeres profesionales en la vida actual; no existe un modelo aspiracional con la misma potencia que el modelo “madre” o el modelo “ama de casa”

Los estereotipos difundidos por los medios de comunicación hacen referencia a un modelo integrador de roles, la supermujer, que no convence a nadie:

- Se sitúa a un nivel excesivamente alto, por lo que genera más frustraciones que satisfacciones.
- Alude solamente a mujeres que ostentan una ocupación de alto nivel; se transmite el mensaje de que el triunfo sólo es posible en ese ámbito.
- Carece de personificación en la vida real; es simplemente un modelo socio-cultural fomentado desde la publicidad.

La organización del mundo laboral como un sistema piramidal, nos lleva a la consideración final de que son las relaciones de poder las que mueven los hilos de toda la problemática que venimos exponiendo. A grosso modo, diríamos que en la cúspide de esa pirámide se encuentran los hombres manejando los hilos, y en distintos escalones las mujeres intentando, en principio, romperlos.

El miedo que genera en los varones, no sólo que llegue a romperlos sino que las mujeres puedan algún día apoderarse del privilegiado lugar que ellos ocupan, genera no una postura defensiva pasiva, sino una actitud de ataque como defensa:

- Se le exige de forma continua una demostración de su capacitación profesional.
- Se le veta para puestos de responsabilidad alegando la “*distracción*” que generan sus otras funciones.
- Se le veta para puestos de responsabilidad alegando la “*distracción*” que generan sus otras funciones.
- Se interpreta su “humanidad” como debilidad propia de su género sexual.

Tal como señalábamos, la carencia de un modelo válido desde el que referenciarse lleva en ocasiones a mostrar actitudes que van a reportar escasos beneficios:

- Tendencia a la repetición de los esquemas de aprendizaje, reproduciendo conductas rígidas y de un alto nivel de exigencia.
- Necesidad de mostrar conductas “masculinas” como medio para generar respeto, lo que conduce a una ocultación —quizá no deseada— de su femineidad.

“Las mujeres tenemos un problema en el trabajo y es que si tienes otra mujer al lado no te ayuda porque a ella le ha costado mucho conseguir ese trabajo”.

(Reunión mujeres 31-45 años. Donostia)

Estas actitudes se convierten, sin embargo, en un arma de doble filo en la medida en que las estrategias que utiliza para defenderse son empleadas para su ataque.

- Para el varón suponen la constatación que necesitaba de la poca naturalidad y por tanto, de la poca “idoneidad” de las mujeres para desempeñar las funciones que los hombres llevan realizando de forma “innata”.
- Para el resto de mujeres, también representa un perfil no favorable ya que implica un enmascaramiento de su ser femenino. Esto genera una actitud crítica que desgraciadamente, sirve para fomentar un discurso negativo del colectivo masculino.

Se impone por tanto la necesidad de crear o potenciar un modelo real y comprometido, que sirva a las mujeres de guía efectiva para alcanzar el equilibrio que tanto demandan y necesitan.

LOS HOMBRES FRENTE AL TRABAJO DE LAS MUJERES

3.4

Aunque a nivel racional los hombres presentan una tendencia generalizada a ser complacientes con la idea de mujer trabajadora, es en su comportamiento cotidiano en el hogar y el trabajo, donde se van a poner de relieve sus verdaderas actitudes.

El proceso de incorporación de las mujeres al ámbito laboral no se efectúa de golpe, sino que lleva implícitas una serie de fases que licitan sucesivas demandas al colectivo masculino:

Primer paso: Apertura social.

Segundo paso: Aceptación.

Tercer paso: Cambio de actitudes.

Los avances femeninos están propulsados desde la necesidad de acceder a una esfera laboral, que es fundamental para su incorporación plena al mundo social. Por el contrario, los hombres tendrán una tendencia a resistirse a los cambios porque se encontrarán ante el hecho de modificar su statu quo; de ahí que suponga un lastre en el movimiento emancipatorio de las mujeres.

El hombre intenta poner frenos a cada nivel de emancipación conseguido por la mujer.

Con apertura social queremos hacer referencia al reconocimiento, por parte del colectivo masculino, del derecho de las mujeres a participar del mundo del trabajo; es decir, a la superación de los estereotipos que tradicionalmente han dominado este ámbito.

Pese a que no existen objeciones racionales, se constatan una serie de actitudes que tratan de desvirtuar la naturaleza de los objetivos que persiguen las mujeres. En este sentido se postula que:

- Deja de ser femenina porque intenta por todos los medios ser y actuar como un hombre.
- No trabaja por necesidad económica o psicológica sino para evadirse de la casa.

- Sus intenciones son egoístas ya que lo que quiere es ganar dinero para poder independizarse y tener más libertad.

Respecto al segundo paso que referíamos, la aceptación, aun cuando se llevaría a cabo desde la educación y formación, no está exenta tampoco de comportamientos obstaculizadores:

- Se reconoce que una mujer puede desarrollar un rol profesional, pero se parte de la base de que es necesario que lo demuestre.
- Se le acepta como compañera de trabajo, pero la relación que se establece va a estar contaminada por comportamientos sexistas.
- Se pone de relieve una notable dificultad para tolerar a una mujer como un superior; continuamente se cuestiona su capacidad para ser “jefa” o, mejor dicho, “mi jefa”.

El tercer y definitivo paso sería el cambio de actitud que necesariamente tienen que lograr los hombres para llegar a un sistema igualitario.

Sólo desde la constatación de los avances de las mujeres y su integración, no de forma relativa sino absoluta, puede alcanzarse el fin de este proceso.

Incluso los hombres que muestran una actitud más receptiva, poseen dificultades para dar un giro completo:

- El avance de las mujeres implica la existencia de una mayor competencia; subyace la idea de que las mujeres quitan puestos de trabajo a los hombres.
- No se trata sólo de asumir la capacidad en global de mujer, sino de que pueda incluso superar la de los hombres.
- Existe una necesidad evidente en los hombres de aprender nuevas actitudes, de evolucionar y transformar los comportamientos tradicionales, para llegar a la consideración de las mujeres como un igual en el terreno laboral.

4

MUJERES Y ÁMBITO DEL TIEMPO LIBRE

Antes de nada queremos resaltar un hecho que nos ha llamado la atención. A pesar del especial significado que el concepto de tiempo libre cobra en el mundo de las mujeres, se pone de relieve una notable carencia de discurso social sobre el tema.

Quizá sus exiguas connotaciones políticas y su consideración como un tema secundario a la hora de generar un discurso social, sean variables que afecten a esta situación. De hecho, al realizar el trabajo de campo nos hemos encontrado con que, si bien para un sector se constituye como un tema prioritario, para el resto adquiere un carácter residual en lo que al proceso de liberación de las mujeres se refiere.

Tras esta breve reflexión inicial, exponemos a continuación la estructura en la que nos vamos a apoyar a la hora de desarrollar nuestro análisis:

- Percepción y valoración del tiempo libre.
- Análisis intergeneracional.
- Situaciones de conflicto.
- Los hombres frente al tiempo libre de las mujeres.

PERCEPCIÓN Y VALORACIÓN DEL TIEMPO LIBRE

4.1

Previamente al análisis de lo que ocurre con el tiempo libre se hace preciso apuntar el conflicto que el concepto encierra en sí mismo. Porque ¿qué es tiempo libre?

En principio nos encontramos con tres referentes independientes desde los que se estructura el concepto:

- Nivel cultural.
- La tradición.
- Concepto juvenil.

Desde el punto de vista cultural tiempo libre tiene que ver con todo lo que implique un enriquecimiento personal; la lectura, ir a museos, escuchar buena música, etc. Alude a lo que podemos considerar como concepto elitista de tiempo libre.

Desde la tradición se hace referencia a los derechos del varón respecto al tiempo libre. En tanto que siempre ha trabajado fuera del hogar, puede y debe disponer de un tiempo libre que le permita desconectar de su preocupación laboral. El trabajo se constituye por tanto, como una licencia para poder acceder al tiempo libre.

Ambos referentes, cultural y tradición, constituyen lo que podríamos definir como concepto de tiempo libre productivo; que sirve para algo, con una finalidad objetivable y concreta.

Por último señalábamos la noción de tiempo libre que se genera desde la juventud. Es un concepto más lúdico que apunta a la idea de diversión, fiesta, locura, descontrol, acampada, juerga, etc., es decir, a la diversión por sí misma sin otro objetivo. Obviamente nos marca unas exigencias, ya que supone una total implicación en espíritu y tiempo de la persona.

Pero frente a estos referentes, ¿cómo se sitúan las mujeres? Con muchos problemas.

En lo que al nivel cultural se refiere, a excepción de las nuevas generaciones, su escaso nivel de formación le impide acceder de forma plena a este tipo de tiempo libre. De cualquier manera, tradicionalmente no se ha caracterizado por ello.

Respecto al segundo referente existe un problema de base, ya que mientras los hombres tienen estructurado su tiempo en fases diferenciadas, las mujeres no pueden diferenciar tiempos distintos, para ellas sus labores suponen un continuum. Incluso los fines de semana o los períodos de vacaciones siguen siendo tiempo de trabajo, de dedicación y atención a la familia. Esta organización circular de su tiempo fomenta que, aun cuando trabaje fuera del hogar, no disponga de un hueco definido que pueda estructurarse como tiempo libre.

Más aún, como señalábamos al analizar el tema del ámbito doméstico, una de las soluciones que se esgrimen para resolver las dificultades de emancipación del ama de casa era insertarse en el medio social, existiendo en el tiempo libre una clave fundamental para dar sentido a esa proyección social.

Las mujeres que trabajan tienen la posibilidad de emanciparse cultural y económicamente, pero para el ama de casa va a ser esencial lograr un pleno desarrollo en su tiempo libre.

El tiempo libre se constituye como la única vía que puede dotar de sentido a la identidad de la mujer separada de su ámbito doméstico.

Por último queremos hacer constatar un par de apreciaciones en torno al tema de la percepción y valoración del tiempo libre. La primera de ellas hace referencia a las actividades que según nos han manifestado realizan las mujeres en su tiempo libre:

- Pasear.
- Contemplar los acantilados.
- Echar la partida.
- Charlar con las amigas.
- Descansar.
- Ir a gimnasia.
- Coser.
- Ir a la playa.

Como podemos observar, las mujeres disfrutan de su tiempo libre de una forma mucho más sencilla de lo que serían las expectativas que desde fuera se les están marcando. Parece, por tanto que existe una falta de conexión entre la oferta y la demanda; entre lo que las mujeres desean para su tiempo libre y lo que la sociedad quiere o espera que hagan.

En segundo lugar, queremos hacer referencia a una serie de estereotipos que surgen de la diferente estimación que se realiza, dependiendo de si es un hombre o una mujer quien lleva a cabo la actividad, aun cuando ésta sea la misma. Así, por ejemplo:

- Andar en bicicleta:
 - Si es un hombre: “se está divirtiendo”.
 - Si es una mujer: “hace ejercicio para adelgazar”.

- Ir a una conferencia:
 - Si es un hombre: “tiene inquietud cultural”.
 - Si es una mujer: “no tiene nada mejor que hacer”.
- Ir a un espectáculo.
 - Si es un hombre: “disfruta”.
 - Si es una mujer: “va de acompañante”.

Nos situamos por tanto en otra área en la que de nuevo interfieren los valores tradicionales de género; es decir, el ámbito del tiempo libre también está contaminado con las diferencias de género, con el concepto de ser masculino y ser femenino que existe en la sociedad.

ANÁLISIS INTERGENERACIONAL

4.2

Tradicionalmente, el acceso al tiempo libre se ha constituido como un derecho masculino donde, por razones que escapan a nuestro análisis, le estaba vetada la entrada a la mujer.

La incorporación paulatina de las mujeres al ámbito laboral y el cambio de estructura organizativa social, le ha ido abriendo un camino hasta llegar al momento presente en el que, al menos de forma teórica, se reconoce el derecho de las mujeres a disfrutar de su tiempo libre.

En este sentido hemos de tomar en consideración la mayor disponibilidad cuantificable de tiempo libre que, dado su bajo nivel de responsabilidades se disfruta cuando se es joven. Sin embargo, no se pueden establecer paralelismos entre la situación actual y la pretérita dado que a esta última la coyuntura social existente obligaba a una incorporación temprana al ámbito del trabajo.

Por tanto, en todo momento debemos tener presente los diferentes puntos de partida a que se han visto expuestas las diferentes generaciones. Si bien las generaciones mayores se encuentran actualmente en medio de un proceso de reivindicación de ese tiempo libre, para las más jóvenes se trata de un derecho que de forma natural se asume ya como propio.

Así pues, el momento histórico-social que les haya tocado vivir y su situación personal actual, son factores que marcan de forma definitiva, las notables diferencias que se van a establecer en esta área entre las distintas generaciones.

ANTES: El tiempo libre era una parcela del hombre.

“Ni te planteabas salir si no era con tu marido”.

AHORA: El tiempo libre es un derecho natural tanto de la mujer como del hombre.

“La misma libertad que tu marido para hacer cualquier cosa que te propongas”.

Para la generación mayor el concepto de tiempo libre toma cuerpo por el crecimiento o abandono del hogar por parte de los hijos/as; repercute entre otras cosas en un enfrentamiento consigo misma.

El ambiente familiar y social y los recursos internos de que dispongan las mujeres, se constituyen como factores que condicionan en primera instancia la reacción ante esta novedosa situación.

En este sentido y aun dentro de una misma generación, nos encontramos con dos colectivos completamente distintos:

- Mujeres que toman una postura activa y positiva.
- Mujeres que adoptan una actitud de resignación.

Respecto a las primeras hemos de señalar que su reacción positiva radica en que el enfrentamiento al tiempo libre supone un redescubrimiento de sí mismas.

Su falta de acceso al mundo laboral o las condiciones de precariedad en que en todo caso lo han hecho, fomenta la conversión del tiempo libre en la fórmula idónea de autorrealización y autovaloración.

“Tienes que llenar tu tiempo y hacer cosas que siempre te hayan gustado cuando se van los hijos”.

“Haces lo que no has podido hacer durante el tiempo de madre”.

Se constituye por tanto como un tiempo individual dentro del contexto social y que se vive de forma muy personal; el marido formaría parte de otro concepto de tiempo libre.

El tiempo libre propio adquiere más valor que el que se comparte con el marido.

A pesar de que existen actividades que se realizan dentro del hogar, para que las mujeres las sientan como parte de su proyecto de autorrealización tienen que cumplir la condición de desarrollarse fuera del mismo. Se necesita la constatación de que se está haciendo algo especial.

En cuanto al tipo de actividades, se agrupan en torno a dos ejes diferenciados:

- De índole formativo.
- De carácter recreativo.

La tendencia prestigiosa más extendida —que lógicamente coincide con la oferta— es a la realización de tareas formativas, entendiéndose como tal, todas aquellas capaces de enriquecer de forma objetiva a la persona.

Lo que llama la atención es la naturaleza de este tipo de actividades, ya que:

- o bien son de orden didáctico.

Es decir tratan de llenar las lagunas culturales de las mujeres de esta generación (graduado escolar, idiomas...),

- o bien se presentan como una perpetuación simbólica de las funciones desarrolladas por las mujeres en el hogar: macramé, cocina, decoración, etc.

No queremos decir con esto que carezcan de valor para las mujeres que las realizan, sino que nos planteamos, hasta qué punto constituyen una liberación real y psicológica del agobiante rol que han tenido que desarrollar durante toda su vida.

Respecto a las actividades de carácter recreativo, hacen referencia a lo que se entendería como el ocio por el ocio; a la noción de tiempo libre juvenil.

A pesar del alto valor que adquieren para las mujeres como mecanismo de relación personal, su apreciación social dependerá de si se le disfrazo o no con un objetivo concreto:

- Si se va de excursión, habrá que justificarlo mediante la visita a una catedral o museo.
- Si se sale a pasear al campo, será necesario llevarse a los/as niños/as para que respiren aire puro.
- Si se va al cine, será conveniente que la película esté recomendada, y que contenga un mensaje social positivo o formativo.

La presión que de esta forma se genera, unida a la falta de preparación de las mujeres para olvidarse totalmente de sus múltiples responsabilidades, promueve que aunque se adivine cierta demanda encubierta de este tipo de actividades, se carezca de los recursos internos idóneos para llevarlas a cabo.

En segundo lugar y dentro asimismo de la generación mayor, nos referíamos a un grupo de mujeres que, si bien a priori disfrutaban de una situación similar a la anteriormente expuesta, se sienten incapaces de desarrollar actividades positivas.

Se trata normalmente de amas de casa cuyo concepto de tiempo libre ha estado siempre ligado a la idea de “ocio familiar”. Supeditadas y adaptadas totalmente al marido, padecen una condición psicológica que les impide abrirse a la idea de que exista un tiempo libre personal que cobre sentido para ellas.

Su incapacidad para plantearse la realización de actividades, unido a la actitud sumamente pasiva que refieren de sus maridos, les lleva a adoptar una postura de total resignación; sienten que tienen “la batalla perdida”.

“Como a mi marido le gusta la huerta y a mí no, me tengo que quedar en casa”.

“Los sábados porque está cansado y los domingos porque hay fútbol; la cosa es que casi siempre nos tenemos que quedar en casa”.

“Los fines de semana me gusta salir a pasear pero tengo un marido que no hay manera que ande, así que televisión y tranquilidad”.

La situación cobra un “especial dramatismo” si valoramos que en realidad sus demandas de tiempo libre se circunscriben a la realización de actividades tan sencillas como pasear, salir de compras o ir al cine.

La labor a desarrollar con este colectivo no se relaciona por tanto con el tipo de oferta a realizar, sino que consistiría más bien en la búsqueda de las vías idóneas que permitan una transmisión adecuada de los recursos internos de que carecen.

Respecto a la generación intermedia hemos de señalar que se presenta como un grupo especialmente conflictivo, ya que su momento evolutivo personal se encuentra lleno de barreras.

A la crianza de los/as hijos/as hay que añadir que si trabajan fuera de casa tienen que realizar la doble jornada, por lo que al margen de su actitud personal, su mayor problema va a ser la ausencia de tiempo para realizar actividades de ocio.

La mujer de la generación intermedia presenta un déficit importante de tiempo libre.

Aunque la postura que adopte el marido de colaboración o no en las tareas domésticas y educativas cobra una significativa importancia, la actitud de las mujeres frente a sus compromisos familiares marca de forma definitiva su disponibilidad de tiempo libre.

No vamos a analizar de nuevo el papel de las mujeres como madres, aunque sí conviene recordar cómo las contradicciones internas que se le presentan, derivan en una serie de conflictos difíciles de resolver.

Sus circunstancias personales llevan a una renuncia “consciente” de su tiempo libre.

A ello hay que añadir que la presión social existente en torno al concepto de “buena madre”, genera posturas especialmente críticas frente a cualquier actividad de ocio que lleve a cabo este colectivo.

En lo que se refiere a la generación joven hemos de señalar que es la etapa donde el tiempo libre adquiere mayor entidad, no obstante hay que tener en cuenta el factor maternidad como determinante en algunos casos.

La apreciación del tiempo libre como un derecho lógico y natural, unido a la evolución social que hemos venido revelando a lo largo de este informe, fomentan una clara ausencia de conflictos:

- La existencia mayoritaria de la cuadrilla mixta favorece la realización de actividades conjuntas.
- La carencia de “complejos” de este colectivo de mujeres facilita la adopción de posturas netamente activas.
- Su carencia de responsabilidades le permiten desarrollarse plenamente en lo que ellas consideran el paradigma del tiempo libre: la diversión sin otro objetivo que el puro disfrute.

La actitud de la generación joven frente al tiempo libre se caracteriza por sus sentimientos de absoluta libertad.

Cabe destacar simplemente la singular actitud crítica que manifiestan ante la postura pasiva y resignada que perciben en las mujeres de otras generaciones.

Posiblemente su concepción de la pareja como un espacio libre donde no cabe la idea de opresión, unida a su condición de “no-madres”, promueve la idea de que son las mujeres las que tienen la responsabilidad en este campo y que, por tanto, de ellas depende la consecución o no de sus necesidades.

SITUACIONES DE CONFLICTO

4.3

Queda claro por tanto, que aunque exista una libertad teórica, la tendencia de las mujeres a asumir responsabilidades las limita de forma constante y notoria en la disposición de su tiempo libre.

Entre los factores condicionantes generadores de conflictos cabe destacar los siguientes:

- La maternidad.
- El tipo de trabajo.
- El hábitat.

- La presión social.
- La propia conciencia.
- La presión del marido.
- La maternidad. Aunque permite disfrutar de un tiempo libre familiar, supone una limitación fundamental frente al tiempo libre personal.

Los/as hijos/as acaparan de tal manera el espacio del tiempo libre, que a las mujeres no les queda más remedio que conformarse con realizar aquellas actividades que les permitan estar junto a ellos/as (charlar con las amigas, ir a la playa, etc.).

- El tipo de trabajo en cuanto a mayor disposición teórica de tiempo libre por parte del “ama de casa” por un lado, y la posibilidad de más recursos en la “mujer que trabaja” fuera por otro. Se diluye cuando ni el tiempo libre es tan sobrado en el ama de casa, ni los recursos pueden deslindarse de sus responsabilidades domésticas a las mujeres con empleo externo.
- El hábitat. En las mujeres que viven en ámbitos rurales, se produce un agravamiento de toda la problemática que hemos expuesto:
 - Disponen de un número reducido de recursos externos.
 - Al tratarse de ámbitos muy cerrados, sus actividades están sujetas a una fuerte presión social.
 - En función de estos factores se produce cierto agarrotamiento que va a derivar en una menor disponibilidad de recursos internos.
- La presión social que genera continuos mensajes contradictorios:
 - Si por un lado se presiona para que se ocupe el tiempo libre, por otro se le induce a que sea una madre ejemplar, lo que le impide disponer del tiempo personal.
 - Si por un lado se impone realizar actividades enriquecedoras, por otro le niegan las oportunidades o no se facilita su acceso a la cultura.
- La propia conciencia que en función del elevado número de responsabilidades que tienen las mujeres, les limita en la disposición de un tiempo para sí mismas. Los roles comportamentales introyectados son fuente constante de culpa en la medida en que no se cumple lo esperado en las mujeres: la casa y la satisfacción de las necesidades familiares.
- La presión del marido que intenta boicotear cualquier iniciativa que tengan las mujeres de ocupación del tiempo libre:
 - Para que no “descuide” sus obligaciones conyugales.
 - Para que no “aprenda” que los hombres también pueden asumir responsabilidades familiares.

Parece por tanto que nos enfrentamos a una doble tarea, la de liberar a las mujeres de sí mismas y la de liberarles de las presiones que reciben desde fuera.

La consecución de las habilidades que las mujeres requieren para escapar de esta situación quizá no radique en las “clases de Inglés”, sino que se relaciona con otro tipo de tarea educativa. Dotarles de recursos que:

- Les permitan romper con la estructura circular de su tiempo y les abran otros caminos.

- Les enseñen a valorar sus propias expectativas, diferenciándolas claramente de las que se les tratan de imponer desde fuera.
- Les ayuden a no mostrar una actitud derrotista ante el marido y a transmitirle de forma operativa su necesidad y su derecho a disfrutar de su propio tiempo libre.
- Les posibiliten abandonar sus actividades abnegadas y les muestren el camino para delegar responsabilidades sin experimentar sentimientos de culpa.

En definitiva, que se alejen de su papel de víctima y se constituyan como seres sociales plenos de derechos.

LOS HOMBRES FRENTE AL TIEMPO LIBRE DE LAS MUJERES

4.4

La conquista de las mujeres de su espacio de tiempo libre, se estructura como un proceso que consta de tres niveles diferenciados:

- La apertura social.
- El disfrute compartido.
- Las libertades individuales.
- La apertura social que ha tenido lugar desde la superación de los estereotipos, ha sido asumida por los hombres más desde planteamientos racionales que desde la comprensión de los derechos legítimos de las mujeres. Su crítica sutil se establece desde el tono despectivo con que se valoran las conquistas femeninas:

“Ya alternan por la noche”.

“Se emborrachan como un hombre”.

“Tienen suficiente libertad”.

- El disfrute compartido se genera desde la presión que han tenido que ejercer las mujeres sobre su pareja. Aunque intentan mostrarse complacientes, los hombres no son capaces de darse cuenta que las demandas femeninas van más allá del hecho puntual de salir juntos o ir de compras. Lo decodifica en parámetros de esfuerzo y de ser considerado, pero no porque comprenda la situación de las mujeres:

“Sacarle a cenar para valorarle”.

“Para que no esté todo el día en casa”.

“Mientras no descuide sus funciones”.

- Por último la consecución de las “libertades individuales” sólo puede establecerse desde la consciencia femenina; es decir, se precisa que las mujeres asuman y transmitan la necesidad de un tiempo libre individual e independiente del marido.

Aun cuando el hombre llegue a tomar conciencia de este derecho, se resistirá a concederle una libertad plena; siempre intentará supeditar el tiempo de ella al de él:

“En igualdad de condiciones: si yo voy a cenar tú puedes”.

“Siempre y cuando no sea muy a menudo”.

“Que me consulte”.

Si bien la generación mayor va a situarse de forma mayoritaria entre el primer y segundo nivel, y la intermedia entre éste y el tercero, parece que los más jóvenes han trascendido este proceso. De forma que, no sólo reconocen el tiempo libre individual de las mujeres, sino que lo asumen como algo independiente al suyo propio.

5

RESUMEN

La pretensión de esta investigación ha sido la de observar y analizar las vivencias de las mujeres respecto al proceso femenino teniendo en cuenta también las opiniones de los hombres. Un cometido de estas características tiene muchas limitaciones que es necesario apuntar para subrayar la filosofía con la que se ha abordado este análisis:

- Cada mujer es un mundo. Establecer conceptos genéricos tiene el riesgo de distorsionar una realidad tan plural y enriquecedora. La finalidad del estudio no es por tanto encasillar esas vivencias en esquemas explicativos, sino más bien el detectar líneas de desarrollo colectivo que permitan tener referentes al proceso individual de cada mujer.
- Imposible abarcarlo todo. Un estudio base no puede llegar a cada uno de los conflictos; a las deficiencias intrínsecas de cualquier investigación hay que añadir las condiciones propias del momento evolutivo de las mujeres. Este estudio se enmarca por tanto, en ser un eslabón más de la cadena de análisis e investigaciones realizadas. En este sentido, se ha pretendido abrir flecos que se puedan profundizar y cotejar con datos estadísticos.
- Imposible profundizar en cada colectivo. El recurso de la segmentación en diversas tipologías conlleva sus riesgos. Conscientes de ello, se ha querido realizar un tratamiento genérico empleando únicamente el criterio generacional como forma de situar las circunstancias diferenciales en las que se encuentran inmersas las mujeres. Así mismo, se han puntualizado algunos rasgos específicos de colectivos con significado social en aquellos aspectos donde parecía pertinente.

La conclusión fundamental de este estudio, al igual que en otros, es que el proceso femenino tiene sentido y connotaciones profundamente vivenciales, porque se encuentra en una situación de desigualdad respecto al hombre. A pesar de que la sociedad avanza a pasos agigantados en otras áreas, existe una resistencia constatable a la consideración equitativa entre los sexos.

Ese desequilibrio adopta matices más problemáticos cuando el consciente colectivo ha aceptado el derecho a la igualdad, pero manifiesta comportamientos claramente discriminatorios. El conflicto no se da a nivel de ideas, sino de actitudes, donde la concienciación requiere de grandes dosis de esfuerzo y madurez personal. Estamos en una etapa en la que urgen planteamientos introspectivos, una labor de análisis interno de posturas personales.

Las mujeres en general llevan tiempo realizando esa labor, lo que les ha permitido acelerar su proceso. Los hombres por el contrario, evolucionan de una forma mucho más lenta, debatiéndose entre la perpetuación de su rol tradicional ("autoridad", "soberanía", "fuerza") y la presión de las mujeres.

De ahí que los sujetos activos del cambio sean las mujeres; las que tienen que desprenderse de sus roles tradicionales para acceder a nuevas situaciones desde las que concienciar a los hombres. Estos se parapetan en su situación privilegiada posiblemente porque ni siquiera analizan los beneficios reales que ganarían con el cambio.

Frente a la situación de desigualdad, las mujeres adoptan dos posturas coadyuvantes de emancipación:

- En términos comparativos: "Igualdad", "Equiparación", "Reducir las diferencias".
- En términos propios: "Protagonismo", "Independencia", "Impulso femenino".

Ambas son necesarias desde el hecho de que el varón considera el proceso femenino como algo que le incumbe, pero que no es su objetivo.

Las conquistas de las mujeres en el mundo laboral, educativo, formativo y de planificación (anticonceptivos), les han permitido una independencia y autoconsciencia a todos los niveles: económico, personal, socio-cultural, ... Siendo todavía necesaria una mayor participación e implicación para que el proceso se complete.

Pero por los resultados de este estudio, se puede afirmar que la lucha de las mujeres está gravitando en la esfera de las actitudes, como forma de consolidar esas conquistas sociales. A la demanda de sus derechos en los diferentes ámbitos, se le añaden planteamientos de igualdad como personas, no sólo como sujetos a desempeñar funciones socio-laborales.

Esa nueva manifestación del cambio, que no de los objetivos porque siempre han estado presentes, se percibe en todos los ámbitos contemplados en esta investigación:

- “Tareas domésticas, Limpieza”: La liberación de las tareas domésticas debe ser acompañada de un replanteamiento del concepto de hogar y de las actitudes que las mujeres tienen interiorizadas. No sólo se circunscribe en pedir ayuda a la familia o contratar una persona como empleada de hogar.
- “Maternidad”: La liberación plena de las mujeres vendrá a raíz del surgimiento de nuevos modelos de madre que no le culpabilicen, que le permitan desarrollarse también en otras facetas. No sólo se circunscribe en decidir y planificar el número de hijos/as que desea.
- “Relaciones conyugales”: La liberación se sitúa en la capacidad de conjugar una relación igualitaria con una permisividad a la independencia personal. No sólo se circunscribe en compensar los roles de poder.
- “Laboral”: La liberación se establece desde la capacidad de desarrollar la condición femenina en los puestos de trabajo, de establecer comportamientos que trasciendan los valores masculinos o femeninos. No sólo se circunscribe en los derechos y oportunidades de los sexos.
- “Tiempo libre”: La liberación conlleva la autoconsciencia de ese espacio como potenciador de la identidad femenina, como forma de acceder a lo social (amas de casa) y como forma de liberarse de la doble jornada (trabajadoras externas). No sólo se circunscribe en tener más tiempo libre.

El debate profundo no estará por tanto en la mejoría de cada una de las situaciones de las mujeres, en las que todavía falta mucha labor por hacer, sino en la transformación de la situación —con mayúsculas— socio-cultural. Es decir, el cambio en las estructuras de los valores y de las actitudes.

La entrada en el mundo de lo social y lo laboral debe ser acompañada de una metamorfosis en los esquemas culturales, donde la diferenciación entre los valores internos, como característicos de las mujeres, y los valores externos, como propios del hombre, carezcan de ese sentido discriminatorio y se constituyan como referentes asexuados. Para ello, es imprescindible que los valores y las valoraciones de género se desprendan de las raíces biológicas y circunstanciales desde las que partieron.

El proceso de las mujeres está incorporando valores etiquetados como masculinos, completando así su desarrollo. Por el contrario, el hombre se resiste a incorporar los etiquetados como femeninos porque ello le implicaría:

- Despojarse de privilegios (sacrificio).
- Comportamientos más igualitarios (esfuerzo).

- Modificar sus actitudes (madurez).

En el acompasamiento de los movimientos es donde realmente estaría el equilibrio, aunque todo parece indicar que todavía son las mujeres las que principalmente impulsan el proceso hacia la igualdad entre los sexos, siendo necesario que los hombres se impliquen también en él.